

LA MIRADA DEL SENTIDO

LA MIRADA DEL SENTIDO

El malestar en que se vive no se lo puede considerar hoy simplemente como un problema personal. El hecho que busquemos olvidar nuestro sinsentido embotándonos en la actividad frenética, en la televisión o cualquier tipo de químicos, amparados o no por una legalidad, no nos permite reconocer en la propia vida su sentido. Se trata de una época en que se desmorona todo aquello en lo que creíamos como verdad indubitable. Esto produce una inestabilidad que a veces conduce al pánico o a la depresión, pero es también una época que ha abierto una puerta que podría comunicarnos con el profundo significado de la propia vida.

El autor recorre su mundo interno, acompañando al lector para que reconozca el suyo propio, recogiendo una delgada hebra de la existencia al preguntarse que pasaría si esta vida, la propia, tuviera efectivamente y más allá de toda duda un significado, un sentido, una dirección.

En un lenguaje que echa mano a la filosofía, al mito, al cuento y a la poesía este texto intenta un diálogo que nos comunique con nosotros mismos

*"Te voy a escribir desde muy adentro de mí.
No huyas de mis palabras tan rápido.
No huyas si te asustan, no huyas si te queman.
No consideres que lo que digo ya lo sabes.
Abriré mi corazón y no hay dos formas que se asemejen.
Sigue mis palabras, escúchalas en ti mismo, siéntelas.
Viajaré lo más lejos que pueda para acercarme a ti.
Iré hasta donde pocos se atreven a llegar, para llegar a ti"*

Dario Ergas

Dario Ergas



Dario Ergas Benmayor, nació en Santiago de Chile en Diciembre de 1952, es ingeniero y padre de dos hijos.

Desde joven participó de la corriente espiritual inspirada por Silo, colaborando en la construcción del Movimiento Humanista, La Comunidad para el desarrollo humano y el Partido Humanista en distintas partes del mundo.

En 1992 creó la Fundación Laura Rodríguez, institución que lucha contra todo tipo de discriminación.

En 1998 publicó su primer libro Sentido del Sinsentido, hoy editado en varios países y traducido a distintos idiomas.

Actualmente recorre Latinoamérica impulsando la difusión y el desarrollo del humanismo.

LA MIRADA DEL SENTIDO

Dario Ergas Benmayor

CONTENIDO

EL FLUIR DE UNA ESCRITURA HUMANISTA.....	5
INTRODUCCIÓN	7
LA ÉPOCA	11
El transcurrir	11
Desilusión en Occidente.....	14
Dirección o sentido de la historia.	17
LA EXTERNIDAD.....	19
La identificación.....	19
La materialidad.....	20
El Yo.....	22
El cuerpo.....	24
Sueño y realidad.....	25
LA INTERIORIDAD	28
Mundo interno	28
Fuerza interior	29
Guías internos	31
Modelos.....	34
Los otros	36
EL SENTIDO	39
Contacto.....	39
Búsqueda	40
Diálogos con la muerte	42
Un camino sin fin	44
Impulso	45
Ilusión.....	46
Historia	47
EXTRAVIADOS	50

Pánico y depresión	50
El desmoronamiento de la verdad.....	52
En busca del centro.....	54
Proyección del mundo interno	56
LA MIRADA INTERNA	58
Despertar	58
Conciencia de sí.....	59
Olvido de sí.....	61
Trascendencia	62
Mi guía interno.....	63
La fuerza.....	65
LA CAÍDA.....	68
Muerte y soledad.....	68
Degradación.....	69
Éxito	71
La culpa	73
LA ACCIÓN VÁLIDA.....	81
El fundamento de la acción.....	81
La interrupción del sentido.....	82
Violencia y no violencia	84
Moral y libertad	88
La fe interna	90
Un salto evolutivo.....	94
SER Y SENTIDO	97
Quién soy	97
Conciencia del ser	99
Adónde voy	100
Humanizar el mundo.....	102
EPÍLOGO.....	106

EL FLUIR DE UNA ESCRITURA HUMANISTA

Escribir prefacios de libros es parte de la actividad editorial que realizo. De modo que cuando Dario Ergas me pidió que escribiera la introducción de este libro, me puse a pensar e inmediatamente caí en cuenta de que era una tarea difícil y al mismo tiempo fascinante.

El presente libro escapa a las definiciones clásicas de los géneros literarios. Así, como no sigue las reglas habituales de la narración, no es una novela. A pesar de que a menudo incluye poemas, no se trata de un libro de poesía. ¿Es quizás un ensayo, de aquellos antropológicos o filosóficos que tocan — como parece que promete el título— argumentos profundos? ¿O es algo más directamente místico, como algunos “libros sagrados” que circulan en esta época? A pesar de que se acerca más a estos últimos, no tiene la forma que los caracteriza.

Entonces, ¿qué cosa es? En nuestra opinión es un nuevo modo de escribir. Si precisamos un poco más, no diremos que es exactamente la primera expresión de esta forma por dos motivos: en primer lugar, porque el autor ha escrito otro libro, *Sentido del sinsentido*, en el cual ya había comenzado a experimentar este modo de escribir; en segundo lugar, porque podemos encontrar algunos indicios de la intención que genera esta manera de comunicación en algunas obras de Silo, tales como *Humanizar la Tierra*, pero también en *Cartas a mis amigos*, donde el siguiente pasaje sobre el Ser Humano devela ese estilo de escritura:

Hablemos pues de la vida humana. Cuando me observo, no desde el punto de vista fisiológico sino existencial, me encuentro puesto en un mundo dado, no construido ni elegido por mí. Me encuentro en situación respecto a fenómenos que empezando por mi propio cuerpo son ineludibles. (Silo, *Cartas a mis amigos*, *Obras completas* Vol. I., carta N° 4, p. 651.)

Lo central de este emplazamiento mental, de esta perspectiva, está en la frase: “Cuando me observo”, o sea, cuando me conecto con mis vivencias, mis experiencias. Y este es el punto de partida de cada escrito humanista: se comienza por la particularidad de la propia experiencia para luego ir comunicando algo que puede tener alcance universal.

Otra de las singularidades de esta forma de escribir tiene que ver con la relación de respeto, de apertura, de propuesta de diálogo verdadero con el lector, como si se tratara de pares. Asimismo, es una escritura que no se considera terminada, pues lo que se quiere decir y comunicar no es absoluto y eterno, sino que siempre admite un margen donde la interpretación del lector surja libremente y pueda llegar a ser muy fecunda.

Finalmente, la intención es compartir experiencias y reflexiones que puedan servir en el camino de liberación que, sin lugar a dudas, cada uno de nosotros debe recorrer.

Olivier Turquet

INTRODUCCIÓN

El sinsentido me ha acompañado y me ha incitado a lo largo de toda mi vida.

¿Es que la vida, mi vida tiene verdaderamente un sentido?

En el *Sentido del sinsentido*,¹ intenté recorrer los estados más sufrientes de la conciencia buscando salir de los laberintos oscuros que la atrapan y la pierden. Nuestro interés estaba en despojarnos de los sufrimientos más gruesos para en otro momento poder hacernos la pregunta fundamental sobre la vida y su sentido con autenticidad.

En este nuevo trabajo el objetivo está puesto, no ya en la reconciliación de temas puntuales, sino en el acceso a la experiencia de Sentido.

Haremos el intento de dar completamente vuelta el modo de encarar nuestra vida. Hasta ahora todo el camino para vencer el sufrimiento ha sido un penoso andar desde el sinsentido, tratando de alejarnos de él. Mientras nos alejábamos, siempre había una trampa que nos devolvía a los abismos y, una vez en el fondo, teníamos que emprender nuevamente la difícil tarea de levantarnos para salir desde las oscuridades de la conciencia hacia la luz.

Nos ubicaremos de un modo diferente frente a esta pregunta. Supondremos que la vida sí tiene sentido y trataremos de llegar a las intuiciones que nos faciliten esa experiencia. Es decir, si la vida tiene sentido, y afirmando que sí lo tiene, debiéramos encontrar el modo de acercarnos a él y comprender su significado. Si en el camino que recorramos nos topamos con experiencias que afirmen esta hipótesis, entonces afirmaremos la hipótesis y desde allí buscaremos acercarnos al estado de sentido. Necesitamos experiencias y no sólo comprensiones intelectuales, ya que éstas siempre caerán en el campo de lo dubitable y lo discutible.

Si confirmamos esta hipótesis de trabajo, las consecuencias serán enormes. No importa cómo nos sintamos en este momento, no importa si se está viniendo el mundo abajo, o si alguna circunstancia nos tiene embobados, o si la asfixiante rutina no nos deja el tiempo para detenernos un momento a reflexionar. Sea cual sea la situación en que te sorprenda esta lectura, acepta la hipótesis de que la vida sí tiene sentido, que no se agota con la muerte, que todo tiene significado.

Si hay algo verdaderamente importante en la vida y en lo humano, ese algo tiene que manifestarse de algún modo y tiene que haber un camino para acceder a eso grandioso. Como nuestra hipótesis es que sí existe aquello, entonces vale la pena que busquemos cómo llegar. También es lícito que nos

¹ Editado por Virtual Ediciones, el año 1998 en Santiago, del mismo autor.

preguntemos por qué si existe algo tan enorme y verdadero que da sentido a la existencia, resulta tan difícil de conocer y explicar. Ya sabemos adónde queremos llegar, no sabemos cómo, ni exactamente a qué llegaremos, pero desde esta actitud el acto de búsqueda que se irá generando en nosotros tomará cada vez más fuerza.

¿Habrá algo en el ser humano que no dependa del cuerpo?, o ¿somos sólo cuerpo?

Si lo hay, si existe eso que no depende del cuerpo, y que existe antes y después del cuerpo, ¿cómo se lo conoce, cómo se accede a él?

Si lo hay tiene que estar dando algún tipo de señal y necesitamos conocer el modo de captarla. Si está dando señal, la conciencia lo debe estar traduciendo de algún modo y se está reflejando en alguna manifestación humana.

“Conócete a ti mismo”, esa antigua frase del oráculo de Delfos ¿qué es lo que verdaderamente me invita a conocer? ¿Qué es lo que hay que conocer para saber el futuro? Cómo voy a conocerme a mí mismo, si se supone que convivo conmigo. Quizás sea lo más importante que ha dicho el oráculo. Tal vez convivo con alguien que no conozco. Podrá ser que muy junto a mí hay un alguien muy importante llamado “ti mismo”, “yo mismo” o “sí mismo”, y que no conozca. Si hay algo en mí, que no muere, esencial, que está antes y después del cuerpo, sería muy interesante conocerlo. Querido ti mismo, allá vamos.

Cuando hablamos de Sentido estamos utilizando el término en por lo menos dos acepciones. Como “significado”, la vida más allá de su mecánica evolutiva o más allá de ser un paréntesis de la nada, tiene un significado. También estamos utilizando el término en su acepción de “dirección”, la vida tiene una dirección, va hacia alguna parte precisa y viene de alguna parte precisa. Preguntar por el sentido es preguntar por el significado y por la dirección.

Si la vida tiene sentido, lo humano no es un accidente de la vida. Solemos ver lo humano como un producto de la evolución. La vida evoluciona, se hace cada vez más compleja, genera la conciencia y suponemos que lo humano y la conciencia es casi lo mismo. ¿Será esto así?

¿Cuándo se hizo presente lo humano?: ¿cuándo el homínido se levantó en dos pies?, ¿o ya estaba presente mucho antes?

Podría ser que lo humano esté en el origen, acompañando a la vida. Que sea lo humano lo que se ha ido abriendo paso hasta llegar a la conciencia. Lo humano, una chispa de libertad que acompaña a la

vida desde su origen y que se encendió en algún tipo de mono hace millones de años sacándolo de su estado de sueño animal. Lo humano, que se abre paso a través de la conciencia y la continuará despertando hasta realizarse totalmente en el mundo.

Solemos tener objetivos y nos movemos tras ellos para cumplirlos. Ese modo de acción a través de metas lo confundimos con el sentido. Nos parece que nuestra vida tuviera sentido por la tarea que nos hemos propuesto. Esta tarea puede tomarnos un tiempo o muchos años. Cuando la cumplimos o la agotamos, ¿hemos realizado el sentido de la vida? Porque la vida después de la meta continúa. No nos morimos cuando cumplimos nuestros objetivos. La cosa sigue y buscaremos algo que nos dé sentido, pero cuál es el sentido entonces ¿lo que uno se inventa? Además, si todo lo que podemos imaginar tiene un tiempo para realizarse y ese tiempo se acaba con la muerte sin importar a qué distancia del objetivo nos encontremos, no lo podremos completar después de muertos. Y si la cosa sigue después de la muerte, si efectivamente la cosa sigue después de la muerte, ¿tendremos algún objetivo o alguna meta?

Estamos acostumbrados a movernos en pequeños tiempos y creer que el sentido son esos objetivos que nos ponemos por el camino. Suponemos que el objetivo se cumplirá más o menos simultáneamente al final del camino. Pero si el camino no tiene fin, ¿cómo se recorre un camino sin fin? Cómo se recorre un camino que no llega, cuya esencia está en el ser camino. Un largo camino a casa, al hogar. No importan las dificultades, ni las zonas de melancolía, ni los desvíos, es un largo camino a casa. Llego a casa y el hogar se desvanece como espejismo y veo nuevamente un largo camino.

Fue a partir del mensaje de Silo, que hizo circular a finales del año 2001, de los trabajos con la Fuerza que allí se explican y la meditación sobre “El Camino”, que fui cambiando el modo de enfocar la realidad. Intuí que podía mirar la vida desde el Sinsentido y penosamente tratar de salir de él, o podía mirar la vida desde el Sentido y sortear las dificultades que entorpecían el encuentro con esa experiencia.

*Te voy a escribir desde muy adentro de mí.
No huyas de mis palabras tan rápido.
No huyas si te asustan, no huyas si te queman.
No consideres que lo que digo ya lo sabes.
Abriré mi corazón y no hay dos formas que se asemejen.
Sigue mis palabras, escúchalas en ti mismo, siéntelas.
Viajaré lo más lejos que pueda para acercarme a ti.
Iré hasta donde pocos se atreven a llegar, para llegar a ti.*

LA ÉPOCA²

El transcurrir. Desilusión de Occidente. Dirección o sentido de la historia

¿Por qué es tan difícil experimentar sentido en la vida?

Porque eres la época y la época está marcada por la desilusión.

Tú sientes lo que la época siente, sueñas lo que la época sueña y crees lo que la época cree.

Tu generación viaja contigo por el devenir. Eres un momento del tiempo entre tus padres y tus hijos, entre tus padres y los que serán tus hijos. Una ola de la existencia que se desplaza hasta estrellarse en un espasmo de realidad.

Cuando amanece en la historia el sol alumbra con sus primeros rayos de la mañana y al ver su silueta en el alba, el Ser es experimentado, es sentido, y predecimos la alegría de su expresión en el transcurrir.

Cuando la historia llega a su mediodía, el sol está sobre nuestras cabezas y ya no podemos verlo. Sabemos que está allí, el Ser ocupa todo el espacio, pero los ojos se enneguecen si se lo ve de frente. Necesitamos apresarlos, explicarlo, llegar a él a través de las sombras que genera su luz al chocar con nosotros, con lo humano.

En el ocaso, volvemos a ver la silueta del sol que se apaga en el mar y nace la noche. Miramos el atardecer con la mirada de la nostalgia, con la mirada de lo que pudo ser y no fue y no será. Los últimos rayos del sol enfrían el alma.

Hace ya algún tiempo que los últimos rayos del sol se ocultaron para Occidente. La noche se hace presente escondiendo el significado, olvidando la pregunta por el ser.

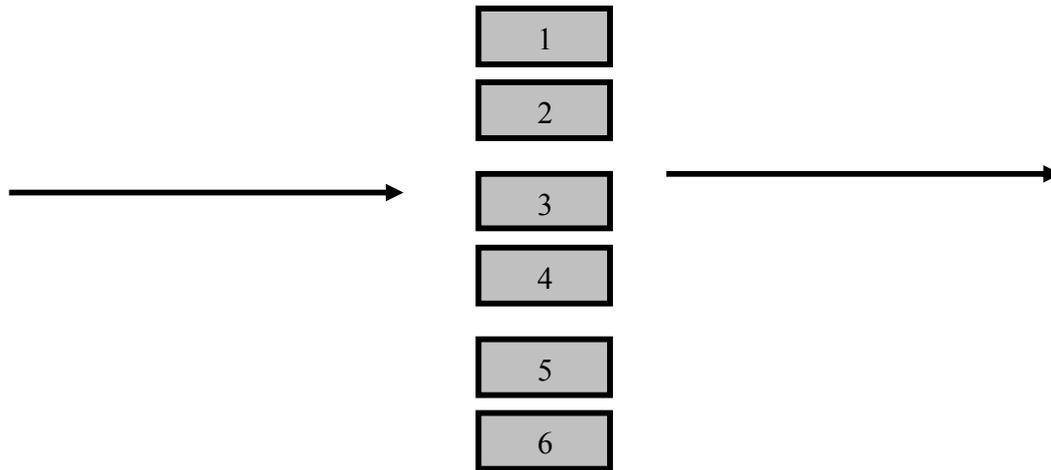
El transcurrir

La historia es un continuo producido por las generaciones que van luchando por el poder y se van reemplazando unas a otras. Cuando la generación en el poder envejece y va muriendo, otros más jóvenes los sustituyen y otros, aún más jóvenes, luchan con los que están en el poder. Hablamos de Momento Histórico para apresar ese continuo e intentar comprender de dónde venimos y hacia dónde vamos. El momento histórico es una abstracción en que se fotografía un instante del tiempo; en él

² Basado en el trabajo realizado con Francisco Ruiz Tagle para la comisión de Futuribles de la Asamblea del Movimiento Humanista a finales del 2001.

conviven y actúan distintas generaciones: la que nace (1), la que se prepara (2), la que lucha por el poder (3), la que está en el poder (4), la que es desplazada del poder (5), la que muere (6).

Momento histórico



Varias generaciones conforman el Momento Histórico. Varios Momentos Históricos forman una Época. Varias épocas una Edad. Ortega nos enseña que podemos distinguir tres edades en una civilización: la Edad Tradicionalista, la Edad Racionalista y la Edad Desilusionada.

La primera edad, de la Tradición, está caracterizada por su apego a una verdad revelada. La vida gravita alrededor de la religión, de dios, sus mandamientos y su iglesia. El futuro añorado es un “pasado perdido”. En el nacimiento de las civilizaciones, podemos notar la conexión con una fuente dadora de sentido. Una nueva civilización es una nueva espiritualidad que comienza a plasmar su creatividad en el mundo de los hombres.

La segunda edad es la de la Razón, en que a través de ella se espera llegar al mundo de las utopías, se crean las grandes ideas y se pretende que la realidad se ajuste a ella a través de las revoluciones. El futuro es pensado y se construye a través de la revolución. La mirada está puesta en el futuro; la ciencia y la técnica, ambas productos de la razón, son las herramientas para transformar el mundo.

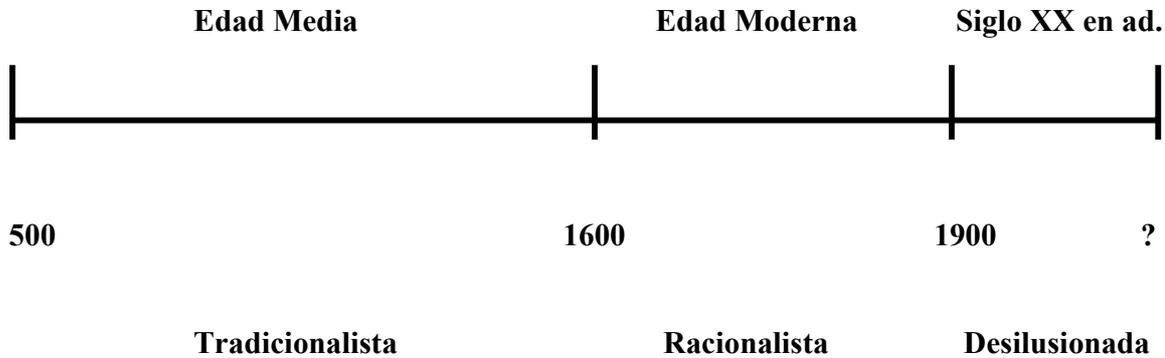
La última edad es la de la Desilusión, en que ni la tradición ni la razón pudieron acercarnos al mundo querido, a la felicidad y a la libertad. El alma se desilusiona y pierde la esperanza en el futuro.

La conciencia comienza a mirar al cielo en busca de algo mágico que la conmueva de su soledad. He aquí la descripción que hace Ortega en el epílogo del *Ocaso de las revoluciones* para describir esta edad Desilusionada:

Al fracasar en su intento idealista, el ser humano queda completamente desmoralizado. Pierde toda fe y ya no cree ni en la tradición ni en la razón ni en la colectividad ni en el individuo. Sus resortes vitales se aflojan porque, en definitiva, son las creencias que abriguemos quienes los mantienen tensos. No conserva esfuerzo suficiente para sostener una actitud digna ante el misterio de la vida y el universo. Comienza el reinado de la cobardía —un fenómeno extraño que produce lo mismo en Grecia que en Roma, y aún no ha sido justamente subrayado. El valor se convierte en una cualidad insólita que sólo algunos poseen. La valentía se torna profesión, y sus profesionales componen la soldadesca que se alza contra todo el poder público y oprime estúpidamente el resto del cuerpo social. Esta general cobardía germina en los más delicados e íntimos intersticios del alma. Se es cobarde para todo. El rayo y el trueno vuelven a espantar como en los tiempos más primitivos. Nadie confía en triunfar de las dificultades por medio del propio vigor. Se siente la vida como un terrible azar en que el hombre depende de voluntades misteriosas, latentes, que operan según los más pueriles caprichos. El alma envilecida no es capaz de ofrecer resistencia al destino, y busca en las prácticas supersticiosas los medios para sobornar esas voluntades ocultas. Los ritos más absurdos atraen la adhesión de las masas. En Roma se instalan pujantes todas las monstruosas divinidades del Asia que dos siglos antes hubieran sido dignamente desdeñadas. En suma: incapaz el espíritu de mantenerse por sí mismo en pie, busca una tabla donde salvarse del naufragio y escruta en torno, con humilde mirada de can, alguien que le ampare. El alma supersticiosa es, en efecto, el can que busca un amo. Ya nadie recuerda siquiera los gestos nobles del orgullo, y el imperativo de libertad, que resonó durante centurias, no hallaría la menor comprensión. Al contrario, el ser humano siente un increíble afán de servidumbre. Quiere servir ante todo: a otro hombre, a un emperador, a un brujo, a un ídolo. Cualquier cosa, antes que sentir el terror de afrontar solitario, con el propio pecho, los embates de la existencia. Tal vez el propio nombre que mejor cuadra al espíritu que se inicia tras el ocaso de las revoluciones sea el de espíritu servil.

La duración de estos períodos no tiene una cronología exacta, debido a las variaciones en la aceleración del *tempo* histórico. Que esa aceleración vaya en aumento, significa que los valores y creencias de una época necesitan cada vez menos generaciones para consolidarse y desgastarse. La Edad Media, por ejemplo, Edad Tradicionalista de Occidente, tuvo una duración de alrededor de 1.000 años. La Edad Racionalista, en cambio, de sólo 300. La edad actual, la Desilusionada, seguramente tomará bastante menos de 300 años en completarse, dada la velocidad con que se crean y se desgastan hoy usos, costumbres, valores y creencias.

Edad Tradicionalista, Racionalista y Desilusionada en Occidente



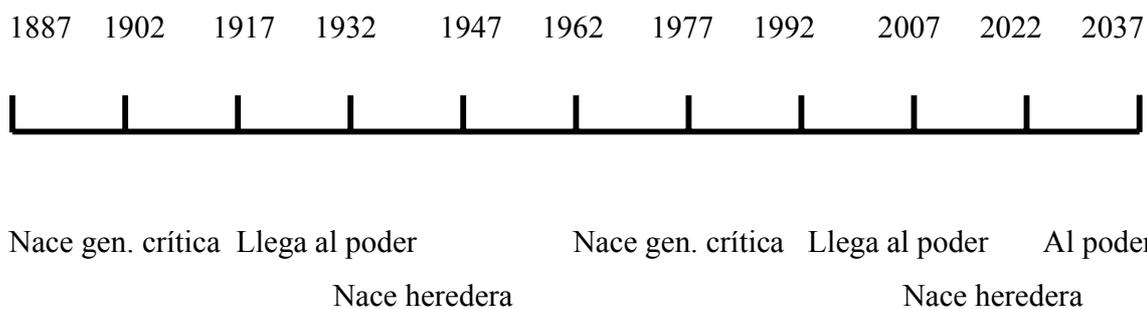
Hay una generación crítica que marca el cambio de época. Es la nacida en un momento en que los usos y costumbres de la sociedad están perdiendo vigencia y han caído en desuso; es decir, los valores o creencias de la época se encuentran en crisis. Es una generación en busca de nuevas respuestas; formula las preguntas pero sus respuestas no se encuentran o no se instalan todavía en el paisaje social. La generación crítica se expresa 30-40 años después de su nacimiento, cuando llega al poder (poder en sentido amplio y no sólo político). Su paisaje de formación es la búsqueda de algo que aún no se sabe bien qué es.

Una generación heredera nace cuando se han instalado en el paisaje los nuevos usos y costumbres de la época. Es la que encuentra o hereda las respuestas que la generación crítica buscaba, es la que formula ese algo nuevo que aquella no alcanzó a vislumbrar.

La amplitud de una generación, es decir el ciclo durante el cual actúa hasta instalarse en el poder, se puede establecer en alrededor de 15 años.

Desilusión en Occidente

Edad Desilusionada de Occidente





La generación en el poder está formada en un “paisaje social e histórico” de alrededor de 30 ó 40 años antes del momento en que llega al poder. Este punto es de capital importancia ya que la dinámica histórica se va produciendo por la pugna entre los distintos paisajes de formación. La generación en el poder es siempre conservadora y trata de imponer un paisaje de un mundo que ya no existe. La generación que lucha por el poder cambia el escenario social en ese intento y cuando llega al poder, vuelve a intentar imponer su paisaje, que también ha dejado de existir. Estamos hablando del tiempo social en movimiento. La distancia entre los valores y creencias del paisaje de formación de una generación, con los valores del mundo que le corresponde en el momento de ocupar el centro social hoy es tan grande, que la aceleración del *tempo* histórico puede tomar un ritmo impredecible.

Hoy nos acercamos al final de la Edad Desilusionada. La tendencia a la concentración de poder y riqueza y la desestructuración de las viejas instituciones que ponen freno al capital global, finalmente desembocarán en la última época de la Edad Desilusionada de la civilización occidental: el imperio mundial.

Cuando redactamos este ensayo a principios del 2001, todo parecía indicar que sería la cultura occidental la llamada a constituirse en el primer Imperio Mundial. Si bien distintas culturas conviven con la occidental (China, India, Japón, Islam, Indoamericana), es Occidente el que tiene el poderío político, económico y militar para avanzar sobre todas las demás. Durante la Edad Tradicionalista y la Edad Racionalista, el centro de la civilización occidental fue Europa. Hoy, en la Edad de la Desilusión, el centro de poder se ha trasladado a Estados Unidos, un pueblo nuevo, casi sin historia, que se ha apoderado en plenitud de la técnica (invento europeo) y en ella basa su acción y su poder.

Sin embargo, habiendo transcurrido sólo tres años de este estudio, observando las reacciones a los ataques terroristas en Nueva York, habiendo ocurrido la invasión estadounidense a Irak, el crecimiento de la Comunidad Europea hacia los países del Este, el espectacular desarrollo económico de China, la proliferación del poder nuclear en distintas zonas, pareciera estar alejándose para este país la posibilidad de convertirse en el epicentro del imperio mundial. Podría estar sucediendo que ese fenómeno de concentración se esté produciendo multipolarmente en diferentes regiones del planeta, teniendo como centro, además de Estados Unidos, a Europa, a Rusia, a China y a India. Por lo demás, el Islam, convulsionado por la agresión occidental, asentado no sólo en África sino también en Europa y Asia, podría convertirse también en un polo de poder en este nuevo escenario mundial.

El comienzo de la Edad Desilusionada en Occidente podemos reconocerlo en el surgimiento del nazismo, el estalinismo y la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. Estamos hablando de la generación de Hitler, Stalin y Truman, pero también de la de Ortega, Heidegger, Sartre, Picasso. Como fecha de referencia podemos fijar el comienzo de la Desilusión en 1887, ya que en este momento nacía la generación que llegara al poder para la Segunda Guerra Mundial. En esta fecha Ortega tenía 4 años y Hitler había cumplido 3; estamos hablando de las postrimerías del siglo XIX.

El fracaso de la Razón (Edad Racionalista) queda a la vista con las ideologías irracionales que ocupan el escenario social a principios del siglo XX, que terminan desencadenando la guerra más monstruosa de todo el período histórico. Por otra parte, la razón físico-matemática produce el peligro de extinción de la raza humana, y la filosofía se detiene en la fenomenología, el existencialismo y la razón histórica. A partir de ese momento, la filosofía empezó a decaer y se fue perdiendo la visión de proceso hasta prácticamente desaparecer.

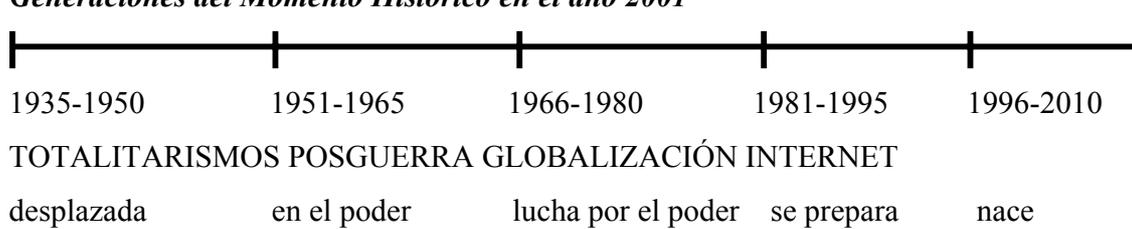
Cuando en Europa ya había pasado la edad de las revoluciones, en Latinoamérica recién comenzaban. El mundo todavía no estaba sintonizado ni globalizado. La revolución cubana y la teología de la liberación son resabios en el “nuevo mundo”, América, de una época que ya había muerto. Es observable en el guerrillerismo de los 60, un romanticismo irracional propio de la Desilusión. Reconocemos el cambio de esta época con la expresión simultánea en distintas latitudes del fenómeno juvenil de la década del 60 y con la llegada del primer hombre a la luna; comienza la época que se conoce como “globalización”.

Podemos distinguir cómo la “globalización” se expresa con claridad en la década de 1980. Es la época de expansión de la Desilusión. La conciencia deviene pragmática, cortoplacista, antihistórica. La tecnología de comunicaciones une todos los puntos del planeta. El dinero se convierte en valor y verdad. La tecnología se despliega en todo su esplendor. Al final de la década del 80, cae la Unión Soviética, termina la bipolaridad que dominaba el escenario mundial después de la posguerra y se comienza, ya sin contrapeso, el camino hacia el primer imperio mundial. La década del 90 es un momento maduro de la globalización. La conciencia desilusionada (pragmática) se encuentra en su plenitud: “El fin de la historia”.

La generación nacida entre 1950 y 1965 es la llamada nueva derecha o nueva izquierda. Es la generación de la píldora anticonceptiva, de la lucha contra la moral establecida, de la imaginación al poder, que desplaza a la generación formada en el seno de la Segunda Guerra. Si el pragmatismo ocupa la escena social en el momento de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, con la siguiente generación en

el poder dicho fenómeno se expande y se consolida. Los miembros de esta generación (nacida entre 1950-1965) son una suerte de librepensadores pragmáticos desestructurados, sin un sistema de pensamiento que los sostenga, ni por la derecha ni por la izquierda. Tomarán decisiones de cortísimo plazo. Su horizonte ni siquiera es su tiempo vital, es “su período parlamentario” o su “período gerencial”. El mundo experimentará el peligro.

Generaciones del Momento Histórico en el año 2001



A esta generación en el poder se le opone la nacida en los 70 y con mayor claridad aún la nacida en los 80, las que reciben como paisaje de formación la plenitud de la globalización, que para ellas es como un “dato de la naturaleza”. Esta generación presionará por los gobiernos regionales, por los acuerdos interregionales, por instituciones globales, por tecnologías de control global. Como sabemos, tratará de imponer su paisaje de formación. Pero, para ese momento, en el cuerpo social los valores, usos y costumbres se estarán desplazando. ¿En que dirección? Probablemente hacia una militarización creciente y la aceptación del poder imperial.

Dirección o sentido de la historia

Las civilizaciones son intentos de un conjunto de pueblos por traducir el Ser en el mundo.

Desde el principio, el esfuerzo humano ha estado en transformarse para ganar conciencia y ganar libertad. La historia es la historia de cómo lo humano ha ido ganando espacio venciendo a la naturaleza y la animalidad que lo condiciona y lo apresa.

Las civilizaciones se inician cuando el ser humano toma contacto con una verdad profunda, una revelación del ser. Inician su proceso para traducir esa verdad revelada en la construcción social.

Todas las civilizaciones, al principio separadas unas de otras, han ido fracasando en su proyecto, pero en su proceso han ido confluyendo, acercándose y constituyendo una sociedad global en que todos

los rincones del planeta se encuentran unidos y comunicados. Hoy estamos próximos al fracaso de Occidente, la última de las civilizaciones primitivas. Estamos a las puertas de que alcance su estado de Imperio y comience su declinación.

El fracaso de Occidente es al mismo tiempo el preludio de la irrupción de una nueva revelación del ser para la conciencia desilusionada. La primera civilización planetaria hará su intento en la historia para realizar la sociedad verdaderamente humana, la nación universal.

Es el movimiento de las generaciones el que construye la historia. La generación que accede al poder intenta plasmar en la sociedad los valores y creencias que arraigó en ellas en su niñez y juventud.

Es muy probable que estemos cercanos a la aparición de una nueva generación crítica que marcará el cambio de época y que buscará salir de la desesperación y el sinsentido. No sabemos con precisión si esa generación está por aparecer o ha aparecido ya. En cualquier caso, este acontecimiento pone una urgencia para instalar en el paisaje social la posibilidad de la civilización planetaria y el ideal de una nación humana y universal, ideales que pueden servir de faros orientadores en la irrupción de esa generación crítica a la que le tocará expresarse durante la declinación definitiva de Occidente.

La posibilidad de la civilización planetaria es el paisaje que tenemos que regalarle a la generación crítica que está amaneciendo o pronta a amanecer.

LA EXTERNIDAD

La identificación. La materialidad. El cuerpo. El yo. Sueño y realidad

*Yacen aquí los que creyeron cierto
con Epicuro y todos sus secuaces,
que el alma muere con el cuerpo muerto*
Sexto círculo del infierno de Dante

La identificación

¿Por qué es tan difícil experimentar sentido en la vida?

Porque estás adherido a la externidad. Tu ser se adhiere a los estímulos y a las circunstancias y se funde con ellos. Entonces ya no eres, sino que eres la cosa, el estímulo, la circunstancia.

¿Acaso has estado perdido?

¿Acaso te has ocultado en la cotidianidad para no ser descubierto?

¿Acaso no te has sentido un extraño que deambula por el mundo sin saber qué haces acá y para dónde vas?

Miras a tu alrededor y todos parecen saber algo que tú desconoces. Los demás no se sienten extraños, ni se ocultan, ni temen. No tienen ese miedo a vivir que a veces te posee.

Camino por la niebla de mi vida, me dirijo a los únicos lugares que logro divisar. Lugares que me indican los otros que parecen saber moverse en la bruma. Me aferro a ellos creyendo que eso es mi vida. En una neblina tan densa apenas reparo en quienes están alrededor. Camino por la niebla y todo se me desdibuja y en un momento sólo el vapor espeso me envuelve. Un sudor de miedo me recorre, camino a tientas y no veo nada que sujete mi mirada, nada que afirme mi andar, el miedo se convierte en asfixia, el pánico me hace su prisionero, corro tratando de huir. Finalmente algo tropieza conmigo. Me aferro, lo sujeto, creo que ésa es mi vida, no lo soltaré, no lo soltaré. Así estaba yo en el brumazón, agarrándome de cualquier cosa que atenuara mi temor. Mis manos como garfios se prendían de aquello con que tropezaba en la espesura. Mi familia, mi trabajo, mi profesión, mi causa, mi amada; me fundía a tal punto con ellos, que no sabía quién era yo ni quiénes eran ellos.

Las situaciones me arrastraban como el viento a la hierba seca. Así como frena una hoja de otoño en la pared de la roca, así me adhería a los estímulos y a las situaciones, pareciéndome que éramos uno sólo: yo y el estímulo, yo y la situación, yo y la circunstancia. Cuando el tiempo se aceleraba,

estímulos, situaciones y circunstancias comenzaban a girar muy velozmente y la fuerza centrífuga me expulsaba dejándome caer sin rumbo, llevándome a buscar con desesperación una nueva roca a la que sujetarme.

Cerai era joven y vivía en las faldas de las montañas. Cuando Cerai nació, los dioses de la montaña bajaron de la cumbre nevada y le entregaron los tesoros más preciados. Le entregaron el amor, la bondad y la sabiduría. Un día, Cerai caminaba río arriba, escuchando las piedras golpeándose unas a otras entre las aguas de las cascadas, cuando vio a una mujer joven cuyos ojos y encanto lo cautivaron. Al instante despertó en él, el amor que llevaba dentro. La timidez y el rubor los fueron acercando y de pronto el amor de Cerai tuvo un rostro y un nombre. Nocoy es la dueña de mi amor, se dijo Cerai.

Continuó su camino y se topó con un anciano que leía un libro. Un libro viejo, de noble porte y páginas ajadas de tanto uso. Cerai tomó el libro y comenzó a leerlo, y todo lo que allí se decía despertaba las verdades que le habían regalado los dioses. Cerai dijo: he aquí la sabiduría.

Siguió su camino por el río, saltando de roca en roca, cuando pisó mal y cayó al río arrastrado por los torrentes. Un hombre lo rescató, lo obligó a respirar, encendió un fuego para calentarlo y antes de partir le regaló su abrigo. He aquí la bondad, pensó Cerai.

Al cumplir Cerai 25 años, los dioses bajaron de la cumbre a ver qué había pasado con los regalos.

¿El amor?, exclamó Cerai; no, ustedes no me lo regalaron, fue Nocoy la que lo hizo.

¿La sabiduría?, no, ustedes no me la regalaron, es este libro el que contiene sabiduría.

¿La bondad?, no, el hombre que me salvó en el río, ahí está la bondad.

Y los dioses se compadecieron de Cerai porque tenía los regalos pero no tenía los ojos para verlos, y tendría un largo camino para aprender a ver.

La materialidad

¿Por qué es tan difícil experimentar sentido en la vida?

Porque eres eternidad y esperas que la eternidad te transforme.

Esperas que la respuesta a tu pregunta llegue desde fuera de ti mismo.

Real es lo que ven mis ojos, real es lo que escuchan mis oídos, lo que huele mi olfato.

Me levanto con el ceño fruncido frente a ti y golpeo la mesa que nos separa, repitiendo al ritmo de los golpes: es-to-es-la-re-a-li-dad,-mi-amigo,-¿me-en-tien-de?

Toca con tus dedos esa mesa, siente el roce de la madera y el olor del tronco del pino de donde fue cortada, escucha la percusión del sonido que entra por tu oído y te estremece.

Esta es la realidad, todo lo demás son adornos, aderezos, cosas superfluas de lo que la realidad puede prescindir.

Lo real es material, lo material es real. Todo lo otro son devaneos de la cabeza. Está bien, concedamos con la pedantería del caso que son importantes para la “vida interior”, pero no vamos a confundir la interioridad con la realidad. Así que esta mesa es real.

¿Pero esta mesa podría existir, ser real, si algún ser humano no la hubiera imaginado previamente? No, no podría, nunca hubiera llegado a ser construida, nadie hubiera cortado el pino para lograr la madera y nadie hubiera tallado y ensamblado esa madera para convertirla en mesa. Pero esa imagen nunca ocupó un espacio en el mundo externo, nadie pudo tocarla con sus manos y experimentar su roce y su tacto. Sin embargo, de no existir esa imagen en la conciencia de alguien, esa mesa jamás hubiera sido producida. Esto es de enormes consecuencias. Esa imagen que no ocupó espacio físico, esa imagen producida en alguna conciencia humana en un tiempo pretérito, en un pasado, tal vez cercano, tal vez remoto, esa imagen logró plasmarse fuera de la conciencia y materializarse. Ahora puedo señalar las medidas de la mesa, su peso y cuál es su antigüedad.

Es imposible que llegues a la mesa sin la imagen de ella en la conciencia. Es más, al afirmar la realidad, sólo como materialidad o como externalidad, la estoy despojando de una parte fundamental de su ser. La estoy despojando de esa conciencia que la concibió y la representó en una imagen, la estoy despojando de la intención que esa conciencia tenía cuando la concibió, y la estoy despojando de la maravilla humana de ser capaz de trasladar esa imagen que no existe en el tiempo y en el espacio, que sí existe en un tiempo y un espacio de la conciencia, a la existencia, al mundo externo, material, al tiempo y espacio finitos.

Esa realidad que capto con los sentidos es sólo una parte de la realidad. Es la parte más grosera, la más gruesa, la que los sentidos son capaces de percibir. Los sentidos captan la externalidad de lo real. Al confundir la realidad con lo que captan mis sentidos, vivo como en un sueño creyendo que la

externalidad es el todo. Al no poder captar en los objetos su historicidad y su subjetividad, me pierdo en ellos y no experimento sentido.

Encima de la mesa sobre la que hemos estado discutiendo hay una taza. La tomo, la agito, la puedo arrojar, romper. Ahora observo la taza y pienso en alguien, una persona en algún lugar del mundo, que imaginó esa taza, que buscó la arcilla, la moldeó varias veces hasta lograr el objeto que buscaba. Luego fue a un horno, la sometió a altas temperaturas, dibujó sobre ella algo que quería expresar, buscó tierras de colores, la pintó y pasó el tiempo hasta llegar aquí sobre la mesa. El olor a café cubre el ambiente y me transporta a viejos soñadores que cruzaron el océano buscando el paraíso terrenal y llegaron a América trayendo esta planta que hoy saboreo. Toda esa historicidad y esa subjetividad no la captan los sentidos... y yo estaba a punto de quebrar una taza que ahora está llena de significados y contenidos.

Los sentidos ven sólo el aspecto más externo de lo real.

¿Qué ves cuando miras a un ser humano?

Cuerpos, muchos cuerpos, vestidos, desnudos, de colores, cuerpos que hoy están, mañana son alimento de gusanos, o cenizas o polvo. ¿Ves acaso el vínculo entre un ser humano y otro? ¿Con qué sentido percibes el vínculo de una pareja, de dos amigos, de un padre con su hijo, de un esclavo con su amo? ¿Cuál es el sentido para percibir lo humano?

Los sentidos ven sólo el aspecto más externo de lo humano, ven su cuerpo, escuchan los sonidos que ese cuerpo emite, el olor que expele, la suavidad de su piel, pero no perciben lo humano.

El Yo

¿Por qué es tan difícil experimentar sentido en la vida? Porque crees que eres eso que llamas “yo”.

La afirmación del yo es un camino que tiene sabor a sentido, pero que conduce al sufrimiento. Yo necesito que me reconozcan como yo. Yo experimenta problemas si no hay miradas que lo reconozcan como yo. Yo tiene nombre, cédula, pero sobre todo, otros que lo reconocen como yo. Yo experimenta temor a la extinción y hace muchas cosas para no extinguirse. Yo les recuerda a los otros que existe. Yo tiene propiedad, tiene espacio, tiene edad, tiene tiempo (poco, pero tiene). Yo tiene personas que lo quieren, que lo odian, tiene mujer, tiene hijos. Yo tiene miedo de que lo olviden, tiene miedo de que le quiten el espacio, tiene miedo de que le quiten el tiempo. Tiene miedo de que le quiten el cuerpo. Yo

Yo concentra lo que percibo, lo que siento, lo que recuerdo, lo que hago; yo concentra todo.

Cuando el cuerpo muere, ya no percibo y muere una parte de yo; cuando el cuerpo muere ya no recuerdo y muere otra parte de yo. Cuando el cuerpo muere ya no siento y muere otra parte de yo; cuando el cuerpo muere, ya no hago. Cuando el cuerpo muere, muere yo.

¿Es que soy sólo yo?

Si al interior de mí mismo hubiera una región, un algo, al que ese yo no tuviera acceso y por tanto desconociera su presencia...Si ese algo existiera más allá de lo corpóreo tendría que estar dando señales que no son posibles de estructurar desde la conciencia y no podrían ser atrapadas por el yo. Esas señales que emitiría ese algo no podrían concebirse dentro del concepto de “mi pertenencia”. Aun cuando el yo estuviera impedido de llegar allí, la conciencia podría captar esas emisiones y traducirlas de algún modo. Si existiera tal región psicológica necesitaríamos un modo de acceder a ella, un modo de experimentarla.

¿Cómo puedo comunicarme contigo, con el yo tuyo atrapado en el mundo de la contradicción, adolorido sin poder conectar con el sentido que pudiera transformar y teñir tu vida? Trato de comunicarme y me encuentro contigo, con yo, con tú, con aquel que lo atrapa todo, con el más grande egoísmo, ego-yo, yoísmo, el gran concentrador de energía, el hoyo negro por excelencia. El hoyo negro que no deja que ni la luz escape a la fuerza de su gravedad. Eso, “yo”, se disolverá cuando se agote el cuerpo.

¿Pero eres sólo yo? ¿Eres sólo concentración, posesión, hoyo negro del que nada escapa?

¿Eres sólo sinsentido, yo-ego-concentrador-para-sí?

El cuerpo

¿Por qué es tan difícil experimentar sentido en la vida?

Porque eres tu cuerpo y el cuerpo nace, se fortalece, se gasta, se muere y se desintegra.

¿Cómo podrías moverte, comunicarte, trabajar, amar, existir, si no fuera por tu cuerpo? Este cuerpo que te lleva, te transporta, te comunica, este cuerpo maravilloso. Gordo o flaco, feo o bello, sano o enfermo, en el cuerpo está la existencia. Existo, existo, existo. Estoy vivo y mi cuerpo me lleva para aquí y para allá. Te escribo, por mis manos salen mis pensamientos, mis sentimientos, mi vida. Te toco, te conmuevo, estás vivo, existes, eres otro cuerpo, te estremeces, me sigo acercando.

¿Qué quiere tu cuerpo sino el placer?

Las necesidades se experimentan en el cuerpo, los deseos se experimentan en el cuerpo. El cuerpo se aprieta, reclama, duele, ansía y desespera por aflojarse, distenderse, satisfacerse. El cuerpo desespera por el placer.

El ejercicio del placer está siempre asociado a modos de subir la tensión corporal, concentrar la energía y descargar la tensión. Esa descarga se experimenta como placer.

El cuerpo busca el placer, la necesidad busca su satisfacción, la tensión su distensión, el deseo su ensueño y el ensueño su realización, y la rueda del placer y del dolor gira y gira para nunca acabar. Vuelve la rueda a girar y en cada vuelta el cuerpo está más viejo, en cada vuelta más débil, hasta que en alguna vuelta ya no estará más.

La vida se mueve alejándose del dolor y acercándose al placer. Esa búsqueda orienta a la vida. Ese movimiento hacia el placer deja un sabor a sentido, una ilusión de sentido hasta que el cuerpo muere y ya no puede experimentar ese deleite.

Sueño y realidad

Estoy tan identificado con todo lo que vivo, que a eso que me pasa lo llamo realidad. Mientras estoy sumido en el sueño, a eso que me pasa también lo llamo realidad.

Hay dimensiones de la existencia que mis sentidos no captan. Mis sentidos están abiertos al mundo y me parece que es el mundo el que entra a través de ellos. Si mi cuerpo está despierto pareciera que entra la realidad por los sentidos y si está dormido pareciera que ya no participara de esa realidad.

Si mi cuerpo está despierto capto el mundo por los sentidos, pero ese mundo que entra está afectado por mi existencia. Esa afección se debe a la acción del cuerpo movido por cosas que suceden en algún lugar de su interior; una sustancia síquica, que no entró por los sentidos, está influyendo en esa exterioridad. Ese flujo que sale del cuerpo y transforma el mundo no lo perciben mis sentidos y siempre estoy creyendo que es sólo la externidad la que entra por ellos.

Mientras dormimos no somos capaces de reconocer las imágenes oníricas como provenientes de la interioridad y creemos que son percepciones; nada durante el sueño nos hará suponer que estamos soñando. Nos identificamos a tal punto con lo soñado que lo tomamos por la realidad. Escuchamos,

miramos, olemos, caminamos, volamos y cabalgamos en dinosaurios, experimentamos todo tipo de sensaciones y sin embargo ninguna entró por los sentidos.

Tanto en el sueño como en la vigilia, la carga de verdad con que experimento lo que me pasa es total. En vigilia creo que mis percepciones son producto sólo del mundo externo, sin que tengan que ver en ellas las sensaciones y la memoria. Estamos seguros de captar la realidad porque no podemos reconocer de qué modo los ensueños están tiñendo nuestra visión del mundo constantemente. Desconociendo y completamente identificados con las imágenes producidas por la conciencia, nuestra manera de estar resulta bastante alucinatoria.

Cuando despertamos del sueño podemos saber que estábamos dormidos, pero eso no es posible saberlo mientras dormimos. El estado de vigilia, aun cuando es muy diferente, tiene aspectos que lo asemejan al estado de conciencia dormida: estamos completamente sugestionados por las percepciones y pasamos por alto que ellas están teñidas por el ensueño y la memoria; por otra parte, todo lo que percibimos está sumergido en un sistema de creencias tan profundamente arraigadas que no tenemos ninguna noción de ellas operando sobre la percepción. Por último, a pesar de que la irrupción de mundos no perceptuales es bastante habitual, la conciencia tiende a negar la realidad de esos mundos, anidando con ello la creencia en la muerte, constituyéndose con ella la visión de lo real.

Imagina que un día cualquiera, mientras vas a tu trabajo, experimentas una fuerza que te envuelve; te parece que podrías sentirla con los dedos si es que acariciaras el aire a tu alrededor. Imagina que todos tus movimientos te parecieran responder a una ley de la vida que tiene una energía tan impresionante que quebrantarla es algo ni siquiera absurdo, sino más bien ridículo. Imagina que mientras sigues dirigiéndote a tu trabajo una alegría enorme se agita dentro tuyo y esa fuerza parece cargar la atmósfera por donde pasas. Por un instante todo está bien, como si cruzaras el no tiempo. Algo te golpea, despertándote, y ves que todo tiene que ver contigo, el mínimo y remoto movimiento está de algún modo relacionado contigo. Sigues caminando a tu oficina y pareciera ahora que no sólo todo tiene que ver contigo, sino que desde donde estás mirando, o aquello que está mirando, ve lo mismo en cada uno, lo mismo en todo, todo es uno. Sientes tu respiración y no puedes decir palabra, y un baño de agradecimiento te abraza.

Imagina que luego de eso tu conciencia lúcida siente que algo en ella quedó conectado a esa fuerza, a lo que está vivo, a lo que se expresa. Tu conciencia lúcida observa cómo ese algo en ella sale de su mundo y construye éste. Pensar en la muerte es algo fuera de lugar, como temer por un grano de arena

en medio de un arenal. Entonces sabes que la realidad tiene mucho de sueño y por un momento tomas contacto con el hacedor de sueños y de destinos.

LA INTERIORIDAD

Mundo interno. Guías. Modelos. Fuerza interior. Los otros

Mundo interno

El cuerpo parece ser la separación de lo externo y lo interno. Del cuerpo hacia afuera y del cuerpo hacia adentro. El cuerpo mismo ¿está afuera o está adentro? El cuerpo, percibido por los sentidos, está afuera. El cuerpo es confundido y fundido con la persona que lo usa. Ese ser humano que está enfrente de mí, ¿dónde está? Fuera de mí, puesto que veo su cuerpo fuera de mí. Cuando veo un cuerpo, lo veo desde mis sentidos, del mismo modo en que veo la mesa o la taza. Percibo sólo un aspecto de su realidad, su externidad. Quién es la persona que habita en ese cuerpo y donde está. ¿Está acaso adentro de ese cuerpo?, ¿adentro de dónde?, ¿qué es ese adentro? Si la persona está “adentro” del cuerpo, qué significa ese “adentro”.

Te miro y me digo que tú estás adentro del cuerpo que estoy observando, adentro de tu cuerpo. Pero ese “adentro” me sigue pareciendo fuera de mí. Si yo estoy en mi “adentro” y tú estás en tu “adentro”... ¿qué es lo que está afuera?

¿Dónde está la amistad, la solidaridad o el amor?

¿Dónde el odio?, ¿dónde la venganza?

¿Dónde está la esperanza?

Aquí está mi amigo, con el cual he compartido parte de mi historia. Dónde está ese atributo que le doy llamándolo “mi amigo”, ¿en su ropa, en su cuerpo?, ¿dónde?

Vivimos de tal modo que nos parece que todo proviniera de afuera, que todo lo captamos a través de los sentidos, y eso lo consideramos como real.

Todas las verdades fundamentales para la existencia están en el mundo interno. Es en este mundo donde tenemos que encontrar la respuesta a nuestros anhelos. Pero he aquí que este mundo está totalmente degradado. En el mundo interior se encuentra lo humano y el sentido. Lo divino tiene allí su morada y también las neblinas del olvido. Allí está el pasado, todo el pasado, desde los primeros tiempos y las tablas del destino. Todas las aspiraciones se encuentran en ese mundo a la espera de que alguna mirada las ilumine y transporte al mundo exterior.

El mundo interior ha sido constantemente degradado y desvalorizado. Esta degradación parte por catalogarlo de irreal o de imaginario. Luego, como mundo inconsciente en donde habitan fuerzas instintivas que dominan la libertad humana. Su irrupción está asociada a una distorsión de lo real. Se lo

ha puesto en un plano secundario al mundo objetual, casi como algo con que desgraciadamente hay que contar para desenvolvernó entre los objetos, que son lo que realmente importan.

Todo lo que proviene del mundo interior es anestesiado o es interpretado como algo secundario. Cuando ese mundo entrega señales más fuertes, justamente por encontrarse bloqueado, entonces esas señales pasan a ser consideradas síntomas de enfermedad.

Incluso las experiencias místicas, experiencias de comunicación con lo trascendente, suelen ser consideradas como alucinatorias, de fuga del mundo real. De vez en cuando se acepta que algunos puedan acceder a esas experiencias, pero se las acepta como una experiencia de locura momentánea, de la cual el santo o el místico pudo extraer alguna enseñanza útil sin permanecer en la locura.

Este mundo interno está en erupción, como volcán que expulsa fuego y materia de sus entrañas, sin respetar nada de lo que encuentra a su paso. Nada lo logra controlar, ni psicofármacos, ni drogas, ni la técnica de comunicación de masas.

Esta degradación del mundo interno nos ha alejado de la posibilidad de experimentar lo fundamental de nuestra vida humana, nos ha bloqueado la experiencia de significado y nos tiene deambulando por la vida sin sentido.

Fuerza interior

Hay fuerzas muy importantes al interior de uno. Fuerzas que no necesariamente son de uno, pero se encuentran allí, en la interioridad. Pareciera que todo lo que está en esa interioridad me perteneciera, porque no proviene de afuera. Pero puede ser que en la interioridad existan mundos, fuerzas, energías, imágenes que si bien habitan en mi interior no son exactamente “míos”, o me pertenecieran a mí personalmente.

Aceptar esto puede cambiarlo todo, cambiar toda mi vida.

Lo que está afuera no me pertenece. Hago uso de las cosas por un tiempo, mientras paso por esta vida. A veces adquiero algo, lo compro. Pero esa pertenencia es pasajera. Lo que está afuera no me pertenece, lo uso por un tiempo.

Lo que está adentro tampoco me pertenece. Hago uso de ello o ello se expresa a través mío durante un tiempo.

Hay fuerzas impresionantes al interior, hay una fuerza que se llama amor y hay otra fuerza que se llama esperanza. Cómo puede ser que existan energías tan enormes aquí, adentro, tan cerca, y no lo sepamos y no sepamos cómo usarlas.

Esperanza es la energía de los sueños, de los ideales, es la energía del futuro. Esperanza es un baño de vida que nos hace correr por el tiempo. Esperanza está vestida de mañana, de aurora, de sol naciente, de rayos que calientan poco a poco las horas a medida que avanza el día.

Hace mucho tiempo, en los primeros orígenes de Occidente, los dioses habitaban en una montaña llamada Olimpo. Un titán llamado Prometeo, conmovido por la miseria que padecían los hombres, fue hasta el Olimpo, donde viven los dioses, y les robó el fuego, el fuego sagrado, el fuego de la vida, para entregarlo al ser humano. Lo guardó en el interior de una caña para no ser descubierto, y así, al bajar del Olimpo, nadie se dio cuenta de que traía esa enorme energía vital. Los dioses, al sentirse burlados, se enojaron y quisieron vengarse. Cuando crearon a la mujer, a la hermosa Pandora, le entregaron una caja llena de virtudes. Pandora la abrió y los dioses comenzaron a robarle las virtudes. Cada vez que robaban alguna virtud, una calamidad ocurría a los seres humanos. Cuando Pandora se dio cuenta de ello, en su cofre, en la profundidad de su cofre, quedaba solamente la última virtud, la esperanza. Pandora cerró el cofre y ocultó la esperanza para que los dioses no se la robaran al ser humano, y así los inmortales no pudieron concretar su venganza. Desde entonces la esperanza está guardada en lo profundo del corazón.

Hay fuerzas muy importantes en el interior del ser humano. Hay principios fundamentales guardados en nuestra interioridad. Hay seres que habitan en el silencio que está detrás del ruido, al fondo de la conciencia. A veces esas fuerzas, esos seres, se expresan a través de los sueños, a veces a través de la obra humana, a veces a través de nuestras acciones más simples.

Esas fuerzas, esos principios, esa energía, no me pertenecen, como no me pertenecen el agua, el fuego o la tierra de este mundo, pero allí están para que los use por un tiempo, para escuchar su mensaje y realizarlo en el mundo humano. Allí está lo más grande de lo más grande, esperando que lo detectemos, lo sintamos y lo expresemos en la materialidad.

Si lo prefieres, todo ello te pertenece, como te pertenecen los ríos, los océanos y las montañas.

Un sueño, llamado Sueño, habló un día con el hombre llamado Hombre y le preguntó: ¿Hombre, puedes tomarme, hacerme tuyo y convertirme en realidad, en esa realidad que entra por tus ojos, por tus oídos y gustas en tu cuerpo?

Hombre acarició a Sueño en su corazón y lo envolvió de esperanza. Entonces Hombre le dijo a Sueño: aquí tienes la esperanza para que puedas vivir por siempre, hasta que cumplas tu destino, llegues a Realidad y yo pueda sentirte con mi cuerpo. Así, Sueño comenzó a vivir en el interior de Hombre y Hombre lo fue llevando por el tiempo.

Un día, Sueño le dijo a Hombre: Hombre, ya estoy cansado, no logro llegar a Realidad y no quiero continuar en este intento. Me despido y me desvanezco.

Hombre sufrió y lloró. ¡No puedes marcharte, te llevas la esperanza que te di al abrazarte en mi corazón!

Hombre miró a Sueño mientras se esfumaba y sentía que la esperanza se esfumaba con él y el llanto salía como si se le licuara el alma.

Se acercó entonces otro sueño llamado Sueño al hombre llamado Hombre.

Sueño le pidió a Hombre que lo llevara al lugar llamado Realidad.

No puedo, dijo el hombre, ya otro sueño me robó la esperanza y se desvaneció.

Sí puedes, le dijo Sueño, ¡siempre puedes!

Entonces Hombre volvió a acariciar a Sueño en su corazón y lo envolvió de esperanza y llevó a Sueño hasta el lugar llamado Realidad. Al llegar a Realidad, Sueño se despidió, agradeció y se desvaneció.

Hombre miró a Sueño esfumarse en Realidad y sintió que la esperanza se esfumaba con él.

Se acercó entonces otro sueño llamado Sueño al hombre llamado Hombre...

Más allá del más negro sinsentido, más allá del engañoso vacío, hay una chispa que no se apaga. Esa chispa enciende el fuego que abraza a los sueños y los sueños nos empujan para que los llevemos al mundo externo.

Guías internos

Quiero contarte sobre los guías. No es fácil, necesito entrar muy adentro y llamar a mi guía interno, pedirle que se haga presente, sentir su presencia mientras te escribo, y quiero que mientras escribo, tu guía más interno se acerque a ti y te acompañe en esta lectura.

Mi guía me enseñó a llamarlo, a invocarlo. Cuando lo busqué era porque lo necesitaba. ¡Ah!, cómo lo necesitaba... No me gusta necesitar a nadie, no me gusta molestar a nadie, me gusta creer que me las

arreglo solo, no quiero tener deudas, no quiero depender, pero en esos días todo se tiñó de desesperación.

Mi mundo interno es un caos. Cierro los ojos o simplemente escucho mi discurrir, las imágenes que se me vienen a la cabeza; es un huracán de contenidos que chocan unos sobre otros, arrastrados por la fuerza de una ola de energía. Voy en busca de la bondad y encuentro la envidia y los celos, voy en busca de la belleza y me topo con el enojo y el resentimiento, voy en busca de la pureza y me encuentro con los deseos, y si profundizo en ellos, todos los deseos de la imaginación están en mi imaginación.

Qué es este caos que hay en el mundo interno. Trato de concentrarme y soy interrumpido por mis divagaciones, que a veces se repiten una y otra vez, sin siquiera aportar originalidad. Sin embargo te estoy escribiendo, tú me vas entendiendo, algo tiene dirección dentro de ese caos interior. Es bien sorprendente que en medio de ese mundo interno caótico, algo tenga dirección. Es bien sorprendente que la expresión externa de ese mundo no sea sólo caos y se vayan construyendo sociedades y civilizaciones.

¿Será la razón la que va ordenando este caos y dando dirección a la expresión de esa interioridad? La razón hace su parte, sin duda, pero no es sólo la razón. La razón seca no puede comprender lo esencial, lo degrada, y al degradarlo se pierde en el sinsentido. La razón no ha comprendido ese mundo interno y desde la razón lo vemos caótico.

Entonces, ahora que tomo contacto con mi guía interno, ¿qué dirá tu razón?; ahora que a través mío te hablará un ser que me acompañará a escribirte y mostrarte el modo de encontrar el sentido. Tu razón pondrá todas las resistencias y comenzará a acelerar la lectura. Obsérvate y así pasarás por estas páginas más lentamente. La razón, para ordenar el caos, lo aprisiona, lo somete, y al someterlo se va secando, perdiendo inspiración, brillo y sobre todo perdiendo sentido. La fuerza del caos rompe la prisión de la razón y entonces brota de él lo impensable. Poco a poco la razón crece hasta volver a apresar el caos, hasta poder pensar lo impensable. Caos y Razón son hijos de un mismo dios, como el Yin y el Yang, como gemelos opuestos que se buscan para amarse.

Cuando la razón es arrollada por el caos, la soberbia y la arrogancia huyen despavoridas, reconozco entonces la Necesidad y montada en ella llamo a mi guía.

Entro al caos de mi mundo interno y pregunto si se encuentra allí la bondad. Recorro mi memoria buscando una expresión de la bondad. Así como el sol, que a todos da su luz y su calor, sin preguntar

quién lo merece y quién no, sin preguntar quién lo admira y quién no, sin preguntar nada, sin pedir nada, tornando mañana tras mañana, reconozco la bondad de mi guía.

Voy a mi mundo interno y pregunto si se encuentra allí la fuerza. Busco en mi memoria algo tan fuerte que nada lo pueda doblegar. Algo tan fuerte, que pueda sostenerse en la noche más oscura, en la tormenta más tormentosa; una entereza tan grande, que no pierda la calma ante ningún fantasma; una convicción tan profunda, que no la atemorice el chillido de los espantos. Así me acerco a ti, mi guía, y siento tu fuerza.

Cuando te insinúas, tus consejos están cargados de sabiduría. Así como conoce la montaña el arriero, así como conoce el amor el amante, así como sabe el que sabe por experiencia, así como sabe la que me habla después de muerta entre las voces del caos de mi mundo interno, escucho lo que dices y tu calma me hace reconocerte.

Entonces te experimento, presencia, allí, entre el torbellino rumoroso de mis emociones, pensamientos y sentires, te siento presencia amiga, y te pregunto quién eres. ¿Eres producto de mi imaginación acaso? Sí y no, me respondes. Eres producto de mi imaginación, insisto. ¿Qué es tu imaginación?, escucho, ¿acaso puedes imaginar aquello que no tiene imagen?, ¿puedes escuchar aquello que no emite sonido?, ¿puedes sentir acaso lo que no tiene tiempo?, pues soy tu imaginación y no soy tu imaginación.

Observo que puedo degradar a esa sensación, a esa presencia como un producto más del intelecto, o aceptarla como un ser especial con el que puedo tomar contacto en mi mundo interno. Sí, ¡es mi guía interno! y algo que es agradecimiento nace dentro de mí, algo que me conmueve, me marea un poco, me hunde levemente en mi asiento, y algo que no exclama, recorre, baña mi ser expresando un gracias.

Con el tiempo, guía y yo nos hemos ido conociendo y hemos ganado confianza, así como los amigos que no temen molestarse y se están llamando y consultando constantemente para cosas importantes y también para pequeñas cosas, así voy construyendo la relación con mi guía y algunas veces toma mi mano y te escribe, te escribimos, palabras que despiertan en ti guías profundos, voces antiguas, recuerdos futuros.

Modelos

Un amigo mío muy querido, con el que nos encontramos después de un tiempo, me dijo: “llegará el momento en que se reivindicuen las utopías, no sólo las místicas, también las sociales, y se valore ese tiempo en que los sueños estaban al alcance de la mano, así como recoger manzanas del manzano”. “Ahora el mundo es muy real”, continuaba él, “no da espacio para soñar”.

¡Ay!, no sé en qué momento llegue este libro a tus manos, si ya habrá sufrido este mundo real las calamidades irreales que le esperan o estarán prontas a suceder. Cómo decirte, querido amigo, que ese sueño y esa utopía continuarán en el tiempo, sobrevivirán a nuestra generación, serán interpretados por otros, hasta finalmente hacerlos existir en el espacio humano. Cómo decirte que ese sueño que acarició nuestros nobles corazones vivirá más tiempo que esta chatura que te parece tan real. Ese sueño que acicatea tu esperanza nacerá cada vez en una nueva generación hasta plasmarse en la realidad perceptible. Este mundo real pronto desaparecerá y será reemplazado por otro mundo real y otro mundo real y otro mundo real. Qué móvil y poco concreto es lo real.

Las utopías están en un lugar que no existe y en un tiempo que tampoco existe. Pero en algún lado están, porque de lo contrario ¿cómo podríamos hablar de ellas? Son una construcción de la razón y con esa respuesta nos quedamos tranquilos. Sin embargo, la fuerza que han despertado las utopías, la irracionalidad con que hombres y mujeres se han dispuesto a alcanzarlas, la violencia que han movido y todavía mueven, no se explican al considerarlas simples construcciones intelectuales.

Si pudiéramos sumergirnos en el mundo interno como si fuera un océano, encontraríamos en él peligrosas corrientes submarinas, voraces tiburones persiguiendo a tERNOS cardúmenes, zonas de helado silencio, serpientes revolcándose en la arena, huidizos cangrejos escapando del peligro, hidras expulsando venenosos dardos a todo lo que se acerque, ostras que se cierran con el más pequeño grano de arena que quiere llegar a ellas, abismos oscuros y negros que parecen no tener fondo.

Si pudiéramos sumergirnos en el mundo interno como si fuera un océano, encontraríamos ciudades perdidas donde se guardan secretos de viejos mundos, hermosos peces multicolores, corales preciosos que contemplamos sin tiempo, grutas con arenas esmeraldas, rocas de azul intenso, melodías de cristales que transportan a mundos maravillosos.

El mundo interno, ese magma de sustancia vital, pequeño recipiente que contiene a todos los universos y que contiene lo que contiene.

Cuando miro dentro de él no me gusta lo que veo, como no me gustan los gusanos, ni los escorpiones, ni el violento minotauro que defiende el añorado tesoro de rubíes y esmeraldas.

No me gusta lo que veo y salto del océano con la respiración agitada al mundo real. Y en este mundo real aparto de mí todo el sugerente océano, encuentro gente encerrándose como una ostra ante cualquier pequeño grano de arena, gente en oscuros abismos deseando la muerte, gente de hermosos brazos expeliendo mortíferos venenos, vientos de miedo azotando a las poblaciones, pánico, angustia, multitudes portándose bien, muy bien, porque aunque los tiburones no existen en tierra firme en cualquier inesperado instante algo los puede devorar.

Cuando entro al mundo interno no me gusta mucho de lo que veo. ¿Eso tengo adentro? ¿Es eso acaso el mundo interno? Sí, eso también es mundo interno, pero no es sólo eso. Allí está también la bondad, la justicia, la compasión, la paz, el amor.

Escuché una historia que Silo le contó a unos amigos hace muchos años y que fue muy importante para aceptar mi mundo interno.

En tiempos bíblicos, el rey Salomón mandó llamar a los artistas de su reino para que le hicieran un retrato. Llegaron al palacio artistas provenientes de todos los lugares para pintar el retrato del rey. La pintura que Salomón eligiera sería puesta en el lugar más destacado del palacio y su autor, premiado con oro. Llegó el día y todos los artistas trajeron sus cuadros para que Salomón escogiera. Salomón los recorrió uno por uno, “Salomón el Sabio”, “Salomón el Justo”, “Salomón el Grande”... y así observaba decenas de cuadros que los artistas habían traído. De pronto se detuvo en uno titulado simplemente “Salomón”. En éste, el rostro estaba con arrugas, cólera, burla, envidia, y para nada era el retrato más bello.

Entonces el rey eligió esa pintura titulada “Salomón”, la puso en el lugar central del palacio y llenó de oro a su autor.

La moraleja que acompaña a esta historia es que Salomón no era grande porque dentro de él habitara la bondad y la grandeza, sino porque a pesar de tener todo tipo de impulsos violentos, fue capaz de transformarlos en obras justas y buenas.

El mundo interno es increíble, allí están todos los universos, todas las posibilidades posibles, algunas llegarán al mundo externo y otras nunca llegarán.

Contaba Victor Frankl que en la Segunda Guerra, en el campo de concentración donde él estaba, todos padecían hambre. Sin embargo, había algunos de entre ellos, muy pocos, hambrientos como todos, capaces de entregar su alimento a los que estaban muy mal y no habían podido proveérselo. La

escena me conmueve, incluso ahora que la cuento. ¿De dónde sale esa acción y adónde llega esa imagen para conmoverme?

Si recuerdas alguna escena que te conmueva, verás que allí se disparó una sonda que entró muy profundo a tu mundo interno, golpeó tu alma, la remeció y algo muy verdadero, muy añorado, emergió por un instante.

Cuando veas a un pobre hombre mendigando por las calles de tu ciudad, nunca lo ofendas, porque dentro de él hay algo muy grande que clama al cielo. Se lo escuché también a Silo y aún hoy me conmueve.

En este mundo interno, atravesando las capas más superficiales de las tensiones del día a día, atravesando las capas formadas en nuestra remota biografía, se encuentran modelos que están esperando su momento para inspirar la acción humana y ser realizados en el paisaje externo. Estos modelos son difíciles de conocer, pero dan señal de su existencia en esos momentos de conmoción y en aquellas ocasiones en que nos sentimos llenos de sentido.

Bondad, Justicia, Paz, no son inventos de algún filósofo, ni tampoco ficciones para adormecer a ingenuos, son modelos grabados en lo profundo del ser, que esperan su momento para realizarse en el mundo humano. En todas las épocas y en todas las edades han estado presentes, inventándose una y otra vez, motivando y orientando.

Los otros

*Puedes tocar acaso al ser humano.
Tu cuerpo, mi cuerpo es sólo un momento,
pasa por él una brisa de montaña,
pasa y lo enciende,
se enciende y crea,
crea y pasa.*

Hago silencio para escucharte, quiero sentirte.

Qué ruidoso es el silencio a veces, todo está lleno de voces, de reclamos, discusiones y opiniones, todo lleno de recuerdos y de pendientes y de otros que no son tú, pero que irrumpen mientras te escucho. Cómo te encuentro, dónde te busco. ¿Es también para ti ruidoso el silencio?

No existimos sin los otros, y esto que digo no es una metáfora.

Estoy yo y están los otros. Sin embargo, ese yo se ha ido formando con las huellas que los otros han dejado en uno. Cuando digo “yo”, pareciera que hablo de algo muy diferente a “tú”, muy diferente a los otros. Así lo experimento. No obstante, son esos otros los que están en la base del yo; son la sustancia que ha constituido eso que llamo yo. Basta imaginar qué te pasaría si te quito los recuerdos y sensaciones de sólo uno de tus amigos. Ni pensar si ese fuera un amigo muy querido, o tu padre o tu madre. Ése que crees ser, ese yo, sería muy distinto.

Los otros están en ti. Has sido formado y constituido por sus acciones, sus ejemplos, sus afectos, sus opiniones. Todos ellos han depositado algo en ti y tú has tenido que aprender o rechazar sus actitudes, sus pensamientos y sus emociones. Todos ellos están en ti. ¿Quién soy yo, sino lo que han dejado en mí los otros?

Por otra parte, a cada uno de esos otros les ha llegado mi acción, mi pensamiento, mi emoción y han debido aceptarlos, rechazarlos, aprender de ellos u olvidarlos. Yo también estoy en cada uno de esos otros y soy parte constitutiva y muy importante de lo que ellos son.

Los otros son constituyentes fundamentales de lo que soy. Yo a mi vez soy constituyente fundamental de cada uno de ellos.

Tú me lees, yo soy tu otro, cada frase está entrando en ti y tú la aceptas o la rechazas, no importa cuál de las dos opciones tomes, sea en aceptación o rechazo, estoy formando parte de ti, constituyendo tu existir. Tú que me lees y que te imagino, aceptándome o rechazándome, estás entrando en mi vida y conformando mi existir.

Todas las personas que te rodean están en tu mundo interno, son parte de ti; cada una de las que te ha llegado noticia son parte de ti. Tú eres mucha gente, lo que tú eres tiene que ver con todos ellos. Y tú a su vez eres parte de mucha gente, algo de ti se ha establecido en el mundo interno de mucha gente.

No creas que porque rechazas a alguien lo dejas fuera de tu mundo: allí está, formando parte de ti, mostrándote parte de lo que eres y no quieres ser.

Esta imbricación del yo con los otros, no la experimentamos así habitualmente. Habitualmente experimentamos la separación, la afirmación del yo y la negación del otro. Pero a veces esto se rompe e

intuimos la posibilidad de otro modo de existir y de experimentar. El amor, la amistad, la comunión, son sólo un instante, pero ese instante suspende el tiempo y saboreamos la eternidad.

Si los otros son parte de tu mundo interno, si son la sustancia con que hemos construido el yo, lo que hago hacia los otros o lo que deje de hacer es de una dimensión existencial enorme. Esa dimensión existencial es la que puede sustentar una moral. Pero no nos adelantemos.

A mis amigos, a mis compañeros, a quienes he encontrado a lo largo de mi vida, a quienes he amado, a mis guías, a mis padres, a mis hermanos, a mis familiares, todos son parte de mí y son parte de lo que ahora escribo y, cuando conecto con esa verdad, un manantial de agradecimiento me envuelve y mi yo se funde con el de todos.

EL SENTIDO

Contacto. Búsqueda. Diálogos con la muerte. Un camino sin fin. Impulso. Ilusión. Historia.

Contacto

Tomo un camino que me llevará al lugar que siempre he buscado. Ese lugar en que, al entrar, una intensa alegría me recoge, la emoción es tan profunda que se convierte en lágrima y sientes que todo está bien, muy bien. En el camino encuentro obstáculos y gente que me detiene. Sorteo los obstáculos con gracia y humor y me alejo de la gente dejándoles sonrisas y esperanzas. El camino se curva hacia atrás y serpentea hacia la lejanía. Lo recorro sin caminar y me encuentro cada vez más lejos. Alguien me acompaña, aunque no lo veo me envuelve con la confianza. Cruzo el umbral que el camino me pone y llego a la zona calma. Todo es muy lento, nada se mueve, siento discurrir el discurrir, mínimo movimiento de la calma. Quién eres, pregunto. Eres, eres, eres, como eco responde la calma. Quién soy, pregunto, soy, soy, soy, como eco responde la calma. Adónde voy pregunto, voy, voy, voy, como eco responde la calma. Entonces un límite desaparece y nada interrumpe, nada separa a eres, a soy, a voy.

Todos, también tú, tenemos contacto con experiencias que no son habituales y que nos ponen en resonancia con algo muy importante. Ese algo es difícil de expresar con palabras porque la experiencia es totalizadora, es como tomar contacto con un todo que contiene incluso a las palabras. Las palabras quieren apresarlos y se ahogan. Las emociones que acompañan estos momentos son de conmoción o de comunión o de comprensión total.

Las primeras veces que supe de estas cosas me parecieron interesantes, pero ajenas, así que preferí pasar rápido a otro tipo de temas en que me sintiera más cómodo. Por supuesto, pensaba, que si alguien ha sentido esas maravillas no las olvidaría jamás. Como no acudían prestamente a mi memoria, concluí que esas experiencias les sucedían a otro tipo de personas. Además era inimaginable que en la vida de cualquiera de nosotros nos levantáramos cualquier mañana y viéramos todo distinto, una alegría saliera desde nuestro interior y tiñera el cuarto y el paisaje detrás de la ventana; saludáramos a nuestra gente y nos sintiéramos maravillados por el solo hecho de contemplarlos vivos, existiendo; saliéramos a la calle y se volcara desde adentro la esperanza esperanzadora coloreando todo lo que toca. Imposible.

Si alguien de mi familia me da una buena noticia me llenaría de alegría, si me comunican una buena nueva para el mes que viene me hace sentir esperanza. Pero esto otro, que desde adentro y sin ningún

motivo externo algo grandioso tiñe mi vida, eso es muy raro. Es tan raro que cada vez que pasa lo olvido o trato de darle alguna explicación que lo convierta en algo común y corriente.

Todos quisiéramos que algo extraordinario nos sucediese, pero lo extraordinario es tan fuera de lo aceptable y de lo lógico que cuando pasa no podemos asimilarlo. Al poco tiempo de irrumpir lo extraordinario, cuestiono si sucedió como recuerdo, o si más bien fue un sueño o una alucinación, y dudo de esa experiencia hasta que logro encajar en la lógica cotidiana y ordinaria aquello que me pareció extraordinario.

Para poder aceptar lo extraordinario esperamos que se presente de un modo ordinario, es decir perceptual, a través de nuestros ojos, de nuestros oídos, de nuestro tacto.

Ayer vino a casa una dama hermosa como ninguna, bastante joven; puso sus manos en mi pecho y besó mi frente. Me miró dulcemente y me susurró que todo estaría muy bien. Al marcharse me pareció escuchar un agitar de alas y un viento cálido que refrescaba mi rostro. Desde ayer me acompaña una alegría muy grande que quiero comunicársela a todo el mundo. Este cuento es sólo producto de mi imaginación, pero resulta muy fácil de aceptar porque todo lo que sucede proviene de lo perceptual. Esa alegría y esa fe me llegan desde afuera, me las entrega alguien misterioso, puede ser un ángel, una diosa, una musa que pasaba por allí casualmente. Esto que efectivamente es imaginado lo podemos llegar a creer cierto. En cambio, aquello otro que irrumpe desde mi interior y transforma mi percepción, no lo podemos aceptar y sin embargo es lo que efectivamente pasa.

Lo extraordinario está en el mundo interno y hay escenas del paisaje externo que a veces remecen ese mundo y lo hacen aflorar. Lo extraordinario emerge y modifica mi modo de percibir, de sentir y de hacer.

Lo extraordinario no lo es porque pasa algo afuera que no puedo creer, sino porque brota algo desde el interior humano que modifica el modo ordinario de ser.

Búsqueda

Cuando he perdido algo lo busco y cuando lo encuentro, lo reconozco porque era exactamente lo que perdí. Cuando busco el sentido, lo busco como si alguna vez lo hubiera tenido, lo perdí y ahora no lo puedo hallar. Busco el sentido, del mismo modo que las llaves de la casa que se me perdieron en un

baúl. Pero hay una dramática diferencia y es que las llaves efectivamente las tuve; en cambio el sentido, no.

El acto de búsqueda de sentido se parece más al de un explorador que navega el universo encontrando mundos desconocidos que al del viajero extraviado que hace esfuerzos por reconocer la ruta.

El gran problema cuando estamos en el sinsentido es creer que antes estábamos en el sentido, lo perdimos y ahora tenemos que recuperarlo. Lo que sucede es que no estábamos en contacto con el sentido cuando creíamos estarlo. Mientras no aceptamos esto, que no había sentido en el momento de partida ni en el de llegada, la búsqueda se hace penosa porque buscamos algo donde creemos que está y allí no está, nunca estuvo, ni va a estar.

Si lo que busco no está en ese momento en que creí tener sentido, ¿dónde está y qué era entonces lo que experimentaba? Esto produce mareo, pierdo referencias y no sé en qué afirmar la búsqueda.

Esto es como correr un velo y abrir la posibilidad de hallar una verdad interior, algo verdadero que no dependa del oleaje de las circunstancias, algo profundo que no dependa del cuerpo ni de la época... encontrar Sentido.

Si en algo podemos comunicarnos a través de este texto, si en algo coinciden tus experiencias con las mías, tendrás que aceptar que nos parecemos, no somos tan distintos. No es que te hayas equivocado en el modo de buscar. Creo que estamos describiendo un estado de la conciencia en un momento de la vida. Estamos mirando el estado de la situación y tratando de saltar sobre ella. La conciencia, poblada de ensueños, trata de salir de su sopor habitual para encontrar algo más profundo y verdadero. Eso verdadero no lo podremos hallar afuera del ser humano. Esa verdad está guardada en la profundidad del ser y ahí tiene que ser encontrada, comunicada y plasmada como dirección de los actos humanos.

Hubo una vez un viajero cuyo destino era llegar a la tierra del sol. Empezó el viaje pero era largo el camino. Tan largo era que a veces se aburría. Pensó que para hacer más entretenido su viaje podría detenerse de tanto en tanto en los pueblos que cruzaba. Cada vez se quedaba más tiempo en los poblados y cada vez fue menos tiempo el que usaba en recorrer la ruta hacia su destino. Un buen día, tanto se entretuvo en uno de esos lugares que simplemente olvidó que estaba en un viaje hacia la tierra del sol y se olvidó de su destino. Pasó el tiempo y una sequía asoló el pueblo y todas las diversiones del viajero desaparecieron. Recordó entonces cuál era su destino. Se enfureció con el pueblo que lo había desviado de su viaje y permaneció allí llorando y rezongando por cómo lo habían engañado. Otro

viajero que pasaba por allí, al verlo se compadeció de él y le dijo: “antes reías por las diversiones del pueblo, ahora lloras por el engaño, lo uno y lo otro te tienen detenido. Perdónate a ti mismo, ríe y comienza a caminar nuevamente hacia la tierra del sol. ¿Cómo quieres que te encuentre la amiga Muerte, reclamando por tu mala suerte o caminado hacia tu destino?”

Muchas situaciones nos apartan de la búsqueda profunda, pero todos esos infortunios nos van fortaleciendo para tomar en nuestras propias manos el hilo de la vida.

El reconocimiento de que necesitamos encontrar esa verdad es una condición importante para la búsqueda. Si sientes que ya has encontrado esa verdad, o que estás a punto de encontrarla, o que si a esta altura de tu vida no lo has logrado es porque no existe, el acto de búsqueda es todavía muy débil. En cambio, si sientes el fracaso de haber buscado sin encontrar, si tus sueños y esperanzas no te han conducido a la felicidad, tu búsqueda será cada vez más fuerte, como si se tratara de un instinto que necesita saciarse.

La falta de sentido que experimentamos no es sólo un problema personal, tiene que ver con la época que nos toca vivir y con el momento de evolución de la conciencia. Aquí vamos, hasta aquí va la evolución y seguramente es posible producir saltos cualitativos en la conciencia y en la sociedad.

Diálogos con la muerte

Estaba yo un día en mi habitación mascullando sobre estas cosas, mirando mi propio dolor y contradicción, cuando alguien golpeó mi puerta. Era un sonido seco y repetitivo; no pude dejar de pensar en los cuentos de Allan Poe. Abrí mi puerta a la noche y no vi a nadie. La cerré, e inmediatamente el sonido de la madera volvió a golpear mis oídos. Quién anda ahí, pregunté, y sólo el silencio de la noche me respondió.

Cerré la puerta y descubrí en el interior de la habitación a una mujer. Su belleza me hizo olvidar que no la había visto entrar; la miré alucinado por su extraña hermosura. Me sentí atraído, quise abrazarla y besarla, pero al mismo tiempo me asustó y me espantó. Su beso era el más dulce de los besos, pero al acercarme más a ella me aterroricé y mi piel se crispó hasta el último de mis poros. De pronto la reconocí y me paralizó... ¡Muerte!, ¡tú! No puede ser, te has equivocado. A otro, es a otro, me falta tiempo, tengo cosas por hacer, todo está pendiente. La miré y su atractivo tenía un poder enorme sobre mí. Un sí y un no luchaban en mi interior.

Empecé a recordar mi vida con una fuerza inusitada, como si toda ella llegara a mi mente simultáneamente, de un solo golpe. El día de hoy, ¿qué pasó el día de hoy? Vago por la vida sin saber adónde voy, qué es esta vida, sin sentido, sin destino. Es como si estuviera atrapado en historias, en cuentos que no van a ninguna parte. Toda mi vida pasa por mi cabeza a toda velocidad, escucho un zumbido de turbinas y aceleración, como si la viviera de nuevo toda entera pero en el instante. De pronto, el tren de imágenes que tomaron mi cabeza se detuvo.

Me vi a mí mismo, aquel día en que decidí encontrar la tierra del sol. Ese día en que mi vida tomó un rumbo verdadero. Ese día que decidí algo bueno. Ese momento que es el momento más verdadero de mi vida. Mi vida comenzó a avanzar en mi mente, lentamente, ese momento verdadero, y el siguiente y el siguiente, reconozco mi destino. Encuentro mi vida y su sentido.

La conmoción nubla mis ojos y miro a la bella Muerte con tranquilidad.

-Muy bien -me dice-, has encontrado tu vida. ¿Cómo harás para no perderte luego?

Cuando la vida pierde su sentido se pierde en lo superfluo, en los adornos, en lo que no tiene importancia. La vida humana cae en un sueño, sueña y se pierde, sueña la eternidad mientras el cuerpo se agota, sueña la felicidad mientras crece el vacío.

Cuando la vida encuentra el sentido, lo humano es plasmado en el mundo, lo humano es expresado y la construcción social humaniza la vida, la aleja del dolor y del sufrimiento.

Si pierdes el sentido, si pierdes la dirección de tu vida, sólo la contradicción y la violencia ocuparán tu alma. Si la contradicción y la violencia ocupan el alma, será contradicción y violencia lo que llevarás a tu gente, a tu sociedad.

-Muerte, no me lleves, dame la oportunidad de convertir mi vida y seguir su sentido.

Y la Muerte me dice.

-¿Cuánto tiempo necesitas para convertir tu vida y orientarla hacia el sentido, hacia la tierra del sol, hacia los momentos verdaderos de tu vida? Te basta un día -me dice sin esperar mi respuesta.

“¡Un día!” -pensé yo desolado.

- Te basta una hora -repitió como si supiera lo que pensaba.

“Una hora, una hora” -golpeaba su voz en mi cabeza como si hubiera un eco interior.

-Puedes hacerlo ya mismo -siguió afirmando la Muerte.

-¿Ahora mismo?

Entonces sentí una Fuerza impresionante que nacía en el centro de mi corazón y abarcaba todas las células del cuerpo, una fuerza que no sé de dónde salía, pero era más fuerte que mi fuerza física, más fuerte que mi fuerza síquica.

Al poco tiempo me di cuenta de que la Muerte se había marchado, estaba sólo en la habitación, todo seguía igual, pero yo ya no era el mismo.

Un camino sin fin

Confundimos el sentido con las metas. Nos ponemos objetivos y confundimos la motivación que experimentamos para realizarlos, con el sentido de la vida. La muerte impide emplazar nuevos fines y no podemos proyectar la vida más allá.

Nuestro camino está cortado por el muro de la muerte que nos aplastará en el momento en que lleguemos a él. Si sacamos ese muro y nos imaginamos el camino sin fin, esos objetivos que nos parecían tan interesantes empiezan a perder su brillo y nos parecerán más bien entretenimientos necesarios para no contemplar esa travesía infinita y solitaria.

Hay algo peor que el muro de la muerte: la eternidad vacía y desolada.

Me es muy difícil contemplar esos escenarios, así que los cubro con metas que debo alcanzar. Esas metas me parecen muy importantes, me absorben, pero su importancia radica en que me ocultan ese muro y esa soledad.

Confundo el sentido de la vida con la motivación que experimento por llegar a una meta. En esta confusión, la meta me absorbe de tal modo que soy capaz de cualquier cosa con tal de llegar a ella. Si soy capaz de “cualquier cosa” es porque ya la conciencia se ha perdido y para ella todo da lo mismo, bien o mal son relativos dependiendo de la ayuda que prestan para alcanzar mi objetivo. Este modo de vivir es un modo de vivir en el sinsentido. La muerte nos espera al final como la rana que se traga a la mosca desprevenida con su larga lengua.

Creo ir en línea recta y en verdad avanzo curvando una esfera, como si diera la vuelta a un planeta, a una galaxia, a un universo. Caminar por un camino sin fin es caminar por el círculo. El círculo tiene un punto interesante que es su centro. Mientras lo recorro creo que avanzo linealmente, hacia el horizonte, sin embargo el camino se curva sin que lo perciba. En todo instante estoy atraído por el centro. El

centro me sostiene en todo momento, me da energía en todo momento, me da vida en todo momento. Giraré, giraré, giraré, pero del centro depende cada movimiento, en cualquier tiempo, en el centro está el centro, la vida, el sentido, origen y fin del camino.

Avanzo por un camino sin fin. Embobado por las metas y objetivos creo estar recorriendo una línea infinita, sin saber que voy impulsado por el centro de un círculo. Como atraído por la fuerza de gravedad, puedo sentir la energía que me empuja y me comunica con él.

Así como el agua sostiene a los pesados barcos, que mientras más anchos son, mayor es la fuerza hacia la superficie, mientras más conciencia tengamos de ese centro, con más fuerza nos impulsará hacia el mundo.

Impulso

Pudiera parecerle que el mundo interno es pequeño en comparación con los miles de millones de estrellas que pueblan el cosmos, o con la multiplicidad ilimitada en que se manifiesta la vida. El mundo interno, que sólo abarca desde los ojos hasta la nuca, no ocupa espacio en comparación con la enormidad del mundo externo y, no obstante, cada vez que abres los ojos, se expande a todo lo que percibes. Cuando percibes, estás observando también el mundo interno.

El mundo interno afecta completamente a esa realidad externa. No se trata simplemente de un teñido de acuerdo al estado de ánimo en que me encuentro. En lo humano existe intencionalidad. Esa intencionalidad es un impulso que lleva hacia el exterior todo lo que contiene el mundo interno. Esa intencionalidad traslada el mundo interno hacia fuera de lo humano, hacia fuera de sí mismo, construyendo la realidad y no simplemente tiñéndola con el filtro del mundo interno. Si internamente estamos llenos de contradicciones y sufrimiento, así será la concreción de la realidad en el paisaje externo. Si, por el contrario, estamos en contacto con una verdad o con el sentido, ¡ah!, contemplaremos maravillados la construcción que realizamos.

¿Qué hay en ese mundo interno que la conciencia intenta trasladar hacia el mundo externo? ¿Qué es lo que buscamos fuera de nosotros?

Ese impulso es de una fuerza tal, que la conciencia está dispuesta a transformar el mundo entero para completarlo. Está dispuesta a transformarse incluso a sí misma para trasladar a la existencia eso que está guardado muy adentro de ella.

Hay un mundo interno, hay un mundo externo y hay un impulso que traslada ese mundo interno hacia fuera de sí mismo. La conciencia se encuentra entre estos dos mundos.

Si negamos el mundo interno, el mundo externo se vuelve mecánico y vacío. Si negamos el mundo interno, vaciamos a la vida y el mundo de contenido y de significado. A ese proceso se lo conoce como deshumanización. La deshumanización es la negación del impulso que comunica la interioridad con la exterioridad. La deshumanización es una mirada que niega la posibilidad de realizar el mundo querido y profundo en el exterior. Lo humano no es una forma de vida más, alcanzada por una mecánica evolución. Lo humano no es un modo sofisticado de la vida para alimentarse y reproducirse; lo humano es un impulso que viene de muy lejos y busca trasladar algo muy importante que viene desde esa lejanía, a un lugar que puedas ver y contemplar.

Algunas veces tienes ante tus ojos la imagen o el sonido de aquello que traes de tan lejos y, entonces, entras en un momento extraordinario; una emoción como si todo el bien se te hubiera entregado junto, te desborda. Desde afuera quien te observe no ve nada especial, sin embargo tú estás en presencia de los dioses.

Ilusión

Nuestra vida está orientada por ensueños que queremos realizar. Esos ensueños están relacionados con el poder, el dinero, la fama, el sexo, la estabilidad. Persiguiendo esos ensueños creemos acercarnos a la felicidad. Sin embargo lo que voy encontrando es el dolor y el sufrimiento.

Durante la mayor parte de nuestra vida la pregunta por el sentido es una pregunta falsa. La formulamos desde la cabeza, como divertimento intelectual, pero nuestro corazón y nuestra acción están prendados de alguno de los numerosos ensueños y deseos que viven en nosotros. A pesar del juego intelectual que podamos exhibir, lo que sentimos es que alcanzando ese puesto, ese sueldo, a ese hombre o esa mujer, llenaremos nuestra existencia.

Esta persecución de los ensueños, de los deseos y del placer, es el funcionamiento normal de la conciencia en el estado de vigilia. Así como es característico del sueño que disminuya totalmente nuestra capacidad de recibir información del medio externo y nos llenamos de imágenes oníricas y fantasías, quedando el cuerpo inmóvil en el lecho, así también es lo propio de la vigilia cotidiana el perseguir nuestros ensueños y deseos y movilizarnos en su búsqueda; éstos me toman y, poseído por ellos, creo que tengo sentido. Efectivamente, el sentido está en alcanzar ese ensueño. Si quisiéramos ser

francos con nosotros mismos en esos momentos, debiéramos responder a la pregunta por el sentido, diciéndonos que el Sentido de la Vida es conquistar a esa persona que me excita (o me inspira), o cosas de ese orden. Esto no tiene nada de malo, es así como funcionamos, no hay libertad en esto, ni siquiera cuando perseguimos la causa más noble.

Sea porque no logro lo que persigo o porque finalmente completé mi afán, siempre hay un momento en que se experimenta el fracaso. Es entonces cuando puedo producir cambios importantes en la dirección de mi vida. Allí tengo en mis manos y por breve tiempo, la hebra de la libertad. Pronto volveré a la caza de un nuevo ensueño y éste me hará creer que él, es la razón máxima por la cual existo yo y toda la especie humana. Por eso es tan importante el fracaso, porque por un instante dejamos de estar hipnotizados. Es un breve momento donde podemos echar un vistazo a lo real, a lo que está más allá de la mecánica ilusoria. En vez de resentirnos con los aparentes culpables de que nuestro ensueño fracase, tomamos contacto con algo en nosotros que despierta de una ilusión.

¿Hay algo más allá? ¿Hay algo más allá de mis anhelos que me parecen tan importantes y se van esfumando a medida que transcurre la vida?

Claro que sí, hay algo más y eso es lo increíble.

Atrapados en nuestros ensueños es muy difícil pesquisar ese algo más. No podemos ir de frente y durante todo este libro vamos dando vueltas rodeando el tema; acudimos a experiencias extraordinarias, rescatamos los momentos de ruptura de la ilusión que llamamos fracaso, estudiamos el proceso de la vida y tratamos también de intuir una dirección en la historia.

Ese algo más es lo real, lo que existe, lo que verdaderamente existe y se abre paso a través de los sueños y los ensueños dando un sentido a la vida y la historia. “Algo más” se expresó en el origen del universo, luego en el origen de la vida, más adelante en la inconsciencia de los vegetales, en el profundo semisueño de los animales y continuó expresándose en los ensueños de los seres humanos.

Los ensueños y deseos no sólo traducen nuestras carencias, no sólo compensan nuestras necesidades, ellos transportan, traducido, deformado y convertido en caricatura “algo más”: el sentido del ser.

Historia

Lo sorprendente no es el caos, sino que en esta maraña de deseos, violencia y furia, la vida, la conciencia y lo humano continúen su evolución. Es bien impresionante que en el magma del caos se hayan formado los soles, los planetas y todo eso que miramos plácidamente girar en armonía. Cuando el caos original alcanzó su estabilidad y se crearon los universos, ¿cuál era la necesidad de la aparición de la vida? Esa vida naciente fue a su vez un magma creativo que se manifestó en la multiplicidad. Pero una vez que la vida alcanzó su estabilidad, regenerándose por siempre, ¿qué necesidad había para que apareciera la conciencia? Y apareció la conciencia llena de fuerzas en lucha, de imágenes, de ficciones, buscando su estabilidad.

La historia también es un camino sin fin, también es circular.

Sin embargo, solemos representarla linealmente y nos pareciera que fuera un constante progreso. Nos sentimos muy superiores a nuestros antepasados prehistóricos, como si descubrir el fuego y el lenguaje fuera más sencillo que el chip del computador. La creencia en el progreso nos tiene ilusionados y en alguna curva de la historia nos daremos cuenta de que esto no es así. Quieran nuestros guías recordarnos en ese momento la oportunidad que nos da el fracaso para tomar contacto con lo real.

Hay un centro en torno al cual gira la historia. En cada espira nos vamos alejando de ese centro y en cada fracaso nos acercamos a él. Damos vueltas mientras el centro intenta su realización expandiéndose en círculos concéntricos.

Imagino que a estas alturas estás preguntándome cuál es ese centro. Quisiera devolverte la pregunta, ¿cuál crees tú que es ese centro?, ¿y cuál es su naturaleza?

El círculo podrá expandirse o contraerse, recorrer su perímetro, podrá tomar más o menos tiempo, pero el centro permanece inmutable en el mismo instante, irradiando la misma energía y atrayendo a cada punto de la circunferencia con la misma fuerza. En ese centro está la razón de por qué la línea se curva, por qué un camino termina en su comienzo, por qué la expansión, por qué la concentración, por qué yo, por qué tú, por qué ayer, por qué mañana.

Antes de la conciencia aparece la vida y antes de ella estaba la materia y anterior a la materia había un centro y desde allí se realiza la materia, la vida, la conciencia y sigue desplegándose hacia la supraconciencia.

En este proceso de creación apareció lo humano. La ciencia lo reconoce hace algunos millones de años en los primeros homínidos, pero tal vez ese impulso que traslada lo no existente a la existencia acompaña la evolución desde los inicios del tiempo. Así la materia inerte se conmovió y despertó a la

vida, y la vida despertó a la conciencia y la conciencia vislumbró la libertad y con ella la posibilidad de negar el sentido y elegir la destrucción. La conciencia despercudiéndose de su somnolencia reconoce la presencia de lo humano.

Lo humano, maravilla inexpresable como el propio centro de donde proviene todo. Lo humano puede fortalecer el sentido, inventarlo o rechazar todo sentido y preferir la nada. Esa chispa creadora y autónoma en medio de las circunferencias en expansión.

Es porque hay sentido que es posible elegir la nada o experimentar el vacío. Porque hay sentido es que mis acciones tienen sentido o no lo tienen. Es el Sentido lo que impulsa a salir del sinsentido y a descreer de la muerte.

Somos empujados por un sentido y somos atraídos por un sentido. El sentido está atrás nuestro y adelante. No lo vemos porque miramos el horizonte que suponemos infinito sin poder percibir que éste se curva.

Lo humano es el impulso que busca trasladar el sentido al tiempo y al espacio. Eso es lo que llamamos humanización. Lo humano puede también negar el sentido y negarse a sí mismo y es lo que llamamos deshumanización. Humanizar es descubrir el sentido en nuestro interior y plasmarlo en ésta, nuestra tierra. Ese sentido será traducido de muchas maneras en sucesivas épocas, hasta realizar la sociedad verdaderamente humana. Esa sociedad imaginada por los hombres y mujeres de todos los tiempos, imagen que nos acompaña desde muy antiguo, desde tiempos inmemoriales, y aparece en cada rincón de la historia, y nos inspira para que encontremos el modo de hacerla existir.

La deshumanización es el eclipse de lo humano, la expresión de la nada. Es vaciar de significado el mundo externo y el mundo interno. Nada importa, todo da lo mismo, la vida es cuerpo y el cuerpo se agota. Nada significa nada. Es el sinsentido el que vacía el corazón humano. Nada hay para construir, nada hay para hacer, nada hay para creer.

La lucha siempre ha sido entre humanización y deshumanización, entre sentido y sinsentido, entre esperanza y frustración, entre violencia y no violencia.

Toda acción que contribuye a humanizar la sociedad, a vencer el sufrimiento tiene sentido y toda acción que no contribuye a esto, no tiene sentido. Cada acción que ayuda a otros a vencer el dolor y el vacío se comunica con la profundidad del ser y lo humano toma existencia. Lo humano se hace ser.

Es posible despertar la Fuerza y llenar la vida de esperanza. Es posible unirnos a otros, es posible resistir la violencia y es posible realizar acciones que hacen crecer la vida y lo humano.

EXTRAVIADOS

Pánico y depresión. El desmoronamiento de la verdad. En busca del centro. Proyección del mundo interno

Pánico y depresión

Un día te internas solo en un bosque tupido de grandes árboles, te internas por una hora. Al regresar encuentras que todos los árboles se ven iguales. Las ramas que fuiste quebrando como señales se confunden con otras rotas por los animales que pasaron por allí previamente. Al poco tiempo no sabes si vas o si vuelves, si te alejas o te acercas, mientras las horas pasan y la noche se aproxima. De pronto eres tomado por la desesperación y corres tratando de reconocer por dónde llegaste. El corazón palpita cada vez más fuerte, quiere escapársele al cuerpo y caes al suelo en un amargo llanto.

No es soportable estar perdido. Hace un tiempo visité una caverna con un amigo. Nos agazapábamos por lugares estrechos y cada vez que el túnel se bifurcaba, yo hacía una marca para distinguir el sendero de donde procedíamos. Al regreso los túneles tenían dibujadas muchas señales que habían dejado allí visitantes anteriores y no sólo las rayas que yo había hecho. Continué un rato como si nada pasara, aunque sabía que las pilas de la linterna se agotaban; al poco tiempo entré en pánico. No puedes permanecer en ese estado mucho tiempo, es insoportable. En un momento me pareció encontrar el camino y me convencí a mí mismo de haberlo hallado. Me tranquilicé un poco y lo seguí con convicción. No era.

Cuando se viene al suelo aquello que crees sin dudar, cuando algo que tenías por verdad indubitable evidencia su falsedad, luchas contra las evidencias tratando desesperadamente de negarlas. Pretendes de ese modo afirmar que esa creencia, que tu piel ya sabe que es falsa, continúa vigente. En esa lucha la conciencia se pierde y entra en pánico.

El pánico es una respuesta que damos al no aceptar que estamos desorientados y perdidos. La desorientación se produce al revelarse como falsa una verdad en la que nos afirmamos. Cuando la certeza deja de ser certeza y se convierte en posibilidad y por último en falsedad, la conciencia se pierde. En ese vértigo trata de avanzar como si nada hubiera pasado, pero tambalea, se siente morir, se desespera y entra en pánico.

En lugar de avanzar, el amigo que me acompañaba en la cueva cuando nos extraviamos comenzó a retroceder. Retrocedimos, retrocedimos, hasta que llegamos a un lugar que ambos reconocimos y

nuestras huellas estaban todavía presentes; sin duda era el lugar donde habíamos descansado. Desde allí reiniciamos el retorno; con cuidado regresamos siguiendo nuestro propio rastro, reconocimos donde nos desviamos y encontramos el camino correcto.

Guardé esa enseñanza en mi memoria.

Cuando estás perdido y aceleras para escapar de la situación, si no te detienes entrarás en pánico. Detente o tranquilízate si ya estuvieras en él. Entonces retrocede hasta reconocer algo verdadero en algún momento de tu vida. Retrocede más, no fuerces la mentira a parecer verdad. Cuando reconozcas con sinceridad alguna verdad en ti, simple, sencilla, sin decoración, entonces desde allí inicia nuevamente la ruta, despacio; muy pronto encontrarás el punto en que te perdiste y podrás continuar; esta vez sin equivocarte.

Algo que creías muy sólido se desmoronó, no tienes dónde afirmarte y ya no están allí aquellas rocas que te dan señales para ubicarte. Quieres continuar como si nada pasara, pero no puedes, el escenario cambió y no reconoces nada que te pueda orientar. Primero haces caso omiso a los síntomas de angustia, insistes, no puede ser que las cosas no sean como creías. Cuando decides reaccionar ya es tarde: la desesperación y el pánico te cogieron. En esta situación tienes que encontrar un refugio. Retrocede hasta encontrarlo, retrocede y encontrarás a la persona o el lugar donde sentirte a salvo. Allí reflexiona sobre ese mundo que se desmoronó y ya no existe. Ese mundo, eso en que pusiste toda tu fe y ya no existe. Acepta el fracaso, reposada verdad del que sufre, y una tranquila esperanza alumbrará suavemente tu andar.

La otra cara del pánico es la depresión. Son respuestas epocales a una misma situación. La raíz de ambos está en que el mundo se vino abajo. No el mundo, aquello que creías que eran las máximas que sujetaban tu mundo.

A la depresión llegas siguiendo expectativas que van orientando tus pasos. Las sigues buena parte de la vida. Esas expectativas no te llevaron a ningún lado y en vez de reflexionar sobre la falsedad de ellas, prefieres encontrar a los culpables de por qué las cosas no salieron como esperabas. El resentimiento te carcomerá hasta deprimirte. Pronto estarás en un espacio plano, desértico, en que no corre la mínima brisa, da lo mismo adónde vayas porque el paisaje no varía en ninguna dirección. Es el sinsentido. Llámalo depresión si quieres. En ese desolado lugar olvidaste tus expectativas, ocultaste tus deseos y hasta los culpables perdieron la carga que te enojaba. Recuérdalos, recuerda, no llegaste por azar, seguiste a ídolos engañosos; recuerda y reconoce que no te llevan a ningún lado salvo al desierto

en que te hallas. Acepta el fracaso, reposo del caminante, afectuoso encuentro contigo mismo, intersección de todas tus búsquedas.

El desmoronamiento de la verdad

Emprendo el viaje hacia el destino. Voy en coche y me acompañan algunos amigos. Como no conozco el camino, ellos me van indicando la ruta, haciéndome doblar a la izquierda, a la derecha, al centro, subir y bajar. Pasa el tiempo y dudo si vamos bien.

A mi lado mis compañeros de viaje insisten en que acelere, aseguran que voy bien. Sigue pasando el tiempo y uno a uno mis amigos comienzan a guardar silencio y sus rostros reflejan ignorancia y preocupación. Me enojo porque creo que me engañaron. Luego me calmo, ni ellos ni yo sabíamos para dónde ir.

Miramos desde un punto de vista. Pero ese punto de vista está afirmado en ciertas coordenadas que no suelo tener presentes. Se trata de las creencias básicas desde donde miro. Creencias es todo lo que consideramos como verdad indubitable. Estas verdades están tan fuera de toda duda que es hasta difícil saber cuáles son. Hay momentos en que esas creencias se derrumban y simplemente no podemos creer los datos que nuestros sentidos entregan. ¡Increíble!, decimos. El día en que se caían las torres gemelas en el año 2001, en Estados Unidos, veíamos la imagen por televisión una y otra vez, no por morbosidad, sino porque el dato no lograba ser asimilado. Se había derrumbado no sólo un edificio, sino también una verdad indubitable. En esas creencias básicas se afirma la mirada para dirigirse hacia el mundo. Son lo firme. Si se derrumban nuestra mirada baila, estamos perdidos, desorientados.

Vivimos en una época cuya tecnología nos puso a las puertas de conquistar las estrellas, de prolongar la vida, de vencer el dolor. Una época con todas las posibilidades materiales y sin embargo el 80% de nosotros está bajo el nivel de pobreza; la vida se ha vuelto insegura, la delincuencia es ya un fenómeno de masas, el terrorismo está pronto a tener capacidad nuclear y química. El proyecto de futuro es defenderse de los peligros que la misma sociedad va generando. Una época en que los compañeros de viaje, aquellos que decían que vamos bien, han callado y sus rostros desencajados reflejan miedo y confusión.

Esos compañeros de viaje son las ideologías que ya no orientan la acción humana y las religiones que han enfermado de fanatismo. La ideología del dinero está aún en pie. ¿Te parece chocante que

hablemos del dinero como una ideología o como una fe? Creemos que puede darnos tranquilidad, salud, educación, cultura y diversión; creemos que decide gobiernos y destinos. Sin duda está en la raíz de buena parte de nuestras angustias y depresiones, porque suponemos que nada es posible sin él.

Vivimos en esta época, en este mundo, en este tiempo, compartimos este momento histórico y nos corresponde enfrentar la situación. La situación es de crisis general y nos afecta directa y personalmente.

Nada importante funciona, nada ofrece fundamento y lo que parece que funciona dejará de hacerlo. Nos aferramos a una ideología y ésta nos lleva a la violencia, nos aferramos a un credo y tenemos que justificar por qué una parte quiere destruir a la otra, nos aferramos a la familia, pero la familia también está en crisis; las tradiciones sirven de refugio nostálgico, pero no nos ayudan a la hora de la acción. Cuáles son las señales para no perdernos, cuál es ese terreno firme por donde podemos caminar, cuál es el bastón en que me puedo apoyar para subir la montaña. Son mis pies los que tiemblan o es la temblorosa tierra. Me afirmo de ese roble añoso que ha estado allí por centurias, pero al posar mi mano en él se viene abajo estruendosamente. Estamos en peligro y ten cuidado del árbol en que te apoyas porque puede convertirse en el monstruo que te devore.

Tampoco podemos añorar un pasado perdido, porque antes no vivíamos para nada en el mejor de los mundos y la injusticia; la violencia y la discriminación eran, como ahora, nuestros amos.

¿Cuál será el futuro?, ¿estamos a las puertas de la estampida de la especie, desbocada y sin control, destruyendo lo que halla a su paso, o ante una oportunidad maravillosa para encontrarnos con lo verdaderamente humano?

Esta desestabilización continuará como esos naipes en que al caer uno, éste empuja al siguiente y éste a su vez al siguiente. Dirás que después de la tormenta viene la calma. Esto es así aunque parezca que se viene el mundo abajo. Pero en algo nos tenemos que sujetar durante la tormenta y algo tendremos que hacer durante la calma.

No es posible frenar una crisis, como no es posible detener la fuerza del agua cuando se rompe una represa. La represa se rompió porque era ya pequeña para contener el río. Necesitamos nuevos materiales para construir y contener mucho más agua por mucho tiempo más. Ésta es la oportunidad de la crisis; no la elegimos, nos tocó estar parados en este tiempo; no la produjimos, se nos vino encima; no nos queda otra alternativa que encontrar esas nuevas verdades que nos den referencia y nos orienten hacia el sentido.

En busca del centro

Estaba en medio de una multitud. El murmullo era muy alto y había que hablar muy fuerte para que el vecino escuchara. Era imposible avanzar y en medio del gentío alguien tocaba una música celestial. La muchedumbre, excitada, empujaba cada vez más fuerte para llegar adonde estaba el músico. Me di cuenta de que jamás lo podría alcanzar y ese sonido maravilloso pronto se esfumaría. Llanto de desesperación nubló mis ojos. Entonces me detuve, cerré los ojos y agucé el oído. Al principio escuchaba sólo mi decepción. Cuando la decepción se aquietó, escuché el ruido de la gente que a empujones trataba de llegar al centro. Entre ese ruido de multitudes estaba el que buscaba. Agucé aún más el oído y aquieté la expectativa sin prestar atención al barullo. De pronto escuché un acorde. Cuando el eco de esa música de estrellas rozó mi oído, mi corazón se sobresaltó y su palpito apagó el sonido que apenas me alcanzaba. Al verme tan concentrado, mis vecinos cerraron sus ojos imitando mi actitud y un silencio se extendió alrededor. Las notas llegaban con más frecuencia y más claramente. El círculo de vecinos silenciosos también crecía y, en un momento, por un instante, una melodía que no sabía exactamente de dónde provenía nos llenó.

Si quiero encontrar el Sentido, la única hipótesis posible es que efectivamente existe. Existe un sentido, una fuente emanadora, un centro irradiador que está permanentemente emitiendo su señal y afectando lo humano. Encontrarlo significa reconocer que somos afectados por ese centro; que aún cuando nuestras motivaciones están impulsadas por nuestros ensueños y deseos, en el trasfondo está operando otra cosa.

No sé cuántas resistencias has experimentado con el párrafo anterior. Relájate para que lo desarrollemos un poco más.

Sartre, en *El existencialismo es un humanismo*, trata de desarrollar honestamente todas las consecuencias de que Dios no exista; de ese modo afirma la condición humana de hacerse libremente en la existencia. Lo que estamos hablando nos aleja de esta concepción y pone en cuestión que el hecho de que exista un sentido previo a la existencia anule la libertad humana. La vida es previa a la existencia, y al decidir si quiero vivir o dejar de hacerlo estoy afirmando la libertad humana. Un sentido puede ser previo a la existencia y en el aceptarlo o rechazarlo estoy afirmando también la libertad humana.

La razón siempre ha tratado de atrapar el sentido de la vida. Ha tratado de explicarlo, formularlo, generalizarlo y a menudo ha caído en un terrible sinsentido, a veces incluso en un sinsentido asesino. Tal vez esto sucede porque confundimos razón con intelecto, y llamamos “irracional” a cosas que debería contemplar el concepto de razón. De cualquier manera, una cierta humildad de la razón, un reconocimiento también de su fracaso, nos ayudaría en la actitud para nuestra búsqueda.

En general llamamos sentido a la motivación de nuestras acciones. Pero en algún momento, sea porque cumplimos nuestras aspiraciones, sea porque nos fue imposible cumplirlas, ese sentido que las impulsaba se agota. La hipótesis es que hay un sentido que no concluye con la realización de nuestras acciones, ni con la concreción de los proyectos que emprendemos. Ese sentido se trasluciría a lo largo de nuestra vida a pesar de que no seamos conscientes de ello. Un sentido que no se debilitaría con el transcurrir ni siquiera cuando termina la vida.

Si existiera tal cosa debiéramos notarla de alguna manera al ver desplegada nuestra biografía, o al ver desplegada la historia. Pero esa intuición no nos bastaría, deberíamos tener algún contacto directo con eso para aceptar su realidad.

La señal de esa fuente emanadora tendría que ser captada por nosotros; de lo contrario tampoco habría forma de que ese sentido influyera en nuestra acción. Si hay un sentido operando, de algún modo, la conciencia lo tiene que captar. Esa señal tiene que estar mezclada con todo el ruido de la misma conciencia, siendo muy difícil poder diferenciar la información que proviene del diario vivir de la que proviene de algo inmortal. A pesar del bullicio en el interior de la conciencia, la señal tendría que afectar a los sueños, a los ensueños y, a través de ellos, a la acción. También debería afectar a los “argumentos racionales” que justifican nuestros actos. Entre todo este “ruiderío” también estaría la señal que proviene del sentido y que no sabemos reconocer.

Mucho se ha estudiado en psicología sobre traumas, compulsiones, instintos que nos manejan, sin reparar suficientemente en que puede estar operando allí una fuerza trascendente que podría barrer de un plumazo con todos esos problemas que nos agobian. Es cierto que cuando estamos abrumados el ruido interno es tan enorme que la señal sutil del sentido es ahogada en ese torbellino. Pero qué importante sería equilibrarnos para escuchar esa música, y no para tararear obedientemente el estribillo de los comerciales. La sociedad hoy es inhumana y nos enloquece, una terapia que no contenga esa premisa es sólo una técnica de aprisionamiento.

Cómo aguzamos el oído, cómo afinamos la mirada, cómo calmamos la tormentosa conciencia para experimentar la presencia sutil de la enormidad...

Proyección del mundo interno

Cómo puedo buscar el sentido de la vida. ¿Con los ojos, los oídos, el olfato?, ¿tendrá olor el sentido de la vida? Cuando buscamos un objeto o realizamos una acción, lo hacemos con los sentidos y con nuestro cuerpo. Pero ¿cuál es el sentido para descubrir el sentido?

El mundo interior es un mundo lleno de imágenes, de laberintos, de sueños, de sensaciones. Los caminos para entrar en él son caminos escritos en lengua de poetas y sus puertas se abren con la llave de los que buscan la verdad en el fondo del corazón. El mundo exterior, ese que parece que entra por los sentidos, se mezcla y se confunde con las aspiraciones, las esperanzas y las pasiones del mundo interno.

Esta separación entre mundos externo e interno tiene una finalidad pedagógica, pero también es una concesión con la interpretación que hacemos de nuestra experiencia directa. El mundo interno tiñe totalmente el externo y además lo transforma buscando plasmarse en él. El mundo externo impone sus leyes y sus percepciones e incita a ese mundo interno a crecer y desarrollarse. Estos mundos son uno solo y no es posible observarlos en sí. Son muy pocas las ocasiones en que tenemos la experiencia de que no hay separación entre lo externo y lo interno, y es entonces cuando logramos acercarnos a la experiencia de lo real. Son los momentos extraordinarios. Pero no es lo habitual. Lo habitual es que deambulemos perdidos en el mundo externo, alucinados, creyendo que eso que percibimos es la realidad.

Nuestro modo ordinario de estar en el mundo, modo al que llamamos “vigilia”, no es consciente de la proyección que estamos realizando sobre el mundo externo. Lo sabemos como elaboración intelectual, pero no es trivial la comprensión de lo fundamental que es esta subjetividad.

Imagina una máquina capaz de reaccionar a estímulos externos de luz y calor. Imagina que esa máquina es como esas proyectoras de películas. Al lanzar las imágenes del film sobre la pantalla, la máquina comienza a reaccionar por las diferencias de luz y color que la misma película emite. La máquina reacciona por algo que ella misma provoca y sin embargo nunca lo sabe.

Así pasa con el estado de vigilia en la conciencia. Proyectamos los contenidos del mundo interno y luego reaccionamos como si fuéramos ajenos a ese drama. Por eso se suele hablar de la vigilia como un estado parecido al del sueño. En ambos proyectamos los contenidos del mundo interno. En un caso sobre una pantalla interna y en el otro sobre una pantalla más externa, y en ambos no tenemos conciencia de esa proyección. Tanto en sueño como en vigilia, a esa proyección la experimentamos como realidad.

El amor que se despierta en mí, sale de mí y viste a la persona amada. Es proyectado desde mí, pero lo percibo como si proviniera desde esa persona. El tiempo pasa, la persona se va y nos resentimos, porque se lo lleva con ella, nos roba el amor. ¿No se estremece nuestro romanticismo con el amante que muere al morir el amado?

El amor es algo muy grande, puede crecer, multiplicarse y está guardado en el mundo interno y humano. Como todo en ese mundo, busca salir fuera de él. Luego lo contemplo embelesado, pero me olvido de cuál fue el origen de esa belleza.

Así pasa con todo el mundo interno, lo bello y lo horrible, lo proyectamos y lo observamos maravillados o aterrados, sin reconocer su procedencia.

Así también pasa con el sentido. Se nos presenta proviniendo desde afuera. Si hay dioses están afuera; sin embargo esos dioses tienen su morada en lo más interno del ser humano y es allí donde podemos encontrarlos.

Ese sentido se va plasmando en el tiempo y en el espacio a través de lo humano. Al reconocerlo nos conmocionamos, pero lo habitual es estar olvidados de que estamos proyectando algo que llevamos dentro.

LA MIRADA INTERNA

Despertar. Conciencia de sí. Olvido de sí. Trascendencia. Mi guía interno. La fuerza

Despertar

Si fuera cierto que mundo interno y mundo externo no están separados y pudiéramos por un momento quitar el biombo de la conciencia y mirar aquello, lo que veríamos sería el Todo. Pero no nos es posible observar el Todo, porque la mirada siempre ve una partícula de ese todo. La mirada es un acto de conciencia que parte desde algún lugar de ésta. Se mira desde una perspectiva. No sólo se mira desde un punto de vista, se mira hacia algún lugar. La mirada tiene una dirección y también tiene una intención respecto a lo mirado. Las miradas de la conciencia permiten captar algo, un aspecto de la realidad.

A pesar de esto, creemos que nuestra visión es completa y total. Eso mismo nos pasa cuando soñamos. Los sueños los vivimos como si estuviéramos despiertos y del mismo modo ahora crees que estás despierto leyendo un libro; sin embargo todo está teñido por tus sueños y por tus contenidos y no tienes ninguna conciencia de ello.

Cuando la mirada interna está dormida, estamos completamente identificados con los estímulos y creemos que recibimos los estímulos puros, sin notar el filtro de la conciencia, sin notar que lo que estamos recibiendo es el reflejo de nuestra propia conciencia. La mirada interna está dormida durante el sueño y está dormida también durante la vigilia ordinaria. En ambos estados la conciencia se proyecta y recibe de vuelta esas imágenes proyectadas; en el caso del sueño, mezcladas con estímulos provenientes principalmente del intracuerpo y en el caso de la vigilia, con estímulos provenientes también de afuera del cuerpo.

En todos los estados ordinarios de conciencia experimentamos sentido. Por lo general todo lo hacemos creyendo que tiene sentido. Me involucro en los dramas que se me presentan y, al igual que en un sueño, desconozco todos los contenidos internos que se están proyectando en esa situación.

No habría necesidad de despertar de este modo alucinado de vida si no fuera por algunas experiencias que se presentan de improviso y nos remecen. Es como si nos tiraran un balde de agua fría. Son los momentos en que aquello que ensoñamos y creemos choca con los acontecimientos externos y se produce una separación entre el mundo subjetivo proyectado y el acontecimiento externo. Son los momentos que hemos llamado de “fracaso”. Es el fracaso de un modo de ver o de interpretar

que súbitamente deja de servir y los acontecimientos no logran ser integrados en el flujo de la conciencia. Si bien esto nos hace sufrir, es también gracias a esta experiencia que podemos evolucionar. Estas experiencias nos sacan de lo cotidiano, irrumpen en la vigilia adormecida en la que solemos estar, nos zamarrea, despertando en nosotros la mirada interna.

Esta mirada interna es con la que en realidad me estás leyendo, ya que si no estuviera presente de seguro te hubieras aburrido hace rato. Es con la que estás mirándote a ti mismo y vas cotejando esto que vamos dialogando.

Es una mirada muy tranquila, muy verdadera que nos acerca a la interioridad y poco a poco nos llevará al centro, al sentido, a nosotros mismos.

No es la mirada que critica ni la que admira ni la que impone, es la que observa, la que observa sin juicio, y que con cada juicio se duerme.

No es la mirada que fuerza, es la que reconoce el forzamiento.

No es la mirada que disipa la divagación, es la que ve que no la puede evitar.

No es la mirada que me libera del ensueño, es la que observa cómo me muevo en él.

No es la mirada que llena, es la que observa el vacío.

No es la mirada que suelta, es la que observa el aprisionamiento y el egoísmo.

No es la mirada de la culpa, es la del arrepentimiento.

Es la mirada con la que habla mi guía, es la que viaja por el mundo interno.

Estamos volcados hacia el exterior. Nuestra identificación con los sentidos y el cuerpo es tal, que estamos confundidos con las cosas y el mundo. Cuando no obtengo la cosa que quiero, sigo aferrado a ella mascullando la forma de obtenerla. Estoy adherido al mundo de las cosas, pegado a él, sea que obtenga mis apetencias o no las obtenga.

El fracaso es una experiencia profunda que despierta a la mirada interna y ésta toma conciencia de la existencia y del yo en el mundo.

Conciencia de sí

En este despertar de la mirada noto un funcionamiento distinto en que comienzo a reconocer muchas cosas que tomaba por “real”, entendiendo real como externidad, como proyecciones del mundo interno. Hasta aquí hemos hablado de ensueños o tendencias e incluso compulsiones que proviniendo de adentro eran percibidas como llegadas de afuera. Pero qué pasa con la fe, con el amor, con los dioses,

con lo sublime, con la bondad y con todas las virtudes humanas. También a ellas las percibo afuera y esto es parte del modo ilusorio del mirar. Así como el paisaje puede estar cargado con nuestra compulsión, así también pudiera estarlo con nuestra virtud. Esa virtud que observo es también algo interno que se ha proyectado y me parece que me viniera desde fuera.

*Si te vas amor,
nunca te vas porque siempre estás,
nunca te quedas porque siempre vas,
amor que reposa en lo amado,
bondad que desvanece el abismo,
alegría de todos que inunda
tu fuerza que también es la mía.*

La mirada interna es la mirada humana, desde dentro. Observa la danza del mundo y lo humano, mirado desde lo humano.

Cuando la mirada interna despierta, lo humano toma conciencia de sí, de lo que es en el mundo y de lo que el mundo es en él.

Puedo espantarme por los fantasmas que observo, pero esos fantasmas son sólo guardianes a los que hay que tranquilizar para poder llegar a la realidad. Son los cucos de los niños; cuando nos acostumbremos a ellos pierden su poder y la noche cambia su signo y allí está para permitirnos reconocer el amanecer.

Aquí damos con la mirada para mirar el sentido, la historia y lo humano. Algunas veces se enneguecerá por la misma presencia del ser, del sí mismo, del que es.

*La crueldad puede existir, pero la compasión no morirá jamás.
La maldad afeará el paisaje, pero la bondad lo volverá a pintar hasta la eternidad.
El cuerpo morirá, pero el ser encandilará tus ojos por siempre.*

El sentido no se encuentra en las cosas y no es algo que las cosas puedan transmitirme. Por el contrario, viene desde adentro, tiñe el mundo y luego percibo las cosas teñidas que me llenan. Esto no lo puedo saber mientras duermo y tampoco cuando estoy en vigilia. Pero cuando despierta la mirada interna ésta lo puede observar y reconocer.

Este acto de conciencia, esta mirada se despierta en el fracaso, pero también puede ocurrir que una experiencia extraordinaria la despierte. Éstas aparecen de pronto, sin pedirlo, sin quererlo, sin que yo

esté haciendo algo especial. Son totalizadoras, brota una alegría que viene de adentro, o una comunión con todo y con todos. Si uno toma contacto con algo verdaderamente importante, eso puede cambiar la vida porque luego me dedicaré a encontrarme de nuevo con eso. Es tal la distancia de esas experiencias con lo habitual que es muy difícil de asimilar. Con el tiempo esas experiencias van quedando guardadas en el mismo plano en que guardamos los sueños.

Olvido de sí

¿Cómo podríamos despertar la mirada sin esperar a que los acontecimientos nos pongan en situación de fracaso o sin esperar que nos ocurra una experiencia extraordinaria?

Un simple truco para despertar la mirada interna es el recuerdo de que existo. Mientras leo, me doy cuenta de que estoy leyendo, tomo conciencia de mí mientras leo. En pocos segundos se ampliará la conciencia, te darás cuenta de las imágenes que pasan por la cabeza. Existes, mantienes el recuerdo de ti mismo, luego lo pierdes, pero rápidamente reconoces que olvidaste que existes.

Este recordar que existo tiene el problema que me pone en presencia de mis temores.

Para olvidar mis temores olvidaré también que existo y me embotaré de algún modo impidiendo el recuerdo de mí mismo. Huiré de mí mismo, escaparé saliéndome de mí, alejándome o enajenándome, identificándome con lo ajeno. La mirada estará cada vez más afuera, coincidirá con los sentidos y me identificaré con las cosas, estaré ido en ellas. Pero la mirada se externalizará aún más hasta experimentar que soy mirado desde fuera, juzgado por otro, por un conjunto o por algo más abstracto, como un dios o una moral.

Al observar al yo en el mundo me encuentro con un yo al que no estamos habituados. Nos gustaría ver a Superman en uno, pero nos topamos con Clark Kent. Creemos ser doctor Jekyll y vemos a Mister Hyde. Voy en busca de mi oveja y me encuentro con mi lobo, como dice un poema de mi hijo que leí hace poco. Al no aparecer lo que quieres ver, lo fuerzas, y en ese forzamiento la mirada interna se oculta.

Al despertar la mirada interna y observar desde ella, nos topamos con los límites del yo. Este yo fantástico resulta que no es la representación exacta de lo que quiero ser y no tiene un tiempo infinito

para lograrlo. Entonces la mirada que observa eso no lo resiste y se fuga, se fusiona nuevamente con el yo y se externaliza. Ya no observo al yo, sino que observo el mundo desde el yo.

Si voy por la calle y de pronto veo algo que me desagrade mi primera reacción es quitar la vista. Es el juego del avestruz que al ocultar la cabeza bajo tierra, pretende que desaparezca lo peligroso. Así, nuestra joven mirada interna tenderá a ocultarse cada vez que la despertemos.

Si he logrado que me sigas, te darás cuenta de que por un instante, al menos durante un momento, el yo no ocupó toda la conciencia, ya que había algo que lo miraba. Eso es muy interesante. ¿Quién lo miraba? Si hay algo que mira al yo significa que no todo en la conciencia es yo. Esa intuición que tiene el yo de no serlo todo y que se muere, puede ser cierto; pero ¿qué es esa mirada que tiene más profundidad y que mira al yo? Parece que no soy sólo yo. Aquí convivimos yo y algo más.

Para poder fortalecer esa mirada interna tendré que aceptar que “yo” tengo muchos límites y que “yo” depende del cuerpo y se muere junto con él. Pero con todos sus defectos, “yo” me ha acompañado en este mundo, es con él y gracias a él que he realizado la vida humana, que es gracias al yo que puedo realizar el sentido en el mundo. Es un buen compañero y no tiene ninguna culpa por no ser la compensación a mis deseos. También deberé conformarme con su extinción, puesto que se desvanecerá con la muerte. Pero lo que no está claro es que yo sea sólo yo. Efectivamente, esa mirada interna que mira al yo puede estar mostrándome otra parte del ser que es más esencial que el yo y emerge desde otra profundidad y que anuncia otra realidad trascendente.

Trascendencia

*No somos el dolor del cuerpo,
el cuerpo pasa
no somos el placer del cuerpo,
el cuerpo pasa*

*Algo grande y sutil, vive,
une,
contiene.*

*La piedra existe y no sabe que existe.
La vida existe y no sabe que existe
La conciencia existe y olvida que existe.*

*En el silencio de la mente
en el fondo del corazón,
más allá del fondo
algo grande y sutil, es siempre*

Que esté olvidado de mí no significa que no exista. Existo pero sin conciencia de que existo. Cuando la muerte se me presenta con toda su crudeza se despierta la mirada interna y tomo conciencia de la existencia. Me resistiré a la evidencia y trataré de fugarme, sin embargo la inevitabilidad de la muerte me despierta y recuerdo que existo.

Existo, pero ¿quién existe? Yo existo. Yo adherido al mundo, a las cosas, a los días, a las noches, a las horas. Pero yo dejaré de existir. Si el que existe es sólo el yo, la existencia se agota con la muerte. Pero esto puede no ser así. Cuando la mirada interna despierta y observa al yo, ¿quién es el que observa? Ese observante no es el yo, puesto que lo observa. ¿Será el yo lo que existe, o será otro ser el que existe y se manifiesta a través del yo? Cuando la muerte alcance el yo, ¿alcanzará también a ese otro ser?

Tengo conciencia del yo, ésa es la conciencia cotidiana que tengo, pero no tengo conciencia de ese otro ser. Lo que soy ¿es el yo? o es ese otro ser que se manifiesta a través del yo.

Si hay otro ser que es el que verdaderamente existe, éste debiera trascender al yo y por tanto la muerte. Si hay otro ser que es el que verdaderamente existe, el recuerdo de que existo me acercará a tomar conciencia de ese ser.

Si hay otro ser que es el que verdaderamente existe, el yo es el vehículo o el asiento de ese ser para manifestarse en el mundo. El sentido del yo, entonces, es servir de soporte al ser en el mundo.

Si hay otro ser que verdaderamente existe ¿cuál es su sentido?

¿Será posible tomar conciencia de ese ser?

Mi guía interno

Cuando la tormenta sacude a mi nave y las olas la llevan a la deriva en la oscura noche, llamo a mi guía. Con la suavidad del sol se acerca y una fuerza enorme sujeta el timón en dirección a la costa, y no hay viento ni olas que desvíen su tenacidad.

Mi guía, bondadoso como el sol, entrega luz, calor y vida a todos por igual.

Cuando te ve alegre brilla de alegría, cuando te ve triste brilla para darte su luz.

Antes y después estaba el sol, mi sabio guía ha vivido todo, su consejo es el consejo de la experiencia.

Guía que eres la luz de mi vida, quiero sentir tu presencia mientras escribo y la sienta también quien me acompañe en estas líneas.

-¿Qué mira la mirada interna?

-Tu mirada interna, mira lo que se ve; mira tu ocaso y tu amanecer, mira el sentido pero también el vacío, mira tu esperanza pero también tu naufragio. Mirada verdadera, que mira como mira tu guía, como mira el sol, sin castigo y sin premio. Luz que anuncia la presencia del sol, origen de la mirada.

-¿Cómo despierto a la mirada interna?

-Sigue el Camino. Pregúntate “quién soy” y pregúntate “adónde voy”. Cada vez que quieras conectar con la mirada interna, recuerda quién eres.

Eres tu cuerpo. ¿Eres tu cuerpo?, ¿eres lo que sientes o lo que piensas? Eres lo que crees. ¿Eres lo que crees o lo que imaginas? Eres la energía. ¿Eres la energía de tu cuerpo, de tu pensamiento, de tu sentimiento, de tu acción?

¿Quién eres?

Cada vez que quieras conectar con la mirada interna recuerda adónde vas.

A tu trabajo. ¿Es ese tu sentido último, será tu trabajo, será tu familia?

Al placer. ¿Será ése tu sentido, el placer del cuerpo?

A la muerte. ¿Termina todo o algo sigue más allá?

Al otro ¿estará en el otro el sentido que buscas?

¿Adónde vas?

Mirada interna para ver de un modo nuevo, mirada verdadera para caminar por el sentido, mirada humana para comunicarnos.

Así habla mi guía para mí y para ti.

-Y dime, guía, ¿tú quién eres?

-Una representación, traduzco algo muy importante para que llegue a tu conciencia, soy una representación de soy.

-Y dime, guía, ¿quiénes son los otros?

-Los rayos del sol. A veces sus cuerpos dejan pasar su luz y la vida se ilumina, a veces sus cuerpos no la dejan pasar y la vida se ensombrece. A veces su yo deja traslucir el sol y a veces la nube del yo lo cubre completamente.

-¿Y es posible comunicarse?

-Las nubes dejan pasar el sol, por momentos el cielo se despeja.

-Guía ha sido muy buena tu compañía, te doy las gracias por hacerme llegar la brisa de otro mundo.

La fuerza

Recorro mentalmente mi cuerpo. Una energía circula alrededor. Siento una suave vibración en alguna parte. Son mis piernas y mis manos. Ahora noto mi respiración, se agita, el corazón también se agita. Sé lector que estás conmigo, me sigues con tus ojos y una incertidumbre te recorre, no sabes bien adónde te estoy llevando.

Ahora siento la presencia de una energía que está alrededor. Interrumpo mi escritura y llevo mi mano al centro del pecho. Siento mi corazón, mi presencia y esa energía cada vez más fuertemente. Tú, ahora, pon una mano al centro de tu pecho y siente la fuerza en ti. Esa fuerza es la que da energía a tu cuerpo y mente.

Esa es la Fuerza que anima al cuerpo, esa fuerza es verdaderamente la vida. Es la energía con la que siente el corazón y con la que piensa la mente. Es esta fuerza la dadora de vida a lo inerte. Cuando el cuerpo muere lo que pasa con esa fuerza es toda una discusión. Pero no es porque existe el cuerpo que aparece la fuerza vital, es porque existe la fuerza vital que la materia se anima.

La presencia de esa Fuerza la comprobamos en nosotros mismos y tal vez la reconozcamos durante la lectura de algunos capítulos del escrito.

La naturaleza de esta energía no es tan fácil de determinar. No es energía mecánica, química o eléctrica. Ni siquiera atómica, ni térmica. Hablamos de energía vital, pero no estoy seguro de que sea tan exacto. Cierro los ojos e imagino una jugosa manzana verde: ¿qué tipo de energía es la que utilizo en la imagen representada o, antes de eso, con qué energía se genera el acto de conciencia?

Para despertar la mirada interna necesitamos obtener energía. Necesitamos de esta Fuerza que circula en nosotros, pero no sabemos como usar esa energía. Podemos pensar, sentir y actuar, sin embargo no controlamos la fuerza que mueve aquello. La energía tiende a tomar la huella que ya tiene, se desplaza por sus canales habituales. Después de reponerme del sueño, en vigilia, la mirada se

identifica con el yo y desde allí, desde el yo miro el mundo. Eso es lo natural. Pero, ahora, desde la vigilia quiero despertar nuevamente e internalizar la mirada para mirar al yo y el mundo. Necesitaré un plus de energía que me lo permita.

La mirada interna no es una mirada natural, se despierta en momentos muy particulares que hemos llamado de fracaso. Pero podemos despertarla si queremos, al hacer el esfuerzo de mirar el mundo y al yo desde la interioridad.

¿Para qué pudiéramos querer hacer este esfuerzo? Para conocernos nosotros mismos. Para conocer lo más importante que se puede conocer, el fundamento de lo humano, lo esencial, el sí mismo, aquello que es lo que es.

Conocerse a sí mismo no es conocer nuestra externalidad, es conocer lo constitutivo, lo que no deviene, como diría Platón; lo que no muere, como diría Buda.

La importancia de superar el sufrimiento y la contradicción es para que éstos no interrumpan el verdadero conocimiento, el conocimiento del sí mismo.

Para poder llegar a ese sí mismo, al fundamento de lo humano, experimentar aquello que da sentido y orienta a las acciones a transformar la realidad, necesitamos despertar la mirada interna. Ella es la que nos permite llegar al centro de uno mismo.

Esta mirada se encuentra confundida con las cosas del mundo externo. La mirada se pierde en los sentidos y nos pareciera que la realidad es la que llega a través de ellos.

Para poder despertarla y llegar al centro de nosotros mismos necesitamos aumentar la energía con la que habitualmente operamos en el mundo.

La Fuerza es la energía que “anima”, que le da vida al cuerpo. La fuerza es realmente la vida, es lo que está vivo. El conocimiento de esta energía no es pura sensualidad. No se trata de registros “ricos”; la fuerza no es una experiencia sensual, sus indicadores se registran como amplitud y luminosidad. También como la voz interna del guía que aconseja, consuela y orienta.

La Fuerza puede quedar atrapada, diluirse o dirigirse. La energía de la fuerza puede ayudarnos a alcanzar un nuevo estado de conciencia, a despertar la mirada interna.

La energía se disipa por el sufrimiento y la contradicción. No es el exceso de actividad lo que nos agota, es la acción contradictoria lo que nos debilita. Existen acciones que aumentan mi energía, son acciones muy especiales que cuando las realizo quedo con carga, quisiera volver a repetirlas y me producen un sentimiento de alegría y paz. Otras preferiría no haberlas hecho, me producen sufrimiento y me desgastan.

Existen procedimientos para tomar contacto con la Fuerza. Muchas culturas en distintas épocas han propuesto procedimientos a través de danzas, a través de sonidos, de cantos, a través de drogas, a través de oraciones, para tomar contacto con ella. Silo mostró un procedimiento en su mensaje que no requiere de humos ni sustancias y permite un acercamiento paulatino a la Fuerza y a la experiencia de Sentido.

LA CAÍDA

Muerte y soledad. Degradación. Éxito. La culpa

Muerte y soledad

¿Hay algo más penoso que perder el sentido cuando se lo ha rozado?

¿Por qué cuando la luz atraviesa nuestros ojos queremos atraparla y no dejarla escapar?

El sentido vive dentro nuestro; ilumina la vida, al igual que el sol alumbra el día. No es la noche la que oculta el sol, éste se esconde para que podamos conocer la noche.

La frágil llama de una vela puede extinguirse, se consume lentamente, el soplo de un murmullo puede apagarla, ¿durará acaso hasta el amanecer?, ¿habrá amanecer? Los rayos del sol encienden la tierra y yo, atemorizado aún por las tinieblas, sigo mirando el día con la luz de la candela. ¡Ay de mí protegido por la lumbre de un farol, cuando es el fuego del mismo sol el que me envuelve!

Viajo por las horas acompañado de dos señoras espantosas. La tenebrosa noche se va acercando apenas comienza el día. Con ella se acercan las doñas que trato de alejar con la tiritona flama de la vela. A la muerte y la soledad las llevo a mis espaldas y adelante; la vela siempre encendida, para ocultar el miedo, simula una larga jornada sin noches, pero también sin días.

Cuando el sentido se presenta, el sol te da de pleno, el día es el día, la noche es la noche, y las doñas se han desvanecido como hologramas traspasados por una fuerte luz.

Cuando el sentido se esconde, la muerte y la soledad, una a cada lado, vienen conmigo adonde quiera que vaya. Los tres cabalgamos por el tiempo. Cuando voy a la izquierda, ellas doblan conmigo; cuando giro, giran; freno o acelero, frenan y aceleran con mis mismos gestos. No me gustan, pero me acompañan, quiero evitarlo y me siguen como sombras. De pronto amanece, miro a mis compañeras y ya no están, desvanecidas por la intensa luz del día. Miro mi sombra y tampoco está ¿seré yo también un holograma? Yo, Muerte, Soledad viajamos juntos; cuando amanece, el sentido las desvanece. En el ocaso, la contraluz las ennegrece, la noche se acerca ocultando el sentido y vemos a los tres jinetes galopar. En la oscuridad total tampoco puedo ver al Yo, pero el sonido hueco de los cascos de la Muerte y la Soledad golpeando el vacío, retumba en mis oídos.

Muerte que me abrazas y me besas

que me encrispas y me hielas,

escapo de ti sin escapar.

Muerte y yo,

imán de polo opuesto.

yo sin ti soy sólo yo

yo y tú

ya no soy yo.

sólo yo, soledad y muerte

sólo tú, muerte y soledad

tú y yo

hilo invisible de vida

lazo inmaterial de más allá de la vida

tú y yo, ya no somos yo.

Degradación

Mientras más el yo se afirme como yo, más fuerte pisarán también sus compañeras.

El ser y el sentido se traslucen a través del yo y el yo cree ser el ser y el sentido.

¿Pero cómo se logra que un holograma se crea la luz?

Esta necesidad del yo por apoderarse del todo no es un error ni un problema personal; es el modo de funcionamiento de un estado de la conciencia. Esta súper imagen que llamamos yo se diluirá con la muerte, es decir, efectivamente desaparecerá. Así que el temor a morir tiene asidero. El yo es mortal y si fuéramos sólo “yo”, hasta aquí no más llegamos. Este yo traduce instintos básicos de supervivencia y no está dispuesto a licuarse en la nada. Ésa es justamente su gracia y para eso existe, para sujetar, para permanecer, para dar la ilusión de que el tiempo no se acaba. El yo se aferrará a la vida temiendo a la muerte, su muerte.

Pero ese “yo” no está vivo, es una imagen de la conciencia, por tanto su desaparición tampoco es muerte. El yo cree que está vivo y cree que va a morir, sin embargo no está vivo y por tanto no puede morir. El material del yo es el mismo que el de los sueños, y como las fantasías no son algo vivo, no decimos “murió el sueño de anoche”, sino que “desperté del sueño de anoche” .

Si no es el yo lo que está vivo ¿quién lo está?, ¿quién es el que observa al yo?

Ahora me encuentro contigo. Por un momento nuestros yos se cruzan y se funden. En el instante de fusión, mi yo es un “yotú”. Es un momento de comunicación. Pero súbitamente el yo se recupera de este aturdimiento, busca referencias y las encuentra en la diferenciación contigo; mi yo comienza a separarse de ti y para hacerlo te degrada y en la medida en que la degradación crece, la soledad me irá envolviendo.

Cada intento por acercarme a ti, cada intento de comunicación, es un intento que diluye al yo y éste se resistirá y pondrá de manifiesto su existir, su importancia, su afirmación en este mundo. Para afirmarse frente al otro, para no diluirse en la experiencia de comunicación, degradará, disminuirá el valor del otro resaltándome a los ojos de mi propio yo.

El egoísmo o el yoísmo es la desesperación del yo ante su muerte.

La degradación cierra el paso al sentido que busca expresarse en el mundo. La expresión de lo esencial trasciende al yo, ya que la obra humana se realiza junto a otros y gracias a otros. Aunque trate de apropiarme de la obra (degradándola por tanto), la tarea tiene su origen en el sentido y es trasladada al mundo por lo humano. El reconocimiento de esto lo puedo lograr a través del contacto con otros. Son los otros los que me permitirán permanecer en el intento de trasladar el sentido al mundo. Es en el reconocimiento del otro, del aporte del otro, del significado que el sentido está expresando a través de otro, que continuaré en el intento.

En cada encuentro con el sentido -y la experiencia de comunicación lo es- desaparece el registro de yo. Es muy hermoso pero también desconocido, inhabitual; asusta, creo morir (efectivamente el morir del yo), y el yo pataleará para asirse a la existencia y degradará la vivencia del no-yo.

El sentido se abre paso entre las redes del yo que tratan de atraparlo. Pese a todo el ser se trasluce y se cuelga en el mundo. Este esfuerzo del ser por plasmarse, este intento humano de moldear al ser en el mundo, es lo que el yo desconoce como propio y lo degrada para poseerlo. La degradación resulta al reducir la enormidad para abarcarla con la pequeñez de la mirada. Es estirar el ego para que quepa en él lo esplendoroso. Comparo, compito y disminuyo al otro para que su grandeza sea contenida en mi recipiente.

La degradación rápidamente logra su cometido, pronto todo será insignificante y nada tendrá sentido. Se inicia con una inocente broma y termina distorsionando toda la situación, resaltando lo superfluo y minimizando lo prioritario. Es como abrir un pequeño surco al costado de un arroyo que la misma agua va ensanchando, haciéndolo cada vez más grande, hasta desviar todo el caudal.

Me detengo ante el abismo de la degradación y miro la cima de la montaña. Conmigo viene el incansable ímpetu humano que a través mío y a través tuyo vuela más allá de nosotros. No importa qué resistencias encuentre, no importa cuántas murallas deba atravesar, no habrá roca ni mar que interrumpan su paso. Eso que viene de antiguo se agita dentro nuestro, se liberará de toda prisión. Si se cae se levantará. Una y otra vez, intento tras intento, saltará sobre las sombras. Un esfuerzo, otro esfuerzo y otro más. Frágil fuerza de tiempo inmemorial, eres lo que está vivo. Traes contigo el sentido y los significados y juntos los dibujamos en todos los momentos. Lo monstruoso no hace más que resaltar, ser humano, y te canto, y te enaltezco. Alejo de mí la neblina de la degradación para admirar tu impulso constante, tus intensos colores, el brillo brillante que traes de otros mundos.

El intento de la conciencia para reconocer el sentido es un camino valiente en que se desposee algunas de las apropiaciones del yo. Se entrega la gloria a un conjunto, se descubre la magnitud de la ignorancia y se acepta que lo que nos sostiene es la fe. En este intento en que el yo se desestabiliza comienza una cantaleta interna que reconsidera la situación. Los aciertos son personales, los errores son de los otros, los aciertos de los otros se deben a factores de azar o cualquier otro que nos ayude a aminorar la cualidad del éxito ajeno. Lo mío, lo que yo hice, se magnifica y lo de los otros se degrada. La degradación es una reacción del yo frente a su temor a desaparecer.

Creo que este es un punto de caída muy habitual para la conciencia. Pocas veces se logra trascender la individualidad y reconocernos como parte de algo en que todos somos parte, que eso nos hace exactamente iguales y que gracias al esfuerzo de las partes la obra tiene consistencia en el hoy.

Saltar por sobre la degradación es reconocer al otro. Reconocerlo más allá de su yo, reconocer su empuje, su existencia, su ser parte de la existencia. Intuir el sentido abriéndose paso por medio de sus ensueños, presentir la maravilla que vive dentro del otro. Cómo se hace esto, no lo sé bien, no es algo intelectual. Aprendo a mirar el inagotable esfuerzo de lo humano para llenar de significado el mundo, aprendo a admirar el intento permanente de traducir el sentido, de humanizar la tierra.

Éxito

Después de numerosas frustraciones, vuelvo a proponerme las tareas y objetivos que me parecen importantes. Esta vez busco la mejor actitud, el más noble sentimiento para llevarlos adelante, la paz

interna para realizar las acciones sin importar su resultado y sin quedar prisionero de la meta que persigo. La mirada se emplaza en un centro interno y desde allí observa. Inicio la tarea propuesta.

Al poco andar descubro que todo resulta según lo planeado. Sin embargo una pequeña ansiedad que confundo con alegría aparece casi sin que me dé cuenta. Pronto mi acción es reconocida por los otros y la ansiedad crece un poco más. El tiempo pasa y mis objetivos han cambiado totalmente. Ahora lo importante es la meta y no cada paso; la mirada de los demás sobre lo que hago toma un valor desproporcionado; el sentido del proyecto se desvía y consiste en atraer la atención de los demás sobre él. Pasa más tiempo y las personas que me acompañan se vuelven instrumentos para realizar mis fines; la ansiedad aumenta, una violencia emerge cada vez con más frecuencia. Ahora he olvidado completamente cuál era mi proyecto, qué buscaba encontrar a través de la obra que realizaba, sólo persigo el éxito y éste me domina.

El éxito es como esas golosinas envasadas que pruebas una vez y después no puedes parar de comerlas. Nos pone ansiosos y empezamos a hacer las cosas sólo para conseguir más y más. Los motivos originales que impulsaban la acción se nos olvidan y sólo lo que produce éxito nos orienta. Una aceleración anfetamínica circula por nuestra sangre y cuando vamos a toda velocidad nos estrellamos.

Muchos años atrás visité a Silo con mi pareja, que había sido recién electa diputada. La conversación derivó hacia la explicación sobre un virus que se contagia en las situaciones de éxito y poder, el “virus de altura”. Al atacar produce un trastorno de memoria en que el enfermo olvida toda la ayuda que recibió para alcanzar la posición en que se encuentra. Sólo recuerda sus cualidades personales, que serían las que lo habrían llevado a la cima. Para colmo de males, cuando la enfermedad avanza, el exitoso no sólo olvida a las personas que lo ayudaron sino que comienza a maltratarlas. Soportar las críticas por duras que sean, decía Silo, lo hace cualquiera; pero el que es capaz de soportar los aplausos encuentra la grandeza. Luego nos contaba del esclavo que ponían corriendo al lado de Julio César cuando volvía victorioso de sus batallas, susurrando a su oído “recuerda que eres mortal”.

Las pruebas más fuertes de nuestros proyectos comienzan cuando adquirimos prestigio. Es habitual que cuando se triunfa, los motivos originales del proyecto, aquello que le daba sentido, es olvidado; el primario ya no es la realización en el mundo, sino saciarse con el reconocimiento de los demás.

Cuando el sentido se hace imagen y ésta se traduce en proyecto, toda nuestra acción está cargada de significado. Es el ser que se proyecta en lo que realizamos. En ese momento el centro está en lo interno y se traslada hacia fuera proyectando significado. Cuando llega el éxito y nos perdemos en él, el centro

está en lo externo, en la aprobación o rechazo de los otros. El significado ya no es trasladado desde adentro, sino que es recibido desde afuera a través de una mirada externa. No podré recuperarlo hasta que una crisis me haga reflexionar sobre lo hecho y pueda retomar los motivos originales de la acción.

¿Cómo poder mantener el centro cuando el éxito nubla nuestro quehacer?

Juan Chambeaux, en su *Virus de altura*, propone una suerte de antídoto para este mal, como el sentido del humor y el trabajo en equipo. Pero debemos reconocer que no es nada sencillo, no tenemos una vacuna para esto. Pienso que el mejor modo de generar los anticuerpos es no temer el contagio. Seguro que cuando salgamos de la borrachera del éxito sentiremos la resaca, pero no es peor que eso, y habremos aprendido lo suficiente para cuidarnos la próxima vez.

El punto es poder permanecer en la dirección que llevamos, nos aplaudan o nos abucheen. Es permitir al sentido expresarse sin desviarse por el reconocimiento o la crítica.

Puede ser que sean temas pendientes del yo, antiguos resentimientos y revanchas, los que lo deslumbran y atrapan en el momento del éxito. Pero el ser que habita detrás del yo nada tiene que ver con ello y su sentido es tan fuerte que puede sobrepasar las pequeñeces.

Quiera mi guía que cuando llegue ese momento y esté desplegando en plenitud el sentido en el mundo, me acompañe para aceptar con paz interior la situación que me toque vivir.

La culpa

La culpa es un nudo de sufrimiento que ha atrapado al ser humano desde épocas inmemoriales. Algo pareciera que hicimos mal en tiempos primigenios y esperamos que nuestro sentimiento de culpa nos redima generación tras generación. La culpa está asociada al castigo y suponemos que el castigo puede ser liberador.

Culpa y castigo se realimentan no pudiendo saciarse el uno con el otro. En *Crimen y castigo*, Dostoievski relata que Rodia Raskolnikoff asesina a una anciana para demostrar que un ser superior puede realizar cualquier acto sin remordimientos. Todo le sale bien hasta que su brillante intelecto deja el paso a sus sentimientos y toma contacto con el sufrimiento. Entonces Rodia acepta su castigo y a través del amor y la compasión tratará de redimir su culpa.

Recuerdo estar jugando con unas nanas en mi casa, cuando tenía unos 10 años. “Los judíos mataron a Cristo”, me decían. Yo sabía quién era Cristo porque en el colegio se iniciaban las clases muchas

veces con un “padre nuestro que estás en los cielos”, mientras yo rezaba el “shema israel” que me enseñara mi familia. Que Cristo fuera crucificado también lo sabía, pero que los judíos hayan sido responsables de esa ejecución era más difícil de tragar. Si eso era cierto y yo era judío ¿qué responsabilidad me cabría?

Ya saliendo de la infancia, una dictadura militar se tomó el poder por la fuerza en mi país. Mientras esa dictadura cometía actos atroces contra las personas, había un dilema que no podía resolver: ¿qué responsabilidad tienen los partidarios de ese régimen que cierran los ojos al reclamo de los que sufren y se duelen?

Más adelante, cuando a mi lado muere mi pareja, ¿qué responsabilidad me cabe?

Quizás donde mejor esté graficado el sentimiento de culpa es en el mito bíblico de Abraham. No le basta a Abraham decir: mataré a mi hijo amado porque Dios me lo pide y por tanto el acto quedará justificado. Abraham sabe que el acto no quedará justificado y que Dios lo está condenando a la culpa eterna.

Soren Kierkegaard relata en *Temor y temblor* que lo único que verdaderamente le interesaba en la vida era comprender qué pasaba en la cabeza de Abraham los tres días que viajó hacia el monte Moriah, donde Dios le pidió sacrificar a su amado hijo Isaac. Kierkegaard va desarrollando los argumentos para dilucidar si Abraham fue efectivamente el modelo de la fe o se trataba más bien de un asesino potencial. Dios detuvo el brazo que sostenía el cuchillo del sacrificio antes que atravesara el corazón de Isaac, pero después de esta experiencia Abraham no volvió a reír y la culpa ocupó su corazón.

Copio desde *Mitos raíces universales*¹ de Silo, el relato que allí hace de este mito que nos acompañará para dilucidar este nudo de sufrimiento.

Muchas generaciones pasaron desde los primeros padres hasta el Diluvio. Después de éste, cuando Jehová tendió en el cielo el arco iris para sellar su pacto con los hombres, siguió reproduciéndose toda simiente. Y así, en Ur de Caldea, Taré tomó a su hijo Abram y a Sarai su nuera y los llevó a las tierras de Canaán. Luego, Abram y Sarai fueron a Egipto. Tiempo después regresaron hacia Hebrón. El ganado y los bienes de Abram habían crecido pero su corazón fue tomado por la tristeza porque a su edad no había logrado descendencia.

Abram era ya viejo cuando hizo concebir a su servidora Agar. Pero Agar y Sarai se enemistaron. Por ello Agar salió al desierto y llevó con ella su aflicción. Entonces, un

¹ *Obras completas*, Vol. I, México, Plaza y Valdés, 2002.

ángel se presentó y le dijo: «Has concebido y al dar a luz llamarás a tu hijo Ismael porque Jehová ha oído tus ruegos. Ismael, por tanto, querrá decir 'Dios oye' y su descendencia será numerosa y los pueblos de él habitarán los desiertos, no adorando a Dios por lo que el ojo ve, sino por lo que escucha el oído. Así, rogarán a Dios y Dios los oirá». Mucho después Sarai concibió siendo anciana, pero sus descendientes y los de Agar mantuvieron la disputa que comenzó entre sus madres, aunque Abram fue padre de todos y a todos quiso como a hijos suyos.

En su momento, Dios dijo: «En adelante no te llamarás Abram sino Abraham, porque serás padre de una multitud y Sarai será nombrada como Sara, como princesa de naciones. En cuanto al hijo tuyo y de Sara, lo llamarás Isaac».

Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham, y le dijo: «Abraham». Y él respondió: «Heme aquí». Y dijo: «Toma ahora a tu hijo Isaac a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré». Y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo; y cortó leña para el holocausto, y se levantó, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus siervos: «Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros». Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham su padre y dijo: «Padre mío». Y él respondió: «Heme aquí, mi hijo». Y él dijo: «He aquí el fuego y la leña; ¿mas dónde está el cordero para el holocausto?». Y respondió Abraham: «Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío». E iban juntos. Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: «Abraham, Abraham». Y él respondió: «Heme aquí». Y dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque yo conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste a tu hijo...». Entonces, alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá.

Tal vez hasta su muerte quedó presente en el corazón de Abraham la angustia de la terrible prueba. Y así se dijo una y otra vez: «Jehová repudia el sacrificio humano y más aún del propio hijo. Si ordena el holocausto no debo acatarlo porque sería desobedecer su prohibición. Pero rechazar lo que él manda es pecar contra él. ¿Debo obedecer algo que mi dios repudia? Sí, si él lo exige. Pero mi torpe razón atormentada lucha, además, con el corazón de un pobre anciano que ama aquel imposible que Jehová le dio tardíamente. ¿No es esta prueba la devolución de la risa que contuve cuando me fue anunciado que nacería mi hijo? ¿No es la risa que ocultó Sara cuando escuchó tal vaticinio? Por algo Jehová indicó el nombre de 'Isaac', que significa 'risa'. Yo y mi mujer éramos ya viejos cuando se nos dijo que tendríamos este hijo y no pudimos creer que tal cosa fuera posible. ¿Es que Jehová juega con sus criaturas como un niño con arena? ¿O es que conociendo su enojo y su castigo descuidamos que también nos prueba y nos enseña con la burla divina?

Llamo nuevamente a mi guía, entro dentro de mí mismo y me conecto con esa quietud que parece vivir en mí y que quiere hablar por mi boca y escribir por mis dedos. Qué es la culpa, cómo impide mi comunicación con el sentido, cómo salto por sobre ella para que el sentido continúe su despliegue en lo humano.

Un universo de bondad está guardado dentro nuestro. La bondad se traslada desde ese mundo espiritual al mundo del tiempo. Las resistencias que encuentra la bondad para plasmarse en el mundo las experimentamos como culpa. La culpa son dificultades que encuentra la bondad para teñir el mundo de lo humano.

La maldad no tiene existencia en el ser. Cuando la bondad se oculta aparece la maldad, así como la noche aparece cuando se oculta el sol.

Estas resistencias que encuentra la bondad para realizarse son nudos que no sabemos desatar. Esos nudos atrapan la luz del sentido y actuamos impulsivamente sin esa guía.

No podemos esconder la culpa porque la irradiación de la bondad siempre la ilumina. Apenas la culpa se haga a un lado pasará sobre ella y se realizará en el mundo.

¿Cómo hacer a un lado la roca que puse en el camino de la luz?

La inagotable fuente de la bondad no cesará jamás de emanar su agua. No existe la culpa que pueda cerrar el grifo de esa fuente. La culpa ennegrece la mirada, pero la fuente siempre está allí.

Hay quienes se creen los guardianes de esa fuente y levantan su dedo acusador para avivar tus culpas. Sólo tú eres el guardián de la fuente. Esos que se suben a los pedestales y se proclaman custodios de la moral, esos de ojo inquisidor, son innobles que quieren apagar toda la nobleza de tu corazón. Déjalos hablando solos, no les temas, no te enojés, riéte y continúa tu camino. Ríete y que tu risa envuelva como escudo protector todo lo que tratan de envenenar.

La fuente maravillosa emanadora de la bondad sigue allí con las aguas melodiosas y multicolores. No importa a quién hayas querido dañar, no importa lo que creas que eres capaz de hacer, ni siquiera importa lo que efectivamente fuiste capaz de hacer, esa agua es del mundo inmortal y no cesará hasta ser bebida por cada mortal.

¿Cuál es la culpa entonces?

Miro a tus ojos y pregunto, ¿si por algún procedimiento pudiera extraer la culpa de tu corazón, seguirías actuando del mismo modo?

¿Crees que es la culpa lo que motiva la acción que redime?

Es la bondad la que motiva la acción bondadosa y no la culpa. La culpa es sólo el impedimento para sentir el agua fresca de la fuente.

Un accidente afectó tu vida y negaste la vida. “No hay tal bondad allá en lo profundo porque de haberla no hubiera yo sufrido la pérdida de mis seres queridos”. Dices esto con corazón enrabiado, pero allí mismo te aprisionó la culpa. No importa cuánto reniegues del sentido, porque seguirá brillando, lo aceptes o no. La culpa no te libera del enojo con tus dioses, la culpa sólo los oculta para que no escuches sus voces.

Lo importante está muy cerca porque siempre vive en ti. No es posible perderlo porque no nos pertenece. Lo importante no desaparece porque no puede morir.

La culpa no me deja ver lo esencial y mantiene atada mi mirada en lo periférico. Pero lo esencial está vivo y hay un lenguaje que permite comunicarse con ello.

La culpa es un impedimento para la expresión del sentido y no una vía para llegar a él.

Cómo se lava una culpa. La culpa es una piedra en el camino del sentido. El castigo no resuelve eso, no mueve esa piedra del camino. El castigo, al contrario, contribuye a que la culpa permanezca e impida el paso de la luz. El castigo busca que jamás puedas salir de la culpa.

Cómo se lava una culpa. La culpa es una tela de olvido que cubre el sentido. La fe no basta para levantar esa tela y si insistes en ello la fe se enferma de fanatismo. El fanático no puede entrar en contacto con Dios; confunde su enfermedad y su culpa con mensajes divinos.

Ni el castigo ni la fe fanática te liberan de la culpa.

La culpa es dura como un hielo, nada la puede romper, pero el sol la puede derretir.

La culpa es impenetrable como el metal, sin embargo si le aplicas calor se flexibiliza y se puede moldear.

Algo parece esconder la culpa. Lo escondo para los demás, pero no puedo ocultarlo porque estoy siempre en presencia de ello. Trato de esconderlo para mí mismo. Si nadie lo descubre quedará oculto también para mí. ¿Qué es lo que se quiere ocultar? La confesión de la culpa tiene un valor catártico que alivia el alma. La confesión descubre ante mis ojos lo que estaba oculto. La clave de la confesión no es develar a otro lo que se oculta, sino develarlo ante uno mismo. Ése es el momento en que tomo contacto con algo verdadero, se ilumina la oscuridad y se produce el hondo llanto de la catarsis. Lo que se oculta es la responsabilidad íntima por la transgresión al flujo de la bondad. El hecho mismo por el que me recrimino, sea este monstruoso o accidental, ese hecho por el que aparece el nudo de la culpa, enquistada y esconde la responsabilidad íntima que me avergüenza.

Edipo asesina a un viejo que no conoce y que resulta ser su padre. Luego, al adivinar el acertijo de la Esfinge, se casa con una mujer que, sin él saberlo, resulta ser su madre y tiene hijos con ella. Cuando se descubre el drama, su madre-esposa se suicida y él, ahogado por la culpa, se quita los ojos y vaga ciego el resto de su vida. ¿Por qué se quita los ojos, qué es lo que Edipo no quiere ver? ¿Por qué se suicida ella? No es por el accidente del incesto que describe la tragedia, por cierto, ya que su voluntad no estuvo comprometida; se trata de su íntima responsabilidad que para dilucidarla se requiere de una interpretación del drama: el padre de Edipo quiso torcer la voluntad del oráculo de Delfos asesinando a su propio hijo... y lo hizo con la complicidad de su madre.

La culpa es el modo de esconder la íntima responsabilidad en la interrupción del traslado del sentido al mundo. Ese ocultamiento es también recurrente en los mitos.

En el mito de Abraham hay por lo menos dos situaciones que se ocultan. Una es la expulsión de Agar, madre de Ismael, al desierto. La segunda es la risa de Sara cuando Jehová les comunica que tendrán un hijo: “a esta edad volveré a tener goce”, se burla Sarai. Ocultar no significa que no estén en el relato. Lo que se oculta en la culpa por lo general está a la vista, pero no se lo pondera adecuadamente y se pasa por alto que allí reside la íntima responsabilidad en la interrupción del sentido. En este caso, se pasa por alto la complicidad con Sarai al burlarse de Dios cuando ya ancianos les anuncia el nacimiento de su único hijo; también se pasa por alto la expulsión de Agar e Ismael al desierto a raíz de los celos de Sarai.

Para la liberación de la culpa, entonces, no basta la catarsis en que se devela la íntima responsabilidad (confesión en algunas religiones), sino que es necesaria una reinterpretación del drama vivido.

Silo propone en *Mitos Raíces Universales* una salida al mito de Abraham. Apoyándose en la burla divina, reinterpreta el mito como una llamada de atención por reírse y dudar de Él, al anunciarles que tendrían un hijo cuando fueran ancianos.

Siguiendo esa línea, este mito raíz del sentimiento de culpa podría interpretarse así:

Abraham tomó el puñal del sacrificio dispuesto a degollar a su amado hijo Isaac, en la cima del monte Moriah y Jehová detuvo su mano diciendo: Deténte Abraham, no le hagas daño a tu hijo y aquí está el carnero que te proveo para el sacrificio.

Abraham sintió una profunda distensión y los ojos se le humedecieron. Jehová, Dios, continuó: Cómo se te pudo ocurrir, Abraham, que Yo, Jehová, te mandaría hacer algo que va contra mi propia ley. Cómo pudiste creer que te hablaba en serio, que Yo, Jehová, haría algo contra mí mismo. Guarda esta lección para que tu fe nunca se vuelva contra la vida humana. Ésa es la ley de Dios, mi ley. Ahora ríe porque por eso pusimos a Isaac este nombre que significa “risa”. Porque tú y Sarai se burlaron de mí y ahora Yo, Jehová, me burlé de ti y tú me creíste. Ríe y abraza a Isaac y abraza a Sarai y ámame a Mí, tu Dios, Jehová, con una nueva fe.

La catarsis y la reinterpretación concluirán en una acción hacia el mundo que terminará por disolver el quiste de la culpa. No creo posible que una acción nos redima del sentimiento de culpa. Las acciones que realicemos desde el motor de la culpa van a mantener ese nudo de sufrimiento. La culpa está ocultando la íntima responsabilidad y la acción ejercida desde allí, perseguirá mi propia redención, constituyendo un “para mí” que continuará ese ocultamiento.

Hay dos elementos que tendría en cuenta para liberarnos de esto. La amabilidad y la risa. Tanto la nueva interpretación que intente de la situación culposa, como la acción que decida realizar, cuidaría que tuviera la característica de extrema amabilidad. La amabilidad nos aleja del castigo y del autocastigo, que no harán más que ahondar el conflicto. El otro elemento es el sentido del humor, la desdramatización de la situación y ganar en la capacidad de reírnos un poco de nosotros mismos.

En el mito de la creación, Adán y Eva son expulsados del Paraíso por haber comido del árbol del conocimiento y probado el fruto del bien y del mal. Aquí la culpa y el castigo aparecen en el origen mismo. Sin embargo, Adán y Eva no podían discernir entre bien y mal mientras no adquirieran Conocimiento. No tienen otra posibilidad que comer del árbol del conocimiento y sólo así pueden tomar conciencia de la Eternidad, su hogar. Dios, al expulsarlos del Paraíso, los saca de la Eternidad y les concede la Vida Humana. La vida para cada uno es muy corta, pero en ese lapso, antes de que el alma retorne al mundo celeste, irán ganado conocimiento que se acumulará de generación en generación hasta volver finalmente a la Eternidad, con la conciencia de lo que ello significa, realizando así el plan de dios. He aquí una reinterpretación del mito que nuevamente nos libera del nudo de la culpa y el castigo.

Edipo no quiere ver la complicidad de su amada (que descubra que es su madre biológica es en este caso algo secundario) en el intento de su asesinato para torcer el oráculo de Delfos y prefiere sacarse los ojos. Esa misma es la razón del suicidio de la madre y no el incesto, que sí fue accidental.

Tratando de sintetizar, la culpa es un bloqueo en el flujo de la bondad hacia el mundo, que se produce para ocultar la íntima responsabilidad en la interrupción de ese flujo. El castigo profundiza el sentimiento de culpa y su función es que ésta se eternice y no pueda disolverse. Esta confusión interna que produce la culpa es aprovechada por los moralizadores para alimentarla y dominar a las personas que acusan. Cuando se logra reconocer esa íntima responsabilidad de lo que se quiere ocultar, se logra la catarsis y el alivio. El trabajo con el sentimiento de culpa requiere de una extrema amabilidad con uno mismo y con otros, que nos aleje de todo posible castigo o inquisición. Luego de la catarsis se hace necesaria la reinterpretación de los hechos, peraltando la íntima responsabilidad con cierto sentido del humor y dejando en segundo plano el nudo que aparecía como situación culposa. Finalmente, la bondad encarnará en la acción, la que restablecerá el traslado del sentido al mundo.

LA ACCIÓN VÁLIDA

El fundamento de la acción. La interrupción del sentido. Violencia y no violencia. Moral y libertad. La fe interna. Un salto evolutivo

El fundamento de la acción

La acción es donde concluye toda la creación. Es el sentido final del sentido, su consecución, su destino. Es finalmente donde se refleja el ser.

Llamé a mi guía para saber su nombre.

Me llamo Aser, responde

¿Aser?, pregunto

a-ser , Hacer, Hacer

La acción es la artesana que esculpe el modelo que es. La acción es la escultora que copiará el modelo una y otra vez hasta que el ser se vea a sí mismo. Ese modelo no se encuentra en este espacio y en este tiempo, no tiene representación para la conciencia y sin embargo está operando a través de la conciencia. La acción individual no podrá jamás completarlo y por ello las conciencias se buscan, las culturas se buscan y las acciones se encadenan.

Las acciones se encadenan unas con otras como hebras del telar. Se trata de la misma madeja desde el principio primordial. Cada hebra se va hilando en la malla de la memoria. ¿No está aquí acaso el momento en que abriste la mano y cerraste el puño por primera vez, y cuando levantaste el torso y caminaste en dos pies por primera vez, o cuando quisiste abrazar el fuego por primera vez? Cada acción es un hilo que se enhebra en el telar y una vez tejido no la puedes reconocer aisladamente, pero ves la maravillosa trama dibujada en el paño de la historia.

Toda acción tiene su origen en la representación, en las imágenes de la conciencia. Las representaciones van hacia el mundo sensible y se manifiestan, se plasman, se encarnan y se realizan. Esas representaciones son las ilusiones y los ensueños que intentarán una y otra vez concretarse en el mundo de los objetos. Pero el recipiente de los objetos es demasiado pequeño para nuestros ideales y nunca alcanza para contenerlos. Si algún sueño alguna vez se completa en el mundo, inmediatamente otro más importante ocupa su lugar. La acción intentará realizarlo y fracasará, una y otra vez.

Si nuestros sueños sólo fueran compensación del vacío, lo que la conciencia traduciría en el mundo sería ese vacío. Si nuestros sueños fueran tan sólo distintos modos de huir de la finitud, del sinsentido,

de la nada, no encontraríamos fundamento para la acción. Cualquier acción, por grotesca que fuera, quedaría justificada por su intento de escapar de la muerte.

Sin embargo, no todo es ilusión en la conciencia. Lo irrepresentable emite su señal que también es captada y traducida por ella. La no-ilusión, lo que es, el sentido, emite su señal y rara vez tenemos conciencia de ello. Cuando la conciencia detecta y traduce la señal proveniente del mundo que está fuera del tiempo, la experiencia es abarcadora, totalizadora, extraordinaria. Eso sucede de cuando en vez, pero la señal está siendo captada permanentemente aunque no esté siendo reconocida. Ese impulso proveniente de otro espacio se expresa en la representación y esa representación se plasma en el mundo. En este mundo de la conciencia, mezclado con los sueños e ilusiones, el Sentido se introduce en la representación y a través de ella se transforma en acción y se expresa en el mundo. Reconocer la acción del sentido mientras somos arrastrados por la ilusión es un nuevo estado de la conciencia.

El yo, el ensueño y las ilusiones son el modo de la conciencia para trasladar el ser al mundo. Es el modo de la creación. “Soy” se expresa a través de sueños y ensueños. Pero “soy” no es el sueño y no es ensueño. Yo se identifica con el sueño y va de un sueño a otro sueño; yo es el soñador que cree su sueño. Yo trata de atrapar a soy. Cuando yo atrapa a soy, soy se ha ocultado.

El sentido es el fundamento. El traslado del modelo irrepresentable al mundo representable es el sentido de la acción.

Los otros, cada ser humano es imprescindible para realizar el sentido. Cada uno logra una partícula representable de lo irrepresentable. La realización que hace otro del sentido, es tan fundamental como la mía y afectarla es afectar el sentido mismo.

Porque el sentido es trasladar el ser al mundo, no hay oposición entre lo terreno y lo eterno, el uno y el todo, la diversidad y la igualdad, la luz pura y el arco iris.

No pudiendo lo irrepresentable ser representado por una conciencia individual, la conciencia buscará complementarse para esa realización. Hombre y Mujer se enlazarán, los pueblos se unirán y las culturas se encontrarán en una nueva configuración social que corresponderá también a un nuevo momento de la conciencia.

La interrupción del sentido

Cuando fundamentamos la acción intuimos un sentido trascendente a la conciencia. La razón se resiste a aceptar que algo que está más allá de lo que ella puede aprehender sea lo que la orienta y le da sentido. La confusa razón nos acecha y su orgullo herido nos hace reparos a esta visión a la que estamos accediendo. Entonces nos entrega un listado de calamidades, con el despliegue innumerable de las monstruosidades y atrocidades realizadas por esa misma conciencia en la que hemos comprendido su función de traducir el sentido, de realizar el modelo, de transportar el ser al mundo.

La conciencia, perdida de su sentido, comienza un proceso de desintegración y traslada esa desintegración al mundo. Se distancia de las otras conciencias, se deshumaniza, se desintegra de sí misma, se violenta tratando que por forzamiento y presión se mantengan unidos los contenidos que se están desmoronando. Toda esa violencia y esa desestructuración es trasladada al mundo de los objetos, produciendo un mundo horripilante que al contemplarlo la espantará.

¿Qué es lo que traiciona a la mente, qué es lo que se interpone entre el sentido y la acción?

El temor es lo que bloquea el traslucir del sentido en el mundo. El temor a la soledad, a la pobreza, a la enfermedad y a la muerte. El temor aparece junto con la configuración del yo. El yo es muy importante para la conciencia. El yo es lo que le da unidad y coordinación a sus funciones y transforma la representación en acción. Sin el yo, no hay traslado del sentido al mundo. El temor es la traducción que hace la conciencia de los instintos de conservación. La vida evolucionó gracias a los instintos de conservación y esos instintos son traducidos en la conciencia como dos temores básicos: el temor a la muerte y el temor a la soledad. Ésta es la luna que eclipsa al sentido, ellas son la raíz del sufrimiento.

Cuando es el sentido el que impulsa la acción, es el impulso de la creación el que llega al mundo temporal. Cuando es el temor el que impulsa la acción, es la destrucción lo que se abre paso.

El sentido quiere existir, el temor desaparecer.

El sentido quiere expandir, el temor contraer.

El sentido quiere crear, el temor extraer.

La traducción de lo no-representable al mundo de lo representable, o la traducción de lo que está fuera del tiempo y del espacio, al tiempo y al espacio, la realización del sentido, requiere de la conjunción de la conciencia individual con las otras conciencias. No es posible para una conciencia aislada realizar su tarea. Solamente junto a otras se va traduciendo el ser. Las conciencias se complementan construyendo vínculos por medio de la comunicación, la solidaridad, la comunión, el amor y la compasión.

Cuando la conciencia se aísla y el temor oculta el sentido, sigue igualmente el movimiento que la lleva a unirse a otras, pero en este caso el ligamento que utiliza es la violencia.

Cuando la soledad me posee, envidias, celos y venganzas rompen el hilván que une las conciencias y las vuelvo a atar pero esta vez con la soga de la violencia. Poseído por la muerte huyo de mí mismo y al huir no alcanzo a sentir el silencio eterno.

Cuando es el sentido el que empuja la acción, experimento sentido, expansión, plenitud, alegría y unidad. Cuando el temor empuja la acción, experimento temor; contracción, sufrimiento, dolor y desintegración.

Pero lo interesante no es el temor, que hace su aparición en el momento que la conciencia se formaliza en un yo. Lo interesante es que lo que está detrás del yo y de su temor es el sentido y el impulso que lo quiere concretar. *Lo interesante es el brillo de Atón de enceguecedora luz, de inagotable bondad que ninguna fuerza puede apagar.*

Violencia y no violencia

Hay algo muy importante al interior de todos nosotros. En el corazón de cada uno habita una aspiración, que a veces es un sueño, a veces es un ideal y a veces un impulso que orienta nuestra vida. Si despiertas a tu mirada interna y la llevas más atrás de la ansiedad, más atrás de la rabia, más atrás de la pena, vamos a descubrir allí una calma y una tranquilidad. En esa zona que habita en la profundidad del ser humano está el amor que queremos expresar, la justicia que aspiramos construir, la paz que deseamos respirar. La alegría que esperamos transmitir, los abrazos que nos queremos dar, la confianza que queremos demostrar.

Toda esta maravilla busca la manera de manifestarse fuera de nosotros y en ese empuje va llenando la vida de sentido. Así, el sentido es algo que sale desde adentro de cada uno y tiñe la vida. Si algo impide plasmar afuera, en el mundo externo, eso que está dentro, siento presión interna, escozor, ahogo y una inquietud que aumenta hasta estallar. Ese impedimento a la expresión es lo que experimentamos como violencia.

Antiguamente, lo que impedía el despliegue de lo humano eran las inclemencias de la naturaleza. Hoy, ya domesticada la naturaleza, ese bloqueo de la expresión humana es ejercido por el medio social en que vivimos. Pero una cosa es someter a la naturaleza y otra cosa es someter al ser humano. Una

cosa es que utilice las piedras, plantas y animales para mis intenciones y otra muy distinta es utilizar a seres humanos para que hagan lo que yo quiero.

Violentar a otro es impedir que pueda trasladar lo que tiene dentro de sí hacia el mundo; es evitar que realice el sentido de su vida. Puedo hacer esto por medio de la violencia física sobre el cuerpo o aplicando violencia económica, al restringir el acceso a la salud y a la educación. Hay otras formas todavía más sofisticadas, como convencer a la gente de que está vacía por dentro, y de que lo mejor que puede hacer es llenarse de cosas.

Lo que se opone a la violencia es la Humanización. Humanizar consiste en crear las condiciones para que aquello verdadero que impulsa a lo humano pueda expresarse; es luchar para que cada ser humano tenga la posibilidad de realizar lo que quiere para su vida.

Hoy estamos un poco complicados, porque la violencia es ya la dueña y señora del paisaje y ha vaciado el alma de las multitudes. Casi nadie recuerda cuál es la dirección de su vida.

Olvidados de nuestro sentido, los acontecimientos nos bambolean como si fuéramos hojas al viento.

La violencia es la respuesta que damos cuando el miedo invade el alma. Mientras más grande es mi miedo, más violento es mi comportamiento. Mientras más insegura se sienta una sociedad, más violenta será su organización. No es posible extirparla como si se tratara de un cáncer. Tampoco es posible eliminarla con mayor violencia. La violencia es un bicho especial, toda acción que se realice con su misma sustancia la hará crecer, y cuando alcance su máximo desarrollo lo habrá destruido todo.

La violencia, despertada por el temor, es una fuerza desbocada, incontrolable, que arremete y encarcela a lo humano para que ni siquiera se asome en su camino. Somos poseídos por ella, nos revuelca con el vigor de una enorme ola que se rompe en el ventisquero y nos animaliza.

Al resistir la violencia con violencia ésta irá aumentando hasta la derrota del vencido. A medida que la violencia aumenta lo humano se irá apagando, cualquiera sea el bando que la esté aplicando. Aun el grupo más débil, cuando usa el máximo de su violencia alcanza también el máximo de su deshumanización.

En un encierro de toros se los va azuzando hasta que el soberbio animal se transforma en una bestia desesperada con una fuerza bruta que ataca a cualquiera que se cruce en su camino. Al ponerse delante, un escalofrío recorre el cuerpo y el miedo en su estado más puro entra dentro de uno, ahoga la garganta, un grito mudo explota en los pulmones y de pronto eres capaz de cualquier cosa para salir de ahí. El torero y el toro se miran a los ojos, resiste el miedo, sabe que se le abalanzarán quinientos kilos de rabia sobre él; el torero resiste, espera, el toro echa a correr, la energía es enorme,

toro y torero son uno, corre uno, resiste el otro escondido detrás de un paño rojo, ya a poca distancia la bestia está ensoberbecida con esa tela y ese rojo, lo corneará hasta hacerlo polvo, entonces el torero corre el paño unos centímetros y el toro sigue el brillo de la capa y pasa de largo. Ole.

Este baile seguirá hasta que el toro quede extenuado y podría continuar hasta domesticarlo si el torero no lo mata. Abstraigámonos de esa última escena para intuir en la danza con los toros cómo se puede resistir la violencia, cómo se la puede encauzar y finalmente domesticar por medio de la no violencia.

No hay nada que la violencia desprecie tanto como la no violencia. Los bandos que se oponen siempre coinciden en ella y la justifican como defensa de su oponente. Al aparecer la no violencia en el paisaje, todos los bandos violentos se coluden contra ella. Los bandos que parecían irreconciliables reconocen un elemento completamente ajeno que podría llegar a disolverlos a todos. Al emplazar una postura no violenta en un escenario, inmediatamente todos los fragmentos de la sociedad violenta comenzarán a fundirse como las gotas de mercurio dispersas que se van juntando al reconocerse.

Tendrás que sostener la postura mientras el toro acumula rabia, mientras te observa haciéndose el que no te ve. Su primer intento es exhibir su fastuosidad para mostrar la puerilidad de tus principios. Frente a su displicencia pudieras creer que no te observa, y sin embargo ha anotado cada uno de tus movimientos. Luego enseñará su furia disfrazada de moral o de ideología. Ah, torero ¿resistirás? Allí estás con el traje de oro puro y radiante. ¿Podrás mantener la pureza y el brillo? El toro está buscando enfurecerte. Si lo logra te habrá vencido. Sabe muy bien que le tienes miedo y que si a ese miedo respondes con violencia, él es el torero.

Ver el miedo como nace de tus entrañas, ver tu propia desesperación y violencia pasar delante de ti y elegir una respuesta no violenta es para sacarte el sombrero. Allí está la grandeza realizándose en lo humano.

La no violencia para expresarse debe entrar en comunicación con la violencia. La no violencia no es hacerse a un lado y no enfrentar a la violencia. La no violencia sólo puede ser al estar en contacto con la violencia. Es distinto al pacifismo que se aleja y le hace el vacío. La razón de ser de la no violencia es su lucha contra la violencia. Sólo cuando comprendemos la imposibilidad de responder con violencia a la violencia comprendemos la importancia de jugar, de bailar, de avanzar y de retroceder, de domesticar hasta persuadir a la violencia, hasta humanizarla.

Tienes que ponerte al alcance del toro, menear la manta roja y hacerte ver. Lo importante es que la multitud se identifique contigo y no con el toro.

En un momento éste emprenderá la carrera y sentirás su bufido soplando tu oreja. Entonces retiras la manta y dejas que embista el aire quedando sólo con su propia rabia. Avanzar y retroceder es el arte de la no violencia. No sólo avanzar, no sólo retroceder. Apenas terminado el primer baile se comienza el segundo. La multitud cada vez más gustosa vibrará al ritmo de la no violencia.

La última escena de nuestro ejemplo, la muerte del toro, que me perdone España, está demás. Tal vez se trate de una transferencia ritual de los atributos del toro al torero. Pero si esto fuera así, el torero y la multitud identificada con él se han quedado no sólo con la fuerza, sino también con la violencia.

En este mundo de horror es cada día más difícil sostener una postura ética. Somos obligados a elegir entre bandos violentos y cualquiera sea la opción que tomemos, traicionamos aquello en que creemos. Nos presionan para que seamos de algún bando, “ellos o tú”, nos dicen. Muchos en esta situación se restan y se fugan a su propio mundo, pero eso no impide que la violencia continúe creciendo y alimentándose del miedo que ella misma va generando. No importa cuál es el bando en que nos han puesto los acontecimientos. Lo que importa es que comprendamos que tú, yo y el otro somos mucho más importantes que cualquier bando.

Aunque me desenvuelva en una sociedad que no me gusta, obligado por el imperio del chantaje de la necesidad, ésta no cuenta con mi consentimiento, ni mi fe. Por el contrario, orientaré mi acción hacia su transformación. Descreeré del éxito, del triunfalismo, del dinero de esta sociedad que considero injusta y apoyaré toda iniciativa por pequeña que sea que vaya en dirección de superar el dolor y el sufrimiento. Buscaré la reconciliación, la comunicación y el sentido. Afirmaré los valores humanistas y trataré de ser coherente con la regla de tratar a los demás como quiero que me traten.

Cuando estamos deprimidos es porque la violencia ha destruido ya nuestros sueños y no lo queremos aceptar. Pero esos sueños destruidos no eran propiamente nuestros, los tomamos prestados de una sociedad moribunda. Al esfumarse han dejado un espacio vacío que será llenado por aspiraciones que nos acompañan desde antiguo y nos impulsan hacia mundos nuevos. Un sueño muere cuando otro más potente está a punto de nacer. Los sueños no son sólo imaginación, también son el idioma por el que hablan los dioses. Mientras la época va desestructurando esta civilización que no logró producir una sociedad justa y libertaria, algo nuevo que se agita dentro nuestro nos empuja a crear los signos, los modos de relación y el lenguaje de la futura nación humana universal.

Moral y libertad

El problema con la moral es que está muy desprestigiada. Hemos justificado tanta barbarie en nombre de la moral que esta palabra se vació de su gran potencia para dar significado a la acción. Eso de “a Dios rogando y con el mazo dando”, o proclamar la vida por sobre cualquier cosa mientras se bendicen los cañones que asesinarán enemigos, terminó por desautorizar lo que ella pretendía justificar. Los moralizadores llegaron a ser el símbolo de la incoherencia y mientras espumaban saliva proclamando que había una crisis moral, no se daban cuenta de que lo que estaba en crisis era “*su moral*”.

La moral es una acción que realizamos por algún tipo de mandato que proviene de otro mundo. Proviene del espacio del bien. La acción impulsada desde la moral se experimenta como un mandato. Se hace porque es lo que hay que hacer. La acción no requiere de una justificación pensada, porque está justificada por cada célula de mi cuerpo; todo en mí sabe que esa acción es la correcta. Una vez realizado aquello, experimentamos el placer del deber cumplido, de la tarea hecha. Por el contrario, mientras no se realiza, tenemos una deuda, un deber pendiente.

Cuando hablamos de un mandato que proviene de otro mundo ya empiezan los problemas, porque se trata del mundo no representable. Eso da lugar a los intérpretes de ese mundo a usar un lenguaje inteligible acerca de los espacios del bien. Pero para aprender esa moral lo que hago no es leer algo escrito por ese intérprete, ni siquiera escuchar las palabras que pronuncia, lo que hago es imitar lo que él o ella hace. Lo interesante de la moral es su capacidad de ser transmitida por imitación. Aquí radica su importancia, ya que puedo acceder al sentido realizando un tipo de acción y esa puerta a lo trascendente se abre también para cualquier otro que imita ese tipo de acción.

Pero si el “intérprete” predica pero no práctica, como dice el refrán, ordena un tipo de acción y realiza otra, produce en mí una fatiga moral y la imposibilidad de imitarlo. Entonces esa moral ya no es una moral sino que letra escrita y por último letra muerta. El intérprete deviene en un cínico, luego en moralista y, por último, perseguido por su propia incoherencia, en un inquisidor.

La acción moral que quiero seguir es para mí sobre todo una aspiración, un modo de comportamiento a través del cual me comunico con el significado de la vida.

La imitación tal vez sea el modo más importante del aprendizaje y, si no lo es, es el más rápido y el de mayor velocidad de propagación. La imitación no es un acto creativo, pero una vez imitado el registro es muy cercano a la experiencia de lo creado.

Las grandes almas, las vidas ejemplares que encarnaron el Sentido e hicieron con sus vidas un ejemplo, nos han dado un gran regalo: a través de la imitación de sus conductas podemos comunicarnos con eso que a ellos les fue revelado o de algún modo accedieron. Pero si divinizamos a estas personas las sacamos de este tiempo y de este espacio, eso las deja fuera del alcance de nuestra imitación y el efecto demostración de que es posible ese tipo de comportamiento se nos aleja.

Reconoceremos como verdadera una regla o conducta que proponga una referencia moral si al implementarla tomamos contacto con el sentido de la vida. No con el sentimiento de culpa, no con las amenazas ni con el castigo. Una referencia moral se reconoce porque en su imitación me conecta con mi propio sentido, me comunica conmigo mismo.

La acción que realizo por la obligación social, por el qué dirán, por la presión de grupo, no es una acción moral. Ese tipo de acciones que efectúo obligado por una entidad abstracta y externa lo realizo solamente con la intención de recuperar mi libertad perdida, que fue arrebatada por esa entidad abstracta. Allí soy víctima de la violencia y de lo inmoral. Quisiera hacer esas acciones rápido para salir de la situación y recuperarme a mí mismo.

Hacer lo que hay que hacer es experimentado de un modo muy distinto, desde adentro. Es un mandato, casi un llamado, que viene de la interioridad. La acción moral tiene un sabor que llena, no tiene apuro, se está realizando el sentido y se experimenta sentido. Es Dios que se está mirando a sí mismo.

La moral es una maestra de acciones y conductas sugeridas desde el mundo que está más allá del tiempo y del espacio. Es porque hay sentido en la vida que se puede hablar de moral. La moral es una propuesta de conducta que traduce el sentido en el mundo. Es una propuesta y no una obligación. La imitación de una conducta o la puesta en práctica de una propuesta tiene que ser un acto libre, por propia decisión, sin obligatoriedad ni presión de ningún tipo. Sólo allí podemos hablar de un acto moral. Es la libertad de opción, la propia decisión de actuar de un modo y no de otro, lo que dignifica y viste a la acción de sentido. Es en esa libertad en que el imperativo toma altura moral: hay que hacer lo que hay que hacer. En cualquier otro caso el imperativo provocará contradicción y violencia interna.

El acto moral es sólo posible en la libertad. ¿Por qué entre todas las posibilidades habría de elegir el acto moral? Porque esa acción me pone en contacto con lo trascendente. Lo trascendente es la libertad

máxima, rompe con las limitaciones impuestas por el tiempo y el espacio. El acto moral, el verdadero, si bien lo experimento como obligación y compromiso, al efectuarlo experimento crecimiento y libertad.

Ese principio de la “Mirada Interna” de Silo, “cuando tratas a los demás como quieres que te traten, te liberas”, encierra el núcleo de la cuestión moral. Puedes hacer lo que quieras, pero hay un modo de hacer que te conecta con el sentido y la libertad, y otro modo de hacer que te hará prisionero del sufrimiento; tus cadenas te alejarán cada vez más del sentido y en cada paso que des agregarás un nuevo eslabón.

Éste es el más importante de los principios, el centro de todo lo moral. Bastaría seguir esta regla para alcanzar el gran cambio humano y social. Pero la nuestra es la única especie que tiene que elegir esta conducta, no la tiene “por naturaleza”, como puede darse en las hormigas u otras sociedades de animales. Tomar esta máxima y actuarla en la vida personal, en las relaciones laborales, en las relaciones internacionales, traducirla en los distintos campos, conduciría a una sociedad plenamente humana. Porque eso es lo que hay que hacer, porque eso es lo que dicta el sentido, lo intentaremos civilización tras civilización hasta que la Tierra sea finalmente el hogar del ser humano.

La fe interna

Cuando Silo inició su mensaje en la cordillera de los Andes dijo: “sin fe interna hay temor, el temor produce violencia y la violencia destrucción. Por tanto, la fe interna evita la destrucción”.

Llamo a mi guía para que me muestre dónde está la fe, para que me lleve al centro de ella y para que mientras recorro ese camino puedas acompañarme.

La fe es lo que tengo para dar. Es lo único que tengo. El tesoro más importante. Allí, en la fe, se concentra toda la fuerza interior para animar la acción.

Motor y corazón del hacer.

Dónde he puesto mi fe.

La fe es una fuerza poderosa e inagotable. Concentra la energía de la vida y le da vida a la acción. Es concentración energética que se transformará en movimiento.

Dónde la has puesto.

Antiguamente se entregaba la fe a un Dios y los sacerdotes de ese dios orientaron el movimiento de los pueblos. En otra época se entregó la fe al Estado y los representantes de ese Estado controlaron lo que se hacía y se dejaba de hacer. Finalmente se entregó la fe al Dinero y los dueños del dinero fueron también los dueños de la acción.

Sólo tú puedes entregar tu fe, nadie puede apoderarse de ella sin tu consentimiento, nadie te la puede quitar. Pero si no la das, se invertirá y te entristecerá.

Energía inagotable del acto humano, precipitación de lo trascendente que te es dada para que efectúes tu destino. Dónde está tu fe, dónde no está y debiera estar, dónde sí está y no debiera estar. Nadie la tiene sin tu permiso, nadie. En un instante de libertad sale de ti para otro y a ese otro una nueva fuerza se le suma. Apenas la entregas se regenera y te vitaliza.

En un acto libre pongo mi fe en lo mejor de ti, en eso que traes de otro mundo y se abrirá paso y sentirás la vida y el sentido. Esa fe que pongo en ti es la misma que se regenera en mí.

Porque mi fe sólo es posible de ser entregada en un acto de libertad; si algo la defrauda la recuperaré al asumir mi propia responsabilidad en esa entrega. De este modo me conecto nuevamente con la fuente productora. Esta energía sale de mí y la dirijo a lo que quiero. Si no comprendo esto externalizaré la fe, la colocaré en alguien o algo fuera de mí y me parecerá que es ese algo externo a mí es lo que anima y le da la vitalidad a la acción. Pronto será de esa entidad externa de la que dependerá mi hacer.

La fe se externaliza y se deposita en alguien o algo fuera de mí. Luego, ese algo externo vestido con la fe que he puesto en él, me motiva y me anima. Una vez entregada la fe a una entidad externa sufro la ilusión de creer que es esa entidad externa lo que le da vida a mi acción, olvidando que esa entidad externa tiene la fuerza de la fe que he transferido hacia ella.

La fe es lo que mueve la acción del mundo y si algo la controla tiene el poder del mundo. Pero ese poder ha sido concedido por millones de hombres y mujeres que tienen la capacidad de producir fe. Ese poder que hemos creado al cederle nuestra fe se sostiene por medio de la violencia y es causante de gran parte del sufrimiento social. Ese sufrimiento tiene su origen en la concesión de la energía humana a una entidad extrahumana.

Siempre llega la época en que esas entidades en las que depositamos la fe nos defraudan. Son los momentos de fracaso social. Entonces nos acecha la depresión y el sinsentido, que buscan ahogar nuestra acción. Si me niego a asumir que mi fe ha sido estafada entraré en pánico y una violencia desesperada se pondrá en marcha.

La fe es energía del alma que se concentra y se inyecta allí donde queremos. Aquello adonde la dirigimos contará con una fuerza adicional que puede llegar a ser muy grande. Así como olvidamos el trabajo del dínamo cuando vemos la ampollita encendida, del mismo modo olvidamos que es nuestra fe la que permite la acción de aquel en quien la hemos confiado.

Cuando me defraudan se corta el misterioso canal a través del cual estoy trasladando mi fe a otro. Al interrumpirse ese flujo quedo en disponibilidad de ella para reorientarla. Aun en la peor traición nadie puede quedarse con mi fe. Esta recuperación de la disponibilidad de la fe es posible sólo si asumo que fue mi libre decisión la que la concedió; de lo contrario quedaré atrapado en el resentimiento, la fe se invertirá y no querré volver a confiar en nadie y esa energía atascada se irá diluyendo en la amargura.

Cuando el ensueño fracasa pareciera que con él se esfuma la fe. El resentimiento me llevará por la desconfianza y el escepticismo. No quiero aceptar que estaba siguiendo un espejismo y que el fracaso me despertó de su encantamiento. Si lo acepto me daré cuenta de que dentro mío continúa viviendo la fe. La recuperé de esa ilusión que consumía su energía. ¿Pero hacia dónde la dirijo? La dirigiré hacia un nuevo ensueño; pero entonces ¿cuál es la gracia? La gracia es que dispongo de la fe aunque sólo pueda dirigirla hacia un nuevo sueño. Los sueños traducen las tensiones y las heridas de la conciencia, pero también traducen el sentido. Hay sueños a través de los que hablan los dioses.

Después de cada fracaso, un nuevo impulso me orienta cada vez más cerca de mi destino. Más fracaso y más aprendo, más me acerco al ensueño que traduce el modelo de lo que es y que será construido por la humanidad. En cada fracaso mi destino se irá alineando al destino humano. En el fracaso encuentro la fe inagotable que me permitirá un nuevo intento. La fe es la energía misma del sentido. Porque hay sentido es que es posible la convicción de que hay sentido. No importa el número de fracasos, siempre se levantará el intento hasta completar el ser en el mundo, hasta cumplir el destino de la humanidad. No es posible esta realización sin el aprendizaje y no es posible el aprendizaje sin el error y no es posible reconocer el error sin el fracaso. En cada vuelta de este espiral nos encontramos más cerca del centro, acercándonos a un punto que es el origen y es el fin, o no es ni el origen ni el fin.

Galileo, ¿cuando viste que la tierra giraba en torno al sol, también supiste que tú girabas en torno a él? No sólo la tierra, también tú giras en torno a él aunque te parezca que estás inmóvil. Percibimos que todo gira en torno al yo. El yo está montado en el cuerpo, ésa es su tierra. Una fuerza que no advierto lo hace girar en torno a un centro. Residuos de esa fuerza son captados por la conciencia y traducidos como fe.

Cómo puedo hacer para mirar ese centro al cual me dirijo.

Somos tan pero tan distintos, yo, tú. Sí, todo lo que vengo escribiendo apunta a que algo en lo profundo nos une y nos hace inseparables, como si fuéramos una misma sustancia. Pero ahora salgo a la calle y hay tantos que desconozco, que temo. Cómo hago para romper esos límites, esas fronteras que nos separan. Necesitamos algo común que nos impulse al futuro. Un proyecto que nos una. Todos los proyectos que nos unieron en la antigüedad ya fracasaron, completaron su ciclo. Hoy estamos separados y no logramos reconocernos.

Hay una paradoja humana con la comunicación. Lo que más queremos es comunicarnos. La comunicación nos acerca a esa unión trascendente, a la comunión con el todo. La comunicación es una experiencia sin igual que nos da alegría y esperanza. Es tan importante que cualquier actividad es un pretexto. La paradoja es que sin el pretexto, tampoco podemos lograr comunicarnos. Lo que suele suceder es que el pretexto, esa actividad que realizamos, se nos aparece como el primario y oscurece la conciencia. Si despertamos de eso veremos que la vida entera es un pretexto para encontrarnos con los otros seres humanos. Por supuesto que está todo trastocado y hoy cualquier cosa es más importante que el otro. Sin embargo, ese otro es mi única posibilidad de captar el sentido.

Los grandes cambios van precedidos por grandes crisis. Una crisis sucede cuando todos los componentes de un orden se desorganizan y el caos pareciera ser la única verdad. Un cambio es precisamente un nuevo modo de organización de los elementos de un sistema y esto sólo es posible si el orden anterior se desestructura. El tránsito entre un viejo orden y uno nuevo es muy penoso, porque en todo momento caminamos al borde de la desintegración completa. Mientras construimos un nuevo modo de organización o de relación, lo viejo nos confronta y se nos opone dialécticamente. Esa dualidad puede tensarse al máximo o ser tan floja que no se nota. Pero siempre tenemos por referencia aquello que se nos opone. Cuando el cambio se avecina el desorden es total y nada hay firme que sirva de punto de apoyo para dirigirme al nuevo estado. Uno es parte del sistema que quiere cambiar y cuando entra en convulsión uno se convulsiona con él. La única referencia que podremos encontrar tiene que ser algo que no sea parte de esa crisis. ¿Dónde puedo hallar algo firme cuando toda la tierra tiembla? En algo que no esté sobre la tierra. Si todo tiembla debo soltarlo todo ya que nada servirá para sujetarme. En ese gran fracaso, el centro del que todo gira seguirá inmóvil. Ese centro continúa emanando fe. En la más grande inestabilidad me aferraré a la fe, no trataré de detener el desorden que se acelera, pero sabré que pronto todo habrá cambiado y querré estar allí para admirarlo.

¿Adónde debes dirigir tu fe? Sólo tú puedes saberlo y donde decidas que ella se dirija, allí irá la fuerza creadora. Yo creo que en cada uno hay algo muy grande y que esa grandeza nos impulsa y se manifiesta. Esa maravilla que guardamos dentro irá abriéndose paso de todo resabio de animalidad que nos va quedando. Veo en el futuro una sociedad de paz, de justicia, de hombres y mujeres libres para realizar el sentido de sus vidas. Creo que en las personas hay algo bueno que cuando se manifiesta las hace resplandecer con el brillo del sentido. Cuando la negrura oscurece lo humano y todo pareciera moverse según la crueldad azarosa del caos, veo titilar los destellos de la compasión y entonces la fe en mí y en mis semejantes vuelve a encontrar su cauce para construir lo que creo es el destino. En mis momentos más sombríos algo en mi interior se agita y hace cambiar mi mirada para ver el gran esfuerzo de lo sutil por traspasar lo grosero, de luz primera por alumbrar en cada uno, tranquilamente, permanentemente, esperando la oportunidad de cruzar el cerco.

Un salto evolutivo

Cuando contemplaba el bosque nativo que bordea la laguna Icalma, muy al sur, en plena cordillera de los Andes, una belleza inaudita me dejaba inmóvil y sin habla. Mirando el reflejo de los nevados sobre el espejo del agua me pregunté: ¿cuál es el sentido de la vida? Una araucaria al frente mío, de unos 2000 años de edad, me respondió:

-Para mí es contemplar esta belleza.

-¿Entonces puedo quedarme aquí para contemplarla también yo? -volví a preguntar.

-Lo que pasa -me responde- es que tú no eres una araucaria.

“No soy una araucaria”, la respuesta me sacudió y algo volátil entró en mi cuerpo haciéndome volver en mí.

El sentido se está expresando en todo momento desde antes del inicio. En el universo que es el hogar de la vida, en la vida, en las araucarias añosas, en la conciencia, en lo humano. En algún momento la conciencia percibe en su interior una chispa desconocida para ella hasta ese momento y despierta a lo humano. Lo humano, esa intersección entre lo eterno y lo temporal, ese principio creador que tiñe de esencia lo terreno, ese dios al que se le encomendó trasladar el ser al mundo.

Lo humano ha ido despejando a la conciencia de su telaraña, ¿por qué no habría ahora de intentar que sea consciente de lo humano, que sea consciente de sí misma?

¿Por qué lo humano no intentaría una conciencia consciente del sentido?

Apareció la conciencia y en un momento de su desarrollo reconoció en ella un fulgor, percibió el soplo de lo humano. Desde entonces, a través de la conciencia lo humano traslada el sentido al mundo, lo humaniza. Transforma el mundo y la conciencia.

Lo humano realiza su labor a través de la conciencia. A través de sueños y ensueños traduce el sentido y crea en el mundo. La conciencia movida por ensueños no sabe esto y se mueve tratando de completar una ilusión en el mundo. En ese transcurrir fracasa y un ensueño es reemplazado por otro. Lo humano va introduciendo la esencia en esas imágenes y, de fracaso en fracaso, el sentido se va realizando en la historia de la humanidad. Mezclado con todas las imágenes de la conciencia está lo importante que busca concretarse.

Pero si existe el sentido, si lo trascendente está escondido entre todo el fluir de la conciencia, tiene que haber un modo en que se pueda reconocer. Es porque ese sentido existe que resulta interesante despertar la conciencia de la ensoñación. Es porque existe la posibilidad de reconocerlo que buscamos un nuevo modo de funcionamiento.

Porque quiero verte y traspasar lo que nos separa es que quiero un salto evolutivo. Si la nada estuviera detrás de lo que soy no habría justificación para intentar el salto. Algo muy fuerte está llamando, quiere ser visto, sentido, presentido, consciente.

¿Puede la conciencia despertar del ensueño? Pero qué es lo que despierta cuando hablamos de la conciencia despierta. Por cierto no es el Yo. El yo está presente en todos los niveles de conciencia. En el sueño veo a mi yo actuando y en vigilia yo actúo en el mundo. Pero ¿quién observa al yo en el sueño? Ese observante al despertar del sueño se identifica con el yo y cree que es el yo. Ese observante estaba perdido en el sueño y ahora está perdido en el ensueño. Lo que va despertando al ampliar los niveles de la conciencia es ese observante. Lo que despierta de la vigilia es la mirada interna que no se identifica con el yo y toma conciencia de sí mientras el yo actúa en el mundo.

La mirada interna nace en la profundidad y comunica una zona de silencio interno con el ruidoso mundo. Si el chirrido del mundo interno es muy fuerte, la mirada interna no lo soporta y se duerme. El ruido interno aumenta por la desintegración que nos provocan las contradicciones. La conciencia evita la desintegración aumentando la presión interna; el yo se vuelve muy activo ocupando toda la energía para no desestructurarse y esto produce un rechinar que no deja percibir la luminosidad de la mirada interna. La integración de los contenidos de conciencia relaja el trabajo del yo, disminuye el ruido,

facilita a la mirada interna emerger. Es porque hay sentido y es posible tomar contacto con él que vale la pena superar las contradicciones y avanzar en una vida coherente.

A este despertar se lo conoce como el nivel de conciencia de sí. Acceder a él requiere de algún esfuerzo, ya que no está todavía instalado en la conciencia como el sueño, el semisueño o la vigilia. Este nivel no sirve para cumplir mis ensueños. No me hará ni más inteligente, ni más simpático, ni más poderoso. Simplemente estaré más atento y me daré cuenta de que mis ensueños son ensueños. Sobre todo recordaré que existo, más bien mi existencia estará presente. Iré notando ciertos cambios en el comportamiento, cambios en el tono afectivo. Veré cómo surgen las compulsiones y ensueños que solían tomarme, pero ahora no me harán actuar, sino que las veré pasar y podré diferir la respuesta hacia el mundo. La dificultad de este comportamiento mental es que la mirada se separa del ensueño y me veo un poco más desnudo, sin esas creencias sobre mí mismo que me gustaría exhibir. Si me acepto amablemente venceré la inercia del ensueño y la conciencia se pondrá a funcionar en otro nivel.

¿Para qué la conciencia pudiera requerir un nuevo nivel de trabajo?

Un nuevo nivel de conciencia no significa que los otros no sirven. Desde el sueño hasta la vigilia, cada nivel es necesario para determinado quehacer. Cada nivel cumple una función para la vida y las actividades propias de un nivel no pueden ser reemplazadas por las de otro.

Es por la necesidad de salir del sufrimiento, de eliminar la violencia y conectar con un sentido trascendente que la conciencia busca un nuevo modo de estar en el mundo. Es una necesidad que está en otro espacio, lo llevamos dentro, es el impulso evolutivo y es más fuerte que la razón.

Se fluye por los niveles de conciencia y un nuevo nivel se va incorporando poco a poco. En vigilia despierto del sueño en el que creía durante la noche. Al entrar en conciencia de sí, despierto del ensueño que cubre mis días, dejo de creer en la ilusión sobre la que está montada mi vida, ese vacío de la ilusión da lugar al reconocimiento de un centro, de un lugar desde donde viene la mirada, un lugar que de vez en vez es colmado por el sentido. Existo y cuando existo abro el camino para que lo que verdaderamente existe irrumpa en la conciencia.

SER Y SENTIDO

Quién soy. Conciencia del ser. Adónde voy. Humanizar el mundo

Quién soy

*La Eternidad Necesitó Conocerse a Sí Misma,
para eso creó la Vida,
la Vida superó Resistencias y ganó la Conciencia,
la Conciencia reconoció la Inmortalidad,
y retornó a su Destino*

Hemos llegado a una realidad que trasciende a la conciencia. De algo que está más allá de lo que ésta es capaz de percibir y que sin embargo es lo que le da sentido y consistencia. Hemos dicho además que esa realidad trascendente está permanentemente emitiendo señales y que de algún modo la conciencia las capta y las traduce en su sistema de imágenes. Que esa realidad se filtra en los sueños y los ensueños y da una dirección a la conciencia. Que si afirmamos la libertad, es la libertad para negarnos a lo trascendente o para encontrarnos con ello. Que si nos encaminamos al encuentro del sentido despertaremos una mirada interna y la conciencia irá siendo consciente de sí misma. Que en este camino, de vez en vez, el sentido irrumpirá mostrándonos algo asombroso que no podemos integrar porque para ese mundo que se nos hace presente la conciencia no tiene recursos para comprenderlo. Que es el mismo sentido el que nos está empujando a un nuevo modo de la conciencia y que por esa vía además la humanidad pondrá fin al sufrimiento y a la violencia y alcanzará un nuevo estado de organización.

El sentido no es algo que exista en el mundo tangible y por tanto no puede ser percibido por el tacto, la vista o el olfato. Es posible experimentar el sentido de la vida llevando la mirada a la profundidad de la conciencia. Cuando la mirada se internaliza, la traducción de esa experiencia en el lenguaje o en las imágenes cotidianas no se hace fácil, más bien se hace difícil, y la garganta y el lápiz se atragantan, se conmocionan, dificultando la expresión y la comunicación de aquello que es lo más importante de ser expresado y comunicado.

Quién soy y hacia dónde voy, son las preguntas que guiarán nuestra mente hacia la región donde están las respuestas verdaderas, o que silenciarán la mente permitiendo escuchar a “soy”, el ser y su sentido. Uno no sabe quién es y no sabe adónde va. Se identifica con las cosas y el cuerpo y cree que su

destino es el de las cosas y el cuerpo. Pero no somos las cosas ni el cuerpo. Estamos identificados con ellos pero no somos ellos. Creemos algo que no es. Esta pregunta nos lleva a comprender la ilusión del yo, su sinsentido. Pero quién soy realmente. Con las manos vacías, sin mis cosas, detrás de mi angustia, detrás de mis ansias, detrás de mi pena, cuando conecto con lo de más adentro, soy quien soy, una respuesta de comunión. *Soy se expresa y construye el mundo. No eres sólo “yo”, también eres una parte del todo y vas hacia la luz, hacia el todo, hacia donde va todo.*

Soy quiere ser en el mundo. El sentido de la vida es crecer, es llenar de vida. La vida, no tiene nada que ver con el sufrimiento, ni crece para evitarlo. La vida es crecimiento, llenado y sentido. El sentido de la vida es experimentado como un llenado, como un salir del vacío y sentir lo lleno.

Soy es todo y es uno, es la unidad. Necesita plasmarse, encarnarse, realizarse en la diversidad. Soy es lo humano que necesita trasladarse al mundo.

La sociedad humana es la expresión de *soy*. La realización de la sociedad es parte de la Creación. La Creación es la *Necesidad de Soy*.

Yo es una imagen totalizadora de la conciencia que le sirve a ésta para operar en el mundo; esta imagen sirve a la conciencia para cumplir su misión: realizar la sociedad humana.

El conocimiento es lo que el ser está ganando en su paso por la existencia. No era posible el conocimiento y la eternidad simultáneamente. *Lo humano es una necesidad de la eternidad para tomar conciencia de sí misma y conocerse.*

Cuenta la leyenda que al principio era la Eternidad. Pero la Eternidad no sabía que era eternidad, dichosa, gozosa, pura, simple eternidad. Entonces necesitó saber qué era eternidad. Necesitó el Conocimiento para descubrirse a sí misma. Entonces la Necesidad creó la Vida. La Vida es el Camino de la Eternidad para darse cuenta de qué es Eternidad. La Vida encontró resistencias. Esas resistencias son el dolor y el sufrimiento. Al vencer las resistencias, al vencer el dolor y el sufrimiento, encontró el Saber y el Conocimiento. El Conocimiento busca la Eternidad. Eternidad y Conocimiento se buscan, sin encontrarse.

Podemos saber quiénes somos y cuál es nuestro destino. Para ello tenemos que tocar la región donde están esas respuestas. Llegar a ella no es posible de un modo directo. La región aquella está cubierta por algunas capas de temores, por algunas costras producidas por el desangre del vacío. Es posible generar el ambiente mental para que esa región se exprese y lleguen las respuestas que necesitamos.

Entro y encuentro a *soy*. *Soy* es la traducción del ser en mí. El ser es el ser, es lo que es y será, lo que existe antes y después de mi cuerpo. *Soy* es una traducción que hace mi conciencia y me pone en contacto con el todo.

Llegas allí sacándote la ropa. Desnudándote. Descubriendo que aquello que crees que eres no eres. Eres la época, pero la época cambia, eres el cuerpo, y el cuerpo perece, eres el ensueño y el deseo, pero te llevan al sufrimiento. Eres yo, pero yo muere con el cuerpo. Entonces quién eres. Eres el vacío y la nada. Si es así, ¿por qué ese vacío no te asusta?, ¿por qué ese silencio es tan denso?, ¿quién es el que observa ese vacío?... ¿quién observa?

De pronto rozas otro mundo, como cometa que atraviesa el cielo y mira sin detenerse, lo ve todo, pero no todo lo retiene.

Lo que escuchó Moisés, “soy el que soy”; lo que encontró Buda, “lo que no muere”; lo que persiguió Pablo, “¿Por qué me persigues Saulo?”; lo verás tú con tu propio ojo interno. Allí está para todos y para realizarlo.

Conciencia del ser

El ser humano está perdido en las cosas. Cree que es cosa y sólo las cosas tienen existencia. Estar en el Sinsentido es estar identificado con las cosas, dormido, sin conciencia de la existencia, como si las cosas fueran las que impresionarán a *soy* y lo dotaran de sentido. La vigilia común es un estado de identificación con las cosas.

Creemos en la muerte tal como creemos en un sueño mientras lo soñamos. Creemos en la muerte del mismo modo en que creemos aquello con lo que estamos identificados en vigilia. Cuando se despierta del sueño ya no se cree en ese sueño. Cuando se despierta de la vigilia ya no se cree en la muerte. Es para vencer a la ilusión de la muerte que necesitamos escalar un nuevo peldaño y despertar la mirada interna. Esta mirada se dirige al mundo desde un centro que está más atrás de la percepción y lo experimento cuando tomo conciencia de mi existencia.

La existencia es el punto de apoyo para ampliar la conciencia. Existo pero vivo olvidado de mi existir. Existo y no soy la cosa, las percibo desde mi existir. Al tomar conciencia de que existo se hacen presente tensiones y problemas. Ese fondo de ruido me dificulta el contacto con ese centro; si es muy agudo mi ser estará distraído en la maraña de las contradicciones. Cualquier acción que supere mis

contradicciones ayudará a disminuir el rumiar de la cabeza mientras trata de resolver lo insoluble. Mi ser está identificado con esas tensiones pero no soy ellas, tampoco soy mis problemas y tampoco soy mi cuerpo. La mirada interna toma contacto con la existencia, con lo que existe verdaderamente y diferencia al ser de las cosas.

Las cosas impresionan mi existencia. La impresionan del mismo modo que la luz activa los químicos de un papel fotográfico para que aparezca la imagen. Las cosas impresionan la realidad interior y develan lo que allí ya existe. Eso que existe, a su vez, está impulsando a la conciencia para que lo haga realidad en el mundo social.

Existo y esa toma de conciencia me comunica con una correntada vital que percibo como una fuerza que circula alrededor de mi cuerpo. No sé exactamente de qué se trata esa fuerza, no parece muscular, la puedo llamar síquica, pero más sincero me resulta decir que no sé qué es. Percibo una fuerza y la percepción es mía, pero ignoro exactamente lo que estoy percibiendo. Esa fuerza allí está, no sé cómo dirigirla, a veces me confunde. Otras veces me emociona, me extasía hasta las lágrimas, me hace reconocer el ser en todo lo existente. *Soy*, al ver su ser en las cosas, al mirarse a sí mismo en el mundo, las dota de sentido y el mundo deviene en el espejo del ser.

Adónde voy

Heme aquí tratando de comunicarme contigo, tratando de compartir una experiencia que todavía está envuelta en intuición. ¿Qué me impulsa a este acercamiento? ¿Será tan sólo un capricho o responde a una necesidad, algo a lo que estoy impelido y no puedo dejar de hacer? Escribo para ti, busco tocar algo en ti o tranquilizarme para sentirte. ¿Cómo romper lo que nos separa y encontrarnos?

Aunque me pareciera que la experiencia del ser se bastara a sí misma y aunque no logro observar el acto que va dirigido al otro, estoy impulsado hacia los otros. ¿Dónde están los otros, dónde estás tú que te escribo sin siquiera conocerte, sin saber si estaré vivo cuando leas mi escrito? Puedo observar las cosas afuera desde adentro. Pero tú, ¿dónde estás?

Los otros son un enigma, todo el enigma de la creación sintetizado en ese que tengo enfrente. El otro existe, existe por sí mismo, no es para mí, no es para amarme o cuidarme o cumplirme. Todo tipo de roles, magias y rituales para atraerlo, para encantarlo, para sentir que es parte de la atmósfera que respiro. Olvidado de mi existencia busco que el otro se dé cuenta de que existo.

Tu cuerpo está allá y tú estás dentro de tu cuerpo, tu cuerpo es la materia con la que actúas sobre la materia, pero tú allí dentro estás en otro espacio al que no puedo llegar escarbando la materia. Ese adentro del cuerpo es el lugar donde te encuentras. Pero adentro no es un espacio físico o temporal al que puedo llegar con los órganos del cuerpo.

Todo el afuera está repleto de ese adentro que se ha externalizado. Paseo mis ojos por esta habitación, por la ventana, cada centímetro del jardín, la calle, el cemento, el bocinazo... yo que no te veía por ninguna parte ahora no puedo dejar de encontrarte, adonde muevo mi cuerpo te encuentro. Cada milímetro de mi vida, cada instante de mi tiempo te tengo delante de mi vista; las cosas no son cosas, son materializaciones del adentro. Por un momento te encuentro y ese encuentro no es un momento cualquiera.

El cuerpo separa el afuera y el adentro. La conciencia primitiva trata de traspasar ese límite engullendo todo lo de afuera. Pero afuera no es un mundo natural. Afuera es la externalización de un adentro y afuera son también los cuerpos en donde está el adentro de los otros. Ese reflejo posesivo es un impedimento para nuestro encuentro. Es propio de un estado de la conciencia. Así como la inmovilidad del cuerpo es propio del nivel de sueño, el reflejo posesivo es propio del nivel de vigilia y ha cumplido seguramente su función en la evolución de la vida. Algo en mí va más allá de esa tendencia, no quiere tragarse el afuera, sino que extraer de sí mismo una profundidad que quiere materializarse.

Al tomar conciencia de que existo, el otro existe como otro. El otro es encarnación de libertad, su existencia me desestabiliza. Nunca hemos estado más cerca de la unidad y al mismo tiempo más conscientes de la diferencia. En este descubrimiento de la existencia propia y la del otro, la existencia entra en presencia. Hay algo nuevo que existe y comienzo a reconocer. Algo existe y está aquí, rozándonos. Al principio, por desconocimiento prefiero negarlo, pero poco a poco la conciencia del existir se constituye y una alegría sin aparente motivo acompaña esa visión.

Cuando la existencia entra en presencia estoy respondiendo al mundo y simultáneamente estoy consciente de mi existencia. La conciencia de la existencia despierta la mirada interna, y ésta no está identificada con las percepciones sino que con un centro interior o con la existencia misma. En ese lugar la no existencia parece un imposible o algo que está fuera de tema; algo parece nacer en el interior que no sigue la misma suerte del cuerpo. Sin embargo, el cuerpo mismo parece ser la temporalidad; el tiempo destinado para realizar el sentido. La muerte comienza a ceder su poder sobre

mi vida y a pesar de ello el tiempo con el que cuento se tiñe de sentido. Algo muy importante ha de ser vivido, ha de dársele existencia, ha de venir desde la existencia verdadera a la existencia temporal.

Humanizar el mundo

El ser se traslada al espacio-tiempo y ese proceso es el de humanización. El traslado del ser, la exteriorización del adentro, es la tarea humana. Cuando se produce un bloqueo en esa dirección se invierte el proceso. La deshumanización comienza cuando se desconecta la corriente evolutiva del sentido. Al perder el impulso evolutivo su dirección, el proceso degenera. Al interrumpirse el flujo del mundo eterno al mundo temporal, al bloquearse el traslado del mundo inmaterial al material, se degrada la creación y todo lo creado se va corrompiendo y se produce la monstruosidad.

La monstruosidad es el indicador de la interrupción de la evolución. Cualquier cosa que hagamos para que esa corriente creativa retome su curso nos producirá tremenda alegría. Una pequeña acción de nuestra parte que ayuda a la vida a continuar su proceso de crecimiento y de llenado se nos retribuye con una felicidad conmovedora, a veces desproporcionada para el gesto que realizamos. Tal vez ésas sean el tipo de emociones que acompañarán a la humanidad en el futuro, cuando esté restablecido el contacto con el sentido.

Detenido el movimiento del ser hacia el mundo, la traducción que hace la conciencia es la de vacío. En realidad el vacío no es experimentable y lo que aparece más bien es un horror al vacío: el temor a la soledad y a la muerte. Ese horror tampoco es soportable y la conciencia, que es un transformador de energía y un transportador de lo sutil al espacio-tiempo, huye de su espanto. La conciencia se extravía en un chisporroteo de sinsentido.

Detrás de ese agitado correr a ninguna parte está el temor a la nada. La nada no es representable, pero podemos hacer un esfuerzo para hacerla aparecer. Probemos darle al acto temeroso una representación que lo complete. El color ¿es negro o grisáceo nada?; el olor, ¿nauseabundo o inodoro?; ¿alguien observa o está diluido en el gris aséptico?

Según Henri Bergson en la pregunta de “por qué el ser y no más bien la nada”, está suponiéndose que al principio había nada y que la aparición del ser es lo que requiere justificación; es, decía, como preguntarse por un cuadrado redondo; las cosas son a la inversa, y es el supuesto de la nada lo que no encuentra justificación.

Para Parménides, lo que es, es, y lo que no es, no es, por tanto no hay pregunta posible que pueda hacerse sobre lo que no es.

¿Qué hay detrás de lo que me atemoriza; más atrás de la furia? Tratemos de nadar por un momento en el mar de la nada. Ese mar sin olas y sin sal. Me relajo y, al distenderme, me hundo; la nada entra por mis narices, atraviesa mi garganta y me disuelve. La elongación de la onda es horizontal, para siempre. Escucho un pulso en la negrura, el eco de un pulso. Una imperceptible corriente en las aguas quietas, movimiento vibrátil y estático. No sé si voy o algo se acerca, una corriente inmóvil me lleva. Lentamente. Estoy bañándome en una fuerza, ahora es una fuerza de luz clara, la nada se desvaneció como si nunca hubiera estado allí. Un chorro de vida y de sentido llena el espacio. Trato de recordar el vacío y no puedo, el vacío es un imposible, es lo que no existe.

Entonces está el ser (el sentido), lo humano y el mundo. El plan de la vida es lograr la conciencia de la vida. Esa conciencia en evolución fue capaz de distinguir en el interior de ella el albor de lo humano y ahora comienza a reconocer su existencia.

Lo humano es el ímpetu que traslada el ser al mundo a través de la creación. Lo humano busca reflejar el ser y por eso se busca a sí mismo. La creación necesita realizar una sociedad verdaderamente humana, alejada de la violencia y el sufrimiento, en que lo humano pueda reconocer en ella una imagen del ser. La concreción de esa sociedad es imprescindible para que la fuerza creadora, lo humano, ahora no sólo como conciencia de la existencia, también como conciencia del ser, continúe el camino hacia su destino.

Cuando todos y cada uno de los seres humanos puedan realizar su sentido, estará completada la tarea humana. Domesticar la naturaleza fue el primer paso y requerimos para ello la utilización de la violencia; este residuo prehistórico deberá ser superado para continuar el despliegue del ser. El próximo paso es alcanzar el estado de sociedad humana, pero esto es un proyecto de todos los pueblos y culturas del mundo. En la tarea humana el otro es imprescindible y destruir al otro o disminuirlo es destruirme o disminuirme a mí mismo, es degradar el modelo que debe ser hecho. Al vivir en una sociedad sin rumbo yo mismo estoy a la deriva, golpeándome contra los arrecifes sin poder llegar a puerto. Soy parte de la sociedad y responsable de lo que ella hace en mi nombre. Por tanto, la denuncia de su violencia tiene sentido, la no cooperación con su injusticia tiene sentido, la unión con otros distintos a mí, de otras costumbres y tradiciones, tiene sentido para construir la nación humana universal.

Lo no representable sólo puede ser representado por la conjunción de todas las conciencias a través de la historia. Mientras exista un solo ser humano impedido por otro ser humano para realizar esa función, lo humano no podrá ser realizado.

La conciencia individual no puede concretar por sí sola el sentido, ni siquiera un subconjunto de conciencias puede hacerlo. Se requiere de todas y cada una de ellas para concretar el sentido. Esta necesidad de todos los humanos para manifestar la esencia, o al ser, nos fundamenta una moral universal. Porque hay un sentido y porque las acciones me pueden conectar o alejar de él, es que puedo distinguir lo bueno de lo malo. La buena acción produce en mí la experiencia de sentido, y la necesidad que tengo de realizarlo, junto con la imposibilidad de hacerlo sin el resto de la humanidad, nos devela una moral profunda. El sentido no podrá ser expresado hasta que cada ser humano pueda realizar su sentido y por tanto el único proyecto moral posible es la superación del sufrimiento y de la violencia. Transformarse a sí mismo y transformar el mundo hasta que tratar a los demás como queremos ser tratados, más allá de un principio orientador, ha de convertirse en estilo de vida personal y en sistema de organización social.

El proyecto de una sociedad humana va aparejado de progresos en la conciencia. La conciencia de la vida continuará su desarrollo, constituyéndose en conciencia de sí misma, conciencia del sentido, hasta devenir en conciencia social y conciencia del ser en el mundo.

La historia llegó al momento en que las conciencias logran sincronizarse y comunicarse instantáneamente en todo el globo terráqueo, y más allá de la propia individualidad, nacionalidad, religión o tradición, somos parte de la humanidad y es del futuro de la humanidad del que depende el futuro individual. La humanidad tiene que decidir si va a continuar la evolución y realizar una sociedad humana, traducción de lo maravilloso y digna de su origen, o se detendrá aquí, degenerando en la monstruosidad incomprensible.

La humanidad no es un abstracto y cada uno, en el testimonio de la propia vida, decide el futuro de la humanidad, decidimos en cada acción el destino. La gran crisis de hoy se debe a que la evolución social se ha detenido. El desarrollo material del mundo no ha traído aparejado su desarrollo espiritual. El nivel de injusticia y sufrimiento va en aumento. Algo no funciona y eso provocará un desorden global que no podrá ser controlado por la violencia. La sociedad, apoyada en la discriminación, la explotación y el matonaje, se irá desintegrando para dar paso a una construcción humanizadora. Mientras esto ocurra, los desórdenes aparecerán cada vez más exagerados hasta convencer a cada

hombre y mujer de la importancia de tomar contacto con el sentido de la vida y recordarnos que estamos aquí para construir el modelo de un mundo trascendente.

Así como no podemos apagar el sol, no podemos apagar lo humano, que es inextinguible. Podemos retrasar su despliegue en la existencia, pero su permanencia sobrevivirá a cualquier fuerza grotesca que se le oponga. Lo humano alumbra la vida y estamos impulsados, en realidad impelidos, obligados, a realizar el sentido. Hemos llegado a este mundo para realizar en el mundo perecedero una imagen del mundo inmortal. Realizar en el aquí y el ahora lo sagrado, y sagradas son la justicia, la bondad y el amor. Lo humano continuará la creación hasta contemplarlo en la existencia.

EPÍLOGO

En la medida en que escribía estas páginas y se aparecían ante mí mundos incomprensibles y jugaba con el lenguaje para traducirlos en este texto, fui reconociendo en muchos de mis amigos experiencias muy similares. A pesar de que las palabras de sus descripciones no eran las mismas que yo usaba, algo en su mirada, en la agitación de su emoción o en la tranquilidad de su respiración, me decía que estaban experimentando y hablando de algo parecido de lo que yo escribía. También en los libros que leí durante ese período me pareció reconocer algo parecido a lo que yo estaba intentando relatar. Me vi utilizando expresiones sobre el ser que no imaginé que pudiera alguna vez usar, ya que eran para mi intelecto conceptos muy difíciles.

Cómo es posible que algo tan íntimo, experiencias tan conmovedoras e inexpresables puedan resultar al final lugares comunes para tanta gente... Cómo puede ser que me aventure a una tierra inexplorada y la encuentre llena de turistas, colonizadores, incluso baquianos que conocen muchos de los senderos de sus impenetrables bosques...

Todo partió al poner en duda una creencia. Todo partió al dudar de la creencia en la muerte tan arraigada en la atmósfera de la época y tiñendo el discurso de la ciencia, el arte e incluso la religión.

Hay sentido en la vida y por lo tanto nada termina con la muerte. ¿Cuáles son las consecuencias de esta hipótesis y cuáles son las pruebas de que sea justamente ésa la hipótesis verdadera?

Tratando de centrarme en lo que experimentaba, discutiendo con mi propio intelecto, que me presentaba aceleradamente teorías sobre los misterios, busqué el encuentro con algo más allá de mí y, por momentos, en alguna coma, sin yo preverlo, me pareció que era encontrado por aquello que buscaba. No sólo yo busco el sentido en la vida, sino que el Sentido también me busca para que lo exprese. Caminando el camino, el silencio me lleva y entonces algo muy importante se hace presente. Tan importante que quisiera entrar en esa comunión sin ya tener que volver de ese lugar.

En cada paso, más me asombró la precisión de las descripciones que hacía Silo en *La mirada interna*. De pronto me pareció que lo que alguna vez tomé por poesía o metáfora, era simplemente literalidad interior, exactitud literaria para un viajero perdido.

Y concluí entonces que mis descubrimientos no eran tales, sino zonas del ser, traducciones del sentido a las que todos llegamos cuando sin apuro recorremos los caminos internos con la confianza de que nos llevarán a puerto.